Estoy en Puertomarte sin Hilda
Isaac Asimos



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Introducción

Entre la mayoría de los que no están familiarizados con el tema, hay una tendencia a considerar la ciencia ficción como un miembro más del grupo de géneros especializados, tales como el policiaco, el del oeste, el de aventuras, el de narraciones deportivas, el amoroso y similares.

A quienes conocen bien la ciencia ficción, esto les ha parecido siempre extraño porque, sub f*inem,* este género pretende ser una respuesta literaria a los cambios científicos, y esa respuesta puede abarcar la escala completa de la experiencia humana. En otras palabras, la ciencia ficción lo comprende todo.

¿Cómo diferenciar un relato de ciencia ficción de uno de aventuras, por ejemplo, cuando *sub finem* es tan intensamente aventurera que deja pálidas las narraciones normales de este tipo? Evidentemente, un viaje a la luna es ante todo una aventura de lo más emocionante, aparte de que sea otra cosa.

Yo he leído excelentes relatos de ciencia ficción que caen dentro de clasificaciones poco comunes, y que aportan un gran enriquecimiento al tema que han tocado. Arthur C. Clarke escribió un delicioso relato del «oeste»..., pero se desarrollaba bajo el mar, y salían delfines en vez de ganado. No obstante, su título era «Un hogar en la pradera», y le cuadraba.

Clifford D. Simak escribió «Regla 18», que es un típico relato deportivo, pero que incluye viajes en el tiempo, de modo que el autocar del equipo terrestre va recogiendo a las grandes figuras de todos los tiempos, con las que cuentan para ganar el partido anual frente a Marte.

En «Los amantes», Philip José Farmer logró una notable variación del simple relato amoroso al escribir una historia de amor sobria y conmovedora que cruzaba la barrera no ya de la religión o del color de la piel, sino de las especies.

Cosa curiosa, era el género policíaco el que parecía más difícil de combinar con la ciencia ficción. Indudablemente, esto resulta chocante. Lo natural sería pensar que la ciencia ficción puede mezclarse fácilmente con lo policíaco. La ciencia en sí es casi un enigma, y un investigador científico es casi un Sherlock Holmes.

Y si queremos darle la vuelta a las cosas, ¿no existen novelas policíacas que hacen uso de la *mentalidad científica?* El Dr. Thorndyke, de R. Austin Freeman, es un ejemplo famoso y afortunado de detective científico (en el campo de la creación literaria).

Y, sin embargo, los escritores de ciencia ficción se sentían cohibidos frente a lo policíaco en la ciencia ficción.

A finales de los años 40 me explicaron por fin esto. Me dijeron que, «por su misma naturaleza», la ciencia ficción no jugaría limpio con el lector. En una historia de ciencia ficción, el detective podía decir: «Pero como usted sabe, Watson, a partir de 2175, en que todos los españoles aprendieron a hablar en francés, el español ha pasado a ser una

lengua muerta. ¿Cómo es, entonces, que Juan López dijo estas significativas palabras en *español?»*

O también podría hacer que su detective sacara un extraño aparato y dijera: «Como sabe, Watson, mi frannistán de bolsillo es perfectamente capaz de detectar cualquier joya oculta en un instante».

Tales argumentos no me impresionaron. Me parecía que los escritores de relatos policíacos corrientes (no de la variedad de ciencia ficción) podían ser igual de desleales con sus lectores. Podían ocultar deliberadamente una pista necesaria. Podían introducir un personaje adicional, surgido de la nada. Podían, sencillamente, olvidarse de algo a lo que habían estado dando gran relieve, y no volver a mencionarlo. Podían hacer *cualquier cosa.*

Sin embargo, el hecho era que no lo hacían. Respetaban la regla de ser leales al lector. Podían oscurecer pistas, pero no las omitían. Las líneas esenciales de pensamiento podían insinuarse de manera casual, pero se insinuaban. Al lector se le orientaba sin remordimientos hacia una dirección equivocada, se le despistaba y se le confundía, pero no se le engañaba.

Parecía, pues, fuera de toda duda, que los mismos principios habrían de aplicarse al relato policíaco de ciencia ficción. No se hacen surgir aparatos nuevos ante el lector para resolver con ellos el enigma. No se toma ventaja de la historia futura para introducir fenómenos *ad hoc.* De hecho, se han de explicar cuidadosamente todas las facetas del ambiente futuro con la suficiente antelación para que el lector tenga una razonable oportunidad de ver la solución. El detective de novela sólo puede hacer uso de hechos conocidos por el lector *en el presente* o de «hechos» del futuro ficticio, que han de ser expuestos cuidadosamente de antemano. Incluso se deben mencionar algunos hechos de nuestro presente si se van a utilizar... para asegurarse de que el lector se está dando cuenta del mundo que le rodea actualmente.

Una vez aceptado todo esto, no sólo resulta evidente que el relato policíaco de ciencia ficción es un género literario perfectamente admisible, sino que se hace evidente también que es mucho más divertido de escribir y de leer, ya que a menudo posee un fondo fascinante de por sí, aparte de la intriga.

Pero hablar es fácil; así que sustituí la boca por la máquina, y en 1953 escribí una novela policíaca de ciencia ficción titulada «Las cuevas de acero» (publicada en 1954). Fue aceptada por los críticos como una buena novela policíaca, y después de su aparición no oí decir ja más a nadie que los relatos policíacos de ciencia ficción fueran imposibles de escribir. Incluso escribí una continuación titulada «El sol desnudo» (publicada en 1957), sólo para demostrar que el primer libro no era accidental.

Entre una y otra novela, y después, escribí también varias narraciones cortas para demostrar que los relatos policíacos de ciencia ficción pueden ser todo lo extensos que se quiera.

Estos cortos relatos policíacos de ciencia ficción (junto con algunos otros que se apartan más del género) son los que se recogen en este volumen, siguiendo el orden de publicación. Juzguen ustedes mismos.

Isaac Asimov

La Campana Armoniosa[1]

Louis Peyton no discutía jamás en público los métodos con los cuales había burlado a la policía de la Tierra en una docena de duelos de ingenio y alarde, con la amenaza de la psicoprueba siempre aguardando, pero siempre frustrada. Desde luego habría sido una tontería, pero en sus momentos de mayor satisfacción, le venían ganas de dejar un testamento para abrir después de su muerte, en el que se viera bien claro que sus continuos éxitos se debían a su habilidad y no a la suerte.

En ese testamento diría: «No se puede trazar un plan para encubrir un crimen sin que aparezca en él huella de su creador. Así que es preferible buscar en los acontecimientos algún plan ya existente y ajustar enton. ces a él tus propias acciones».

Con ese principio en la cabeza fue como Peyton planeó el asesinato de Albert Cornwell.

Cornwell, un tipo que negociaba con cosas robadas, se acercó a Peyton, el cual se hallaba en su acostumbrada mesa individual del Grinnell. Tenía un brillo especial el traje azul de Cornwell, una mueca especial su arrugado rostro, y estaban especialmente erizados los pelos de su bigote ordinariamente lacio.

-Señor Peyton -dijo saludando a su futuro asesino sin el menor presentimiento-, cuánto me alegro de verle. Casi había perdido las esperanzas, señor; casi las había perdido.

Peyton, a quien le molestaba que le interrumpieran mientras leía el periódico y tomaba el postre en el Grinnell, dijo:

-Si tiene algún asunto que tratar conmigo, Cornwell, sabe dónde puede encontrarme.

Peyton pasaba de los cuarenta, y su pelo había dejado atrás su original negrura, pero su espalda se mantenía tiesa, conservaba su aspecto joven, tenia los ojos oscuros y una voz de lo más cortante debido a su larga experiencia.

-Es que esto es muy especial, señor Peyton -dijo Cornwell-. Muy especial. Se trata de un escondrijo, señor; un escondrijo de... ya sabe, señor.

Y movió el dedo índice de su mano derecha como si fuera un badajo que golpeara algo invisible, y con la izquierda ahuecó momentáneamente el oído.

Peyton volvió una hoja del periódico, algo húmedo todavía del tele-distribuidor, lo dobló y preguntó: -¿Campanas armoniosas?

[1] Título original: «The singing Bell»

-¡Chist, señor! -susurró Cornwell alarmado.

-Venga conmigo -dijo Peyton.

Atravesaron el parque. Otro principio de Peyton era que, para confidencias, no había nada como una conversación en voz baja al aire libre.

-Un escondrijo de Campanas Armoniosas; un escondrijo repleto de Campanas. Toscas, pero hermosas, señor Peyton -susurró Cornwell.

-¿Las ha visto?

-No, señor, pero he hablado con uno que sí las ha visto. Me dio suficientes pruebas para convencerme. Allí hay de sobra para que usted y yo podamos retirarnos en la opulencia. En la más completa opulencia, señor.

-¿Quién era ese otro hombre?

Una expresión de astucia cruzó el semblante de Cornwell como el humo de una antorcha, y más que animarlo lo ensombreció, confiriéndole una repulsiva untuosidad.

-El hombre era un excavador lunar que tenía un método para localizar Campanas en las laderas de los cráteres. No conozco su método; nunca me lo llegó a decir. Pero ha recogido docenas de Campanas, las ha ocultado en la Luna y ha venido a la Tierra para ver la manera de darles salida.

-Ha muerto, ¿no?

-Sí. Fue un accidente de lo más horrible, señor Peyton. Se despeñó. Fue una verdadera pena. Por supuesto, sus actividades en la Luna eran totalmente ilegales. El Dominio es muy severo con eso de la extracción no autorizada de Campanas. Así que tal vez haya sido un castigo, después de todo... En cualquier caso, yo tengo su mapa.

-No me interesan los detalles de su pequeño negocio. Lo que quiero es saber por qué ha acudido a mí -dijo Peyton con una expresión de tranquila indiferencia en el rostro.

-Bueno, hay bastantes para los dos, señor Peyton, y los dos podemos ayudarnos. Por mi parte, sé dónde se encuentra el escondrijo y puedo conseguir una nave espacial. Usted...

-¿Sí?

-Usted puede pilotar la nave y tiene excelentes relaciones para dar salida a las Campanas. Es una división muy justa del trabajo, señor Peyton. ¿No le parece?

Peyton consideró su norma de vida -norma que ya existía- y el asunto parecía encajar.

-Saldremos para la Luna el 10 de agosto -dijo.

-¡Señor Peyton! Si todavía estamos en abril -exclamó Cornwell deteniéndose en su paseo.

Peyton siguió caminando con paso invariable y Cornwell tuvo que correr para alcanzarle.

-¿Me oye usted, señor Peyton?

-El 10 de agosto. Yo me pondré en contacto con usted a su debido tiempo y le diré adónde ha de llevar su nave. No intente verse conmigo personalmente hasta entonces. Adiós, Cornwell.

-¿Mitad y mitad? -preguntó Cornwell.

-De acuerdo ---contestó Peyton-. Adiós.

Peyton prosiguió solo su paseo y consideró una vez más su plan de vida. A la edad de veintisiete años había comprado un trozo de terreno en las Rocosas, en el que algún antiguo propietario había construido una casa destinada a servir de refugio contra la amenaza de las guerras atómicas de dos siglos atrás, aunque en definitiva nunca llegaran a estallar. La casa había quedado, sin embargo, como el testimonio de un aterrado esfuerzo por autobastarse.

Era de acero y hormigón y estaba situada en el más apartado lugar que podía encontrarse en la Tierra, muy por encima del nivel del mar y protegida por todas partes con las crestas aún más elevadas de las montañas. Tenía su grupo electrógeno, su aprovisionamiento de agua de los arroyos de las montañas, sus cámaras frigoríficas en donde cabían perfectamente diez mitades de buey, su bodega equipada como una fortaleza y un arsenal de armas dispuestas para detener las hordas hambrientas y aterrorizadas que nunca vinieron. Y tenía su acondicionador que podía filtrar el aire una y otra vez hasta- limpiarlo de todo, excepto (¡ah, la fragilidad humana!) de radiactividad.

En aquella casa de supervivencia, Peyton pasaba el mes de agosto de cada año de su vida de soltero impenitente. Desconectaba los comunicadores, la televisión y el tele-distribuidor de periódicos. Instalaba una barrera de campo de fuerza alrededor de su propiedad y conectaba un mecanismo que advertía si alguien se aproximaba a la casa, en el punto donde la barrera cruzaba el único camino que serpeaba a través de las montañas.

Durante un mes al año, podía estar completamente solo. Nadie le veía, nadie podía llegar hasta él. En completa soledad, podía gozar de las únicas vacaciones que tanto estimaba después de once meses de convivir con una humanidad por la que no sentía más que un frío desprecio.

Incluso la policía -aquí Peyton sonrió- conocía su riguroso respeto por el mes de agosto. Una vez había renunciado a la fianza y se había sometido a la psicoprueba antes que renunciar a su mes de agosto.

A Peyton se le ocurrió otro aforismo que podía incluir también en su testamento: «No hay nada que dé tanta impresión de inocencia como una triunfante falta de coartada.»

El 30 de julio, como el 30 de julio de todos los años, Louis Peyton tomó en Nueva York el estrato-reactor de no-gravedad de las 9,15 y llegó a Denver a las 12,30. Allí almorzó y tomó el autobús semigrave de la 1,45 hasta Hump's Point, desde donde Sam Leibman le subió en su viejo coche terrestre -¡de gravedad completa!- hasta los linderos de su propiedad. Sam Leibman aceptó muy serio la propina de diez dólares que siempre le daba y se tocó el sombrero como venía haciendo cada 30 de julio desde hacía quince años.

El 31 de julio, como todos los treinta y uno de julio, Louis Peyton volvió a Hump's Point en su aerodeslizador de no-gravedad y encargó en el almacén general de Hump's Point las provisiones necesarias para pasar el mes. No tenía nada de particular aquel encargo. Prácticamente no era más que una repetición de otros muchos encargos anteriores.

MacIntyre, el encargado del almacén, repasó gravemente la lista, la transmitió al Almacén Central del Mountain District de Denver, y al cabo de una hora llegó el pedido mediante el rayo transportador de las masas. Peyton cargó las provisiones en su aerodeslizador con la ayuda de MacIntyre, dejó su habitual propina de diez dólares y regresó a casa.

El 1 de agosto, a las 12,01 de la noche, puso al máximo el campo de fuerza que cercaba su propiedad, y Peyton quedó aislado.

Y entonces cambió de plan. Deliberadamente se tomó ocho días de tiempo. Entretanto, fue destruyendo lenta y meticulosamente las provisiones que había adquirido para el mes de agosto. Empleó las cámaras pulverizadoras que servían para deshacerse de la basura de la casa. Eran unas cámaras de modelo avanzado, capaces de reducir todas las materias, hasta los metales y los silícatos, a un polvillo molecular impalpable y casi invisible. El exceso de energía que produjo el proceso fue arrastrado por el riachuelo de la montaña que atravesaba su propiedad. Durante una semana, el agua estuvo corriendo unos cinco grados más caliente de lo normal.

El 9 de agosto, su aerodeslizador le llevó a un lugar de Wyoming, donde le aguardaban Cornwell y una nave espacial. La nave en sí representaba una cuestión delicada, por supuesto, ya que había unos hombres que la habían vendido, unos hombres que la habían transportado y habían ayudado a prepararla para el vuelo. Sin embargó, todos esos hombres no podían conducir más que a Cornwell; y Cornwell, pensó Peyton con un asomo de sonrisa en sus labios fríos, sería un punto muerto.

El 10 de agosto, la nave espacial, con Peyton a los mandos y Cornwell -con su mapa- como pasajero, abandonó la superficie de la Tierra. Su campo de nogravedad era excelente. A pleno rendimiento, el peso de la nave quedaba reducido a menos de una onza. Las micropilas suministraban energía silenciosa y eficientemente; y sin llamas ni ruidos, la nave traspasó la atmósfera, se convirtió en un puntito, y desapareció.

Era muy poco probable que el vuelo tuviera testigos, o que en estos tiempos de paz idílica y sosegada hubiese un radar vigilando como en los días de antaño. A decir verdad, no había ninguno.

Dos días en el espacio; después, dos semanas en la Luna. Casi instintivamente, Peyton había contado con esas dos semanas desde un principio. No se hacía ilusiones respecto al valor de los mapas caseros, trazados por manos inexpertas. Podían servirle al que -los había hecho, que contaba con la ayuda de la memoria. Para un extraño, podían no ser más que un criptograma.

Cornwell le enseñó a Peyton el mapa por primera vez sólo después de haber despegado.

-Al fin y cabo, señor, este es mi único triunfo -dijo sonriendo obsequiosamente.

-¿Lo ha confrontado con los mapas lunares?

-Me sería muy difícil hacerlo, señor Peyton. Confío en usted.

Peyton le miró fríamente al devolverle el mapa. Lo único cierto que tenía anotado era el Cráter Tycho, donde se hallaba situada la subterránea Ciudad Lunar.

En cierto modo, al menos, tenían la astronomía de parte de ellos. Tycho estaba en la parte iluminada de la Luna en ese momento. Lo cual significaba que era poco probable tropezarse con las naves de patrulla, y menos aún que fueran vistos.

Peyton hizo descender la nave mediante un aterrizaje de no-gravedad, con arriesgada rapidez, en las oscuridad protectora y fría de la sombra interna del cráter. El sol había rebasado ya su cenit y la sombra no disminuiría. Cornwell. puso cara larga.

-¡Por Dios, por Dios, señor Peyton! No podemos ponernos a explorar a plena luz solar.

-El día lunar no dura eternamente -dijo Peyton con presteza-. Quedan unas cien horas de sol. Podemos emplear ese tiempo para aclimatarnos y estudiar el mapa.

La respuesta fue rápida, pero en plural. Peyton estudió las cartas lunares una y otra vez, tomando meticulosas medidas y tratando de encontrar la serie de cráteres consignados en aquel galimatías casero que era la clave de... ¿de qué?

-El cráter que buscamos puede ser cualquiera de estos tres: el GC-3, el GC-5 o el MT-10 -dijo Peyton finalmente.

-¿Qué vamos a hacer, señor Peyton? -preguntó Cornwell con ansiedad.

-Los exploraremos todos -dijo Peyton-, empezando por el más cercano.

Pasó el límite de la fase iluminada y se encontraron en la oscuridad de la noche. Después de eso, fueron saliendo a períodos cada vez más largos a la superficie lunar para acostumbrarse al eterno silencio y negrura, a los toscos puntos de las estrellas y a la raja luminosa que era la Tierra asomando en el borde del cráter, por encima de ellos. Dejaban unas huellas profundas e informes en el polvo reseco que no, se movía ni levantaba polvareda. Peyton se dio cuenta de ello por primera vez cuando salieron del cráter a plena luz de la Tierra gibosa. Eso fue al octavo día de su llegada a la Luna.

El frío lunar limitaba el tiempo que podían permanecer fuera de la nave en sus salidas. Sin embargo, cada día lograban estar más tiempo. A los once días de llegar, ya tenían descartado el CG-3 como posible depósito de las Campanas Armoniosas.

A los quince días, el frío espíritu de Peyton ardía de desesperación. Tenía que ser el CG-3. El MT-10 estaba demasiado lejos. No tendrían tiempo para llegar a él, explorarlo y poder volver a la Tierra para el 31 de agosto.

Sin embargo, en ese mismo decimoquinto día se le disipó definitivamente la desesperación, cuando descubrieron las Campanas.

No eran bonitas. Eran simples pedruscos de roca gris, del tamaño del doble de un puño, huecas en su interior y ligeras como una pluma bajo la gravedad lunar. Había unas dos docenas y, después de pulirlas convenientemente, podrían venderse por lo menos a cien mil dólares cada una.

Con todo cuidado, llevaron las Campanas a la nave transportándolas en el hueco de las manos; las metieron en una caja de serrín y volvieron a por más. Hicieron tres viajes que, de ser en la Tierra, les habrían dejado rendidos de cansancio; pero bajo la insignificante gravedad de la Luna, apenas llegaron a notarlo.

Cornwell le tendió las últimas Campanas a Peyton, y éste las colocó cuidadosamente junto a la entrada de la escotilla.

-Quítelas, señor Peyton -dijo; a través del transmisor, su voz sonaba ásperamente en los oídos del otro-. Voy a subir.

Se agachó para dar el gran salto lento por la gravedad lunar, miró hacia arriba, y se quedó helado de terror. Su rostro, claramente visible a través de la dura lusilita del casco, se heló en una última mueca de terror.

-¡No, señor Peyton! ¡No!...

El dedo de Peyton oprimió el gatillo de la pistola espacial que sostenía. Disparó. Se produjo un fucilazo de insoportable resplandor, y Cornwell se convirtió en el residuo inerte de un hombre, tendido entre los restos de un traje espacial salpicado de sangre congelada.

Peyton se detuvo a contemplar sombríamente al hombre muerto, pero sólo un segundo. Luego trasladó las últimas Campanas a las cajas que tenía preparadas; se quitó el traje, puso primero en funcionamiento el campo de no-gravedad, conectó luego las micropilas y, considerándose en potencia uno o dos millones más rico que dos semanas antes, emprendió el viaje de regreso a la Tierra.

El 29 de agosto, la nave de Peyton descendía sigilosamente, con la popa baja, en el lugar de Wyoming de donde había partido el 10 de agosto. El cuidado con que Peyton había escogido el lugar no había sido inútil. Su aerodeslizador estaba aún allí, oculto al abrigo de una profunda hendidura del paisaje rocoso y accidentado.

Cargó otra vez con las Campanas metidas en sus cajas, y las llevó a la más profunda de las grietas, cubriéndolas con una ligera capa de tierra. Volvió de nuevo a la nave para disponer los mandos y hacer los últimos ajustes. Salió de nuevo y, dos minutos después, los controles automáticos se hicieron cargo de la nave.

Veloz y silenciosa, la nave salió disparada hacia arriba, más y más, virando algo hacia el Oeste por efecto de la rotación de la Tierra. Peyton la siguió con la mirada, haciéndose sombra con la mano sobre sus ojos estrechos, y cuando estaba ya a punto de perderla de vista, se produjo un diminuto resplandor seguido de una nubecilla contra el azul del cielo.

La boca de Peyton se crispó en una sonrisa. Había calculado bien. Al retirar las barras de cadmio que hacían de tope, las micropilas habían rebasado el nivel de seguridad del suministro de energía, y la nave se había desintegrado por el calor de la explosión que a continuación tuvo lugar.

Veinte minutos después, se encontraba de nuevo en su propiedad. Se sentía cansado y le dolían los músculos bajo la gravedad de la Tierra. Durmió bien.

Doce horas más tarde, de madrugada aún, llegó la policía.

El hombre que abrió la puerta se cruzó de manos sobre su barriga y agachó su sonriente cabeza dos o tres veces a modo de saludo. El que entró, H. Seton Davenport, del Departamento Terrestre de Investigación, miró incómodo en torno suyo.

La estancia a la que había entrado era espaciosa y estaba sumida en la semioscuridad, salvo el rincón donde brillaba una lámpara de trabajo enfocada sobre una combinación de butaca y escritorio. Las paredes estaban cubiertas de filas de libro-films. Unos, mapas galácticos desplegados ocupaban un ángulo de la habitación, y en otro brillaba levemente una Lente Galáctica sobre un estante.

-¿Es usted el doctor Wendell Urth? -preguntó Davenport en un tono que parecía dar a entender cierta incredulidad.

Davenport era un hombre fornido, de pelo negro, nariz fina y prominente, y con una cicatriz estrellada en una mejilla que marcaba para siempre el lugar donde le había golpeado un neurolátigo, desde escasa distancia.

-Yo soy -contestó el doctor Urth con una débil voz de tenor-. Y usted es el inspector Davenport.

-En la Universidad me han recomendado que recurriera a usted como extraterrólogo -dijo el inspector al mismo tiempo que presentaba sus credenciales.

-Eso me ha dicho usted hace media hora por teléfono -dijo Urth cortésmente.

Sus rasgos eran toscos, tenía una nariz que parecía un higo aplastado y protegía sus ojos saltones con gruesas gafas.

-Iré derecho al grano, doctor Urth. Supongo que usted habrá visitado la Luna, y...

El doctor Urth, que había sacado una botella de líquido rojizo y dos vasos, un tanto empañados por el, polvo, de detrás de una desordenada pila de libro-film$_{s,}$ brusquedad repentina:

-Nunca he visitado la Luna, inspector. ¡Y no pienso hacerlo jamás! Los viajes espaciales son una locura. No creo en ellos. Siéntese, por favor, siéntese -añadió en tono más suave-. Beba algo.

El inspector Davenport obedeció y dijo: -Pero usted es...

-Un extraterrólogo. Sí. Me intereso por otros mundos, pero eso no significa que tenga que ir allí. ¡Santo cielo!, tampoco haría falta que fuese viajero en el tiempo para ser historiador, ¿no? -se sentó, y una vez más se dibujó una amplia sonrisa en su rostro redondo, mientras decía-: Ahora cuénteme el objeto de su visita.

-He venido -dijo el inspector arrugando el ceño para consultarle sobre un caso de asesinato.

-¿Asesinato? ¿Qué tengo yo que ver con asesinatos? -Este asesinato, doctor Urth, ha ocurrido en la Luna. -Asombroso.

-Más que asombroso. Es un caso sin precedentes, doctor Urth. En los cincuenta años desde que se estableció el Dominio Lunar, ha habido naves que han estallado y trajes espaciales que sufrieron algún escape. Hombres que han muerto achicharrados en la casa que da al Sol, que se han congelado en el lado oscuro, y que se han asfixiado en ambos sectores. Incluso ha habido quien se ha matado por una caída, lo cual, considerando la gravedad lunar, constituye toda una proeza. Pero en todo ese tiempo, ningún hombre había muerto en la Luna a consecuencia del deliberado acto de violencia de otro hombre... hasta ahora.

-¿Cómo lo han hecho? -preguntó el doctor Urth.

-Con una pistola espacial. Las autoridades llegaron al lugar del crimen en cuestión de una hora gracias a una afortunada serie de circunstancias. Una nave de patrulla observó un resplandor luminoso sobre la superficie lunar. Ya sabe a qué enorme distancia puede percibirse un resplandor en la cara oscura de la Luna. El piloto dio parte a la Ciudad Lunar y aterrizó. En el momento en que estaba dando la vuelta, jura que pudo divisar, a la luz de la Tierra, lo que parecía una nave en el momento de despegar. Al aterrizar, descubrió un cadáver reventado y huellas.

-¿Y supone usted que el resplandor luminoso fue debido a [l]a explosión del disparo? -dijo el doctor Urth.

-Es seguro. El cadáver estaba fresco. Algunas partes interiores del cuerpo no se habían congelado aún. Las huellas pertenecían a dos personas. Después de medirlas cuidadosamente, quedó demostrado que había dos clases de huellas de diámetro algo distinto, lo que indicaba que correspondían a botas espaciales de diferente tamaño. En su mayoría conducían a los cráteres GC-3 y GC-5, un par de...

-Estoy familiarizado con la clave oficial para denominar los cráteres lunares -dijo el doctor Urth amablemente.

-Hum. En cualquier caso, en el GC-3 las huellas conducían a una grieta de la pared del cráter en cuyo interior se encontraron fragmentos de piedra pómez. Sometidos a los rayos X, las estructuras de difracción demostraron que se trataba...

-De Campanas Armoniosas -interrumpió el extraterólogo con gran excitación-. ¡No me diga que su crimen está relacionado con las Campanas Armoniosas!

-¿Y qué si lo está? -preguntó Davenport turbado.

-Yo tengo una. La descubrió una expedición de la Universidad y me la regalaron en agradecimiento por... Pero venga, inspector, se la voy a enseñar.

El doctor Urth se levantó inmediatamente y cruzó la habitación, haciéndole al otro una seña para que le siguiera. Davenport, molesto, le siguió.

Entraron en una segunda habitación, más espaciosa que la primera, más oscura y mucho más desordenada. Davenport se quedó mudo de asombro al ver la cantidad tan heterogénea de cosas que se amontonaban allí sin la menor pretensión de orden.

Apartó un trozo de «vidrio azul» de Marte; luego, una cosa que ciertos románticos tenían por un artefacto de los marcianos, extinguidos hace ya tanto tiempo; un pequeño meteorito, un modelo de una primitiva nave espacial, y una botella sellada sin nada" dentro, con una etiqueta garabateada donde ponía: «Atmósfera de Venus.»

-He convertido toda mi casa en un museo -dijo el doctor Urth alegremente-. Es una de las ventajas que tiene el estar soltero. Por supuesto, no tengo todo esto muy organizado. Algún día, cuando tenga libre una semana o así...

Durante un momento miró perplejo a su alrededor; luego, acordándose, apartó un gráfico del sistema evolutivo de los invertebrados marinos, que eran las formas de vida más evolucionadas existentes en el planeta Barnard, y dijo:

-Aquí está. Me temo que está agrietada.

La Campana colgaba de un alambre delgado, al cual estaba soldada cuidadosamente. Efectivamente, estaba agrietada. Tenía un estrangulamiento por la mitad, lo que le daba el aspecto de dos pequeños globos aplastados y pegados el uno al otro firme aunque imperfectamente.

A pesar de ello, la habían pulido amorosamente hasta conseguir un brillo apagado de un gris suave, una aterciopelada finura, y estaba marcada por unas' ligeras picaduras que los laboratorios, en sus inútiles esfuerzos por producir Campanas artificiales, habían sido incapaces de imitar.

-He hecho innumerables experimentos, antes de encontrarle un badajo decente. Una Campana agrietada es temperamental. Pero el hueso le va bien. Tengo uno aquí -y

levantó algo que parecía una especie de gruesa cucharilla hecha de una sustancia gris blancuzca- que me he fabricado yo de un fémur de buey. Escuche.

Con sorprendente delicadeza, sus dedos regordetes manejaron la Campana, buscando el punto más adecuado. La ajustó, sujetándola cuidadosamente. Luego dejó que la campana oscilara libremente, bajó el extremo grueso de la cuchara de hueso y golpeó la Campana con suavidad.

Fue como si un millón de arpas hubieran sonado a una milla de distancia. Aumentó, se debilitó y volvió otra vez. No procedía de ningún punto determinado. Sonaba en el interior de la cabeza, de un modo increíblemente dulce, patético y tembloroso a la vez.

Se fue extinguiendo lentamente, y los dos hombres permanecieron en silencio durante un minuto.

-No está mal, ¿eh? -dijo el doctor Urth, y dándole un golpecito con la mano, dejó que la Campana oscilara en el alambre.

-¡Tenga cuidado! No la rompa -exclamó Davenport inquieto. Era proverbial la fragilidad de una buena Campana Armoniosa.

-Los geólogos dicen que las Campanas no son más que concreciones de piedra pómez endurecidas por la presión, en cuyo interior queda un vacío donde repiquetean y entrechocan libremente pequeñas partículas rocosas. Eso es lo que ellos dicen. Pero si sólo consiste en eso, ¿por. qué no podemos reproducir una? Y eso que ésta, comparada con una Campana perfecta, nos parecería la armónica de un niño -dijo el doctor Urth.

-Exacto -dijo Davenport-. Y no hay ni una docena de personas en la Tierra que posean una que esté perfecta, y habrá un centenar de instituciones y particulares que comprarían una a cualquier precio, sin importarles su procedencia. Por un surtido de Campanas, bien valdría la pena un asesinato.

El extraterrólogo se volvió hacia Davenport y se subió las gafas sobre su increíble nariz con su gordezuelo dedo índice.

-No he olvidado su caso de asesinato. Continúe, por favor.

-Se puede resumir en una sola frase. Conozco la identidad del criminal.

Habían vuelto a sentarse en la biblioteca y el doctor Urth cruzó las manos sobre su voluminoso abdomen.

-¿De veras? Entonces supongo que no tiene ningún problema, inspector.

-Saber y demostrar no es lo mismo, doctor Urth. Desgraciadamente no tiene ninguna coartada.

-Querrá decir que desgraciadamente la tiene, ¿no?

-Quiero decir lo que he dicho. Si tuviera una coartada, se la podría echar abajo de algún modo, porque sería falsa. Si hubiera testigos que aseguraran haberle visto en la Tierra en el momento del crimen, se podría desbaratar su testimonio. Si tuviera una prueba documental, se podría demostrar que era una falsificación o alguna clase de truco. Por desgracia, no tiene nada de eso.

-¿Qué es lo que tiene?

El inspector Davenport describió cuidadosamente la propiedad que Peyton tenía en Colorado. Y concluyó:

-Ha pasado allí el mes de agosto, todos los años, en el aislamiento más estricto. Incluso el T. B. I. tendría que testimoniarlo así. Cualquier jurado tendría que suponer que también este mes de agosto estuvo en su finca, a menos que podamos presentar una prueba definitiva de su estancia en la Luna.

-¿Qué le hace pensar que sí estuvo en la Luna? Quizá sea inocente.

-¡No! -exclamó Davenport casi con violencia-. Durante quince años he estado tratando de reunir pruebas evidentes contra él y nunca lo he logrado. Pero aquí me huelo yo un crimen de Peyton. Le aseguro que, aparte de Peyton, nadie en el mundo tendría el descaro o, en este caso, los contactos convenientes para intentar dar salida a las Campanas Armoniosas que haya traído de contrabando. Sabemos que es un experto piloto espacial. Sabemos también que tuvo contactos con el hombre asesinado, aunque desde luego hace varios meses de eso. Desgraciadamente, nada de esto constituye una prueba.

-¿No sería más sencillo utilizar la psicoprueba, ahora que se ha legalizado su uso? -preguntó el doctor Urth.

Davenport frunció el ceño y la cicatriz de la mejilla se le puso lívida.

-¿Ha leído usted la ley Honski-Hiakawa, doctor Urth?

-No.

-Creo que nadie la ha leído. El gobierno dice que es fundamental el derecho a la inviolabilidad mental. Muy bien, pero ¿a qué conduce esto? Si el hombre que es sometido a la psicoprueba resulta inocente del crimen de que se le acusa, tiene derecho a toda la compensación que sea capaz de sonsacarle al tribunal. En un caso reciente, al cajero de un banco le dieron veinticinco mil dólares de indemnización por haber sido sometido a la psicoprueba por una sospecha de robo. Resulta que la prueba circunstancial que parecía indicar que hubo robo, lo que en realidad indicaba era una mera cuestión de adulterio. Alegó que había perdido el empleo, que fue amenazado por el marido en cuestión, corriendo seriamente peligro, y que finalmente se había visto difamado y puesto en ridículo por un periodista desaprensivo que había llegado a enterarse del resultado de la prueba, todo lo cual fue aceptado por el tribunal.

-Comprendo el punto de vista de ese hombre.

-Todos lo comprendemos. Ese es el problema. Y otra cosa más: cualquier hombre que haya sido sometido a la psicoprueba por cualquier motivo no puede ser sometido de nuevo a ella bajo ningún concepto. Ningún hombre, dice la ley, será sometido dos veces en su vida a un riesgo mental.

-Es una traba.

-Exactamente. En los dos años que hace que se ha legitimado la psicoprueba, no puedo contar el número de pícaros y oportunistas que han intentado que se les someta a ella por haber robado una cartera, con objeto de poder dedicarse después tranquilamente al fraude sistemático. Conque comprenderá usted que el Departamento no permitirá que Peyton sea psicoprobado hasta que tengamos pruebas evidentes de su culpabilidad. Puede que no haga falta una prueba legal, sino una prueba lo bastante sólida como para convencer a mi jefe. Lo peor del caso, doctor Urth, es que si nos presentamos ante el tribunal sin el acta de una psicoprueba, no podemos ganar. En caso tan serio como el de asesinato, el no haber empleado la psicoprueba es claro indicio, aun para el jurado más estúpido, de que la acusación no pisa terreno firme.

-Entonces, ¿qué quiere de mí?

-La prueba de que estuvo en la Luna durante parte del mes de agosto. Hay que hacerlo de prisa. No puedo retenerle como sospechoso mucho tiempo más. Y si corre por ahí la noticia del crimen, la prensa mundial estallará como un asteroide al chocar con la atmósfera de Júpiter. Es un crimen fascinante, comprenda: el primer asesinato cometido en la Luna.

-¿Cuándo se cometió exactamente el asesinato? -preguntó el doctor Urth de repente iniciando una serie de rápidas preguntas.

-El veintisiete de agosto.

-¿Y cuándo le arrestaron?

-Ayer, treinta de agosto.

-Entonces, si Peyton es el asesino, ha tenido tiempo de volver a la Tierra.

-No mucho, el justo nada más -los labios de Davenport se contrajeron-. De haber llegado yo un día antes... de haber encontrado su casa vacía...

-¿Y cuánto tiempo supone usted que estuvieron juntos los dos, la víctima y el asesino, en la Luna?

-A juzgar por las distancias que cubren las huellas, varios días. Una semana, lo menos.

-¿Han encontrado la nave que utilizaron?

-No, y probablemente no la encontraremos nunca. Hace unas diez horas, la Universidad de Denver informó que ha habido un aumento de radiactividad básica; empezó anteayer a las seis de la tarde y persistió durante varias horas. Es muy sencillo,

Dr. Urth, programar los controles de una nave para que despegue sin tripulación y estalle, a una altura de cincuenta millas, por cortocircuito en las micropilas.

-Yo que Peyton -dijo el Dr. Urth pensativo- habría matado al hombre a bordo y hubiera hecho estallar el cadáver junto con la nave.

-Usted no conoce a Peyton -dijo Davenport de mal humor-. Disfruta burlándose de la ley. Lo tiene a gala. El habernos dejado el cadáver en la Luna es un desafío.

-Ya comprendo -el Dr. Urth se acarició el estómago con un movimiento rotatorio, y añadió-: Bueno, hay una posibilidad.

-¿De que pueda robar usted que ese hombre estuvo en la Luna?

-De . poder darle mi opinión. -¿Ahora?

-Cuanto antes, mejor. Naturalmente, si tengo la oportunidad de entrevistar al señor Peyton.

-Eso se puede arreglar. Tengo ahí esperando un reactor de no-gravedad. Podemos estar en Washington en veinte minutos.

Pero una expresión de profunda alarma pasó por el rollizo semblante del extraterrólogo. Se puso en pie y se alejó del agente del T. B. I., dirigiéndose al rincón más oscuro de la desordenada habitación.

-¡No!

-¿Qué pasa, Dr. Urth?

-No subiré en un reactor de no-gravedad. No me fío.

Davenport miró con perplejidad al Dr. Urth.

-¿Prefiere que tomemos un monorraíl? -tartamudeó.

-Desconfío de todos los medios de transporte -exclamó el Dr. Urth-. No me fío. Excepto andar. Andar no me importa -le había entrado una repentina impaciencia-. ¿No podría traer usted al señor Peyton a esta ciudad, a algún lugar donde pueda yo ir andando? ¿Al Ayuntamiento, por ejemplo? Al Ayuntamiento he ido andando muchas veces.

Davenport contempló con desaliento la habitación. Miró los miles de libros que versaban sobre la ciencia de los años-luz. A través de la puerta abierta se veía la habitación contigua con sus muestras de mundos situados más allá del firmamento. Miró al Dr. Urth, pálido ante la sola idea de subir a un reactor de no-gravedad, y se encogió de hombros.

-Le traeré a Peyton aquí. A esta misma habitación. ¿Satisfecho con eso?

-Sí -el Dr. Urth dejó escapar un profundo suspiro.

-Espero que pueda ayudarnos, Dr. Urth.

-Haré lo que pueda, señor Davenport.

. Louis Peyton miró con disgusto en torno suyo, y de un modo despectivo al hombre grueso que le saludaba con un movimiento de cabeza. Miró el asiento que le ofrecían y lo limpió con la mano antes de sentarse. Davenport tomó asiento cerca de él, con la funda de su pistola bien a la vista.

El hombre grueso sonrió al sentarse y se acarició su voluminoso abdomen como si acabara de terminar una buena comida y quisiera hacérselo saber al resto del mundo.

-Buenas tardes, señor Peyton. Soy el Dr. Urth, extraterrólogo -dijo.

-¿Y qué quiere de mí? -preguntó Peyton, mirándole de nuevo.

-Quiero saber si estuvo en la Luna durante el mes de agosto.

-No estuve.

-Sin embargo, nadie le vio a usted en la Tierra entre el 1 de agosto y el 31 del mismo mes.

-Hice la vida que habitualmente suelo hacer todos los meses de agosto. Nunca me ve nadie durante ese mes. Que se lo diga él -y movió la cabeza en dirección a Davenport.

El Dr. Urth rió entre dientes.

-Qué estupendo sería que pudiéramos comprobar esta cuestión. Si hubiera, al menos, una manera de diferenciar la Luna de la Tierra. Si, por ejemplo, pudiéramos analizar el polvo de su pelo y decir: «¡Ajá!, polvo lunar». Pero, desgraciadamente, no podemos. El polvo lunar es muy parecido al polvo terrestre. Y aun cuando no lo fuera, no encontraríamos nada en su pelo, a menos que usted hubiera pisado la superficie lunar sin traje espacial, lo cual es muy improbable.

Peyton permaneció impasible.

El Dr. Urth prosiguió, sonriendo con benevolencia, mientras alzaba una mano para asegurar las gafas que le colgaban peligrosamente en la punta de la nariz:

-Un hombre que viaja por el espacio o por la Luna respira aire de la Tierra y come alimentos terrestres. Lleva el ambiente de la Tierra pegado a su piel, ya se encuentre metido en su nave o en su traje espacial. Estamos buscando a un hombre que pasó dos días en el espacio camino de la Luna, una semana por lo menos en la Luna, y dos días más de regreso de allá. En todo ese tiempo llevó la Tierra pegada a su piel, y eso nos lo hace difícil.

-Mi sugerencia -dijo Peyton- es que la cosa resultaría menos difícil si me soltaran y buscaran al verdadero asesino.

-Puede que lleguemos a esa decisión -dijo el doctor Urth-. ¿Ha visto alguna vez algo parecido a esto? Alargó su mano regordeta hacia el suelo y la levantó, mostrando una especie de esfera gris de apagados destellos.

-Parece una Campana Armoniosa -dijo Peyton sonriendo.

-Es una Campana Armoniosa. El móvil del asesinato fueron las Campanas Armoniosas. ¿Qué opina de ésta?

-Creo que está muy agrietada.

-¡Ah, pero examínela bien! -dijo el Dr. Urth, y con un rápido movimiento de mano se la lanzó a Peyton desde una distancia de dos metros.

Davenport lanzó un grito, y medio se levantó de la silla. Peyton alzó los brazos con esfuerzo, pero tan rápidamente que logró atrapar la Campana.

-Condenado loco -dijo Peyton-. No la tire de esa manera.

-Siente respeto por las Campanas Armoniosas, ¿no es cierto?

-Demasiado para romper una. Eso al menos no es un crimen -Peyton la acarició suavemente, luego se la acercó al oído y la agitó con cuidado para oír el suave entrechocar de lunolitos, esas partículas diminutas de piedra pómez al agitarse en el vacío.

Luego, sosteniendo la Campana por el alambre de acero que aún tenía sujeto, deslizó la uña del pulgar por su superficie con un movimiento ondulatorio de experto. ¡Vibró! Fue una nota muy dulce, como el sonido de una flauta, que se prolongó en una tenue reverberación y se fue extinguiendo lentamente, suscitando con su hechizo imágenes de un atardecer de verano.

Por un instante, los tres hombres se sintieron embargados por el efecto del sonido.

-Echemela, señor Peyton. ¡Láncemela para acá! -dijo entonces el Dr. Urth, y tendió la mano con gesto apremiante.

Maquinalmente, Louis Peyton lanzó la Campana, que describió una curva reducida, como un tercio de la distancia que debía recorrer hasta la mano tendida del doctor Urth, cayó y se estrelló contra el suelo con una disonancia dolorosa, como un gemido.

Davenport y Peyton se quedaron mirando los fragmentos grises sin decir palabra, y casi pasó inadvertida la voz tranquila del Dr. Urth cuando dijo:

-En cuanto se localice el escondrijo de las Campanas del criminal, pediré una sin grietas y perfectamente bruñida como restitución y honorarios.

-¿Honorarios? ¿Por qué?-preguntó Davenport irritado.

-Ahora está ya completamente aclarado el asunto. Pese a mi pequeño discurso de hace un momento, hay algo en la Tierra que ningún viajero del espacio se lleva consigo, y es la gravedad de la superficie terrestre. El hecho de que el señor Peyton pueda equivocarse de manera tan garrafal al lanzar un objeto, que evidentemente tiene tanto valor para él, sólo puede significar que sus músculos no han tenido tiempo de adaptarse otra vez a la fuerza de la gravedad terrestre. Mi opinión profesional, señor Davenport, es que su prisionero ha estado estos últimos días lejos de la Tierra. O ha estado en el espacio, o en algún cuerpo celeste bastante más pequeño que la Tierra... como, por ejemplo, en la Luna. Davenport se puso en pie con una expresión triunfal.

-Haga constar su opinión por escrito -dijo, con la mano sobre la pistola-; eso será suficiente para que nos concedan el permiso de utilizar una psicoprueba.

Louis Peyton, perplejo y sin oponer resistencia, sólo alcanzaba a comprender vagamente que, cualquiera que fuese el testamento que dejara ahora, tendría que hacer constar en él su fracaso final.

EPILOGO

Mis relatos dan lugar muchas veces a que me escriban mis lectores cartas muy agradables, aun cuando saquen a colación algún punto embarazoso. Por ejemplo, después de publicar este relato, recibí una de un joven en la que me contaba que, inspirado por el razonamiento del doctor Urth, estudió el problema de si afectarían realmente las diferencias de peso en la manera de lanzar un objeto. Al final, hizo un experimento científico para comprobarlo.

Preparó varios objetos, todos del mismo tamaño y aspecto, pero de pesos diferentes, e hizo que varias personas los lanzaran, sin prevenirles de cuáles eran los pesados y cuáles no. Comprobó que todos los objetos fueron lanzados más o menos con la misma precisión.

Esto me preocupó un poco, pero considero que las conclusiones de este joven no se pueden aplicar con todo rigor. Sólo con sostener un objeto al disponerse a lanzarlo, uno estima inconscientemente su peso y ajusta el esfuerzo muscular de acuerdo con él, si es que está acostumbrado a la gravedad bajo la cual opera.

Los astronautas se sujetan generalmente con correas durante sus vuelos y no han hecho nada a baja gravedad, salvo cortos «paseos por el espacio». Al parecer, esos paseos han resultado sorprendentemente fatigosos, por lo que parece que un cambio de gravedad requiere una considerable aclimatación. Y un regreso a la gravedad terrestre, después de tal aclimatación, requiere una considerable reaclimatación.

Así que, por el momento al menos, sigo siendo del mismo criterio que el doctor Urth.

La piedra viviente[2]

Grande es el cinturón de asteroides y pequeña la parte ocupada por el hombre. Larry Vernadsky había sido asignado a la Estación Cinco por un período de un año; se hallaba

[2] Título original: «The talking Stone»

ya en el séptimo mes, pero cada vez se preguntaba con más frecuencia si su salario podría compensarle de su casi solitario confinamiento, a setenta millones de millas de la Tierra. Era un joven delgado que no tenía pinta de ingeniero espacio-náutico ni de hombre de los asteroides. Tenía los ojos azules, el pelo color mantequilla, un invencible aire de inocencia que ocultaba su despierta mentalidad, y un espíritu curioso agudizado por el aislamiento.

Tanto su cara de inocencia como su curiosidad le fueron útiles a bordo del Robert Q.

Cuando el Robert Q. aterrizó en la plataforma exterior de la Estación Cinco, Vernadsky subió a bordo casi inmediatamente. Manifestaba ese desbordante regocijo que, de ser perro, habría acompañado de un menear de cola y un alegre concierto de ladridos.

El hecho de que el capitán del Robert Q. acogiera sus risas con el silencio severo y desabrido que se reflejaba pesadamente en su rostro de toscas facciones, no importaba en absoluto. Para. Vernadsky, la nave representaba la tan deseada compañía y era bien venida. A su disposición ponía la cantidad que quisiera de los millones de galones de hielo y las toneladas de concentrados de alimentos congelados que se almacenaban en el interior del asteroide hueco que servía de Estación Cinco. Vernadsky tenía lista toda clase de herramental eléctrico que pudiera hacer falta, toda clase de recambios necesarios para un motor ultra-atómico.

Todo el semblante juvenil de Vernasdky irradiaba alegría mientras rellenaba el impreso rutinario, tomando rápidamente anotaciones que más tarde pasaría a datos de computadora para archivarlos. Anotó el nombre de la nave y su número de serie, el número de motor, número del generador de campo y demás, puerto de embarque («hemos tocado un montón de puertos por todos estos malditos asteroides, ya no recuerdo cuál fue el último», y Vernadsky escribió simplemente «Cinturón», que era la abreviatura usual de «Cinturón de Asteroides»); puerto de destino («la Tierra»); motivo de su escala («fallos en la transmisión ultra-atómica»).

-¿Cuántos componen su tripulación, capitán? -preguntó Vernadsky mientras revisaba la documentación de la nave.

-Dos -dijo el capitán-. ¿Qué tal si echa una mirada a los ultra-atómicos? Llevamos un cargamento para entregar -tenía azulencas las mejillas debido al espesor de su barba, y su aspecto era el de un endurecido minero que ha pasado toda su vida en los asteroides. Sin embargo, tenía una manera de hablar propia de un hombre educado, casi adulto.

-Por supuesto -Vernadsky subió su equipo detector a la sala de motores, seguido del capitán. Comprobó los circuitos, el grado de vacío y la densidad del campo de fuerza con toda soltura y diligencia.

No pudo evitar hacerse sus reflexiones acerca del capitán. A pesar de la aversión que él sentía por lo que le rodeaba, se daba cuenta vagamente de que había algunas personas que sentían fascinación por los inmensos vacíos y por la libertad de los espacios. Sin embargo, presentía que un hombre como el capitán no sería minero de los asteroides sólo por amor a la soledad.

-¿Transporta usted algún tipo especial de mineral? -preguntó.

-Cromo y manganeso -dijo el capitán, frunciendo el ceño.

-¿De veras?... Yo en su lugar le cambiaría el multiplicador Jenner.

-¿Es eso lo que va mal?

-No, no es eso. Pero lo lleva algo gastado. Se arriesga a tener otro fallo dentro de un millón de millas. Y puesto que está aquí la nave...

-De acuerdo, cámbielo. Pero haga el favor de encontrar la pega.

-Hago lo que puedo, capitán.

La última observación del capitán fue lo bastante áspera como para desanimar incluso a Vernasdky. Durante un rato trabajó en silencio; luego se puso en pie.

-Tiene usted velado un semirreflector gamma. Cada vez que el haz de positrones completa el ciclo de su recorrido, la transmisión vacila un segundo. Tendrá que cambiarlo.

-¿Cuánto tardará?

-Varias horas. Quizá doce.

-¿Cómo? Ya voy con retraso.

-Lo siento -Vernadsky seguía de buen humor-. Es lo más que puedo hacer. Hay que inundar de helio el sistema durante tres horas, antes de que yo pueda entrar en él. Y después tengo que ajustar el nuevo semirreflector, y eso lleva tiempo. Podría hacerle una reparación en cuestión de minutos, pero no quedaría del todo bien. Tendría una avería antes de llegar a la órbita de Marte.

-Pues venga. Empiece de una vez -dijo el capitán de mal talante.

Vernadsky trasladó con cuidado el bidón de helio a bordo de la nave. Dado que los generadores de pseudogravedad estaban desconectados, su peso era prácticamente nulo, aunque conservaba toda su masa e inercia. Las operaciones resultaban aún más difíciles, puesto que también Vernadsky carecía de peso.

Debido a que andaba con la atención puesta enteramente en el bidón de helio, se equivocó al doblar una esquina en el atestado interior de la nave, y se encontró de pronto en un compartimiento extraño y oscuro.

Sólo tuvo tiempo de dar un grito de sorpresa, y acudieron precipitadamente dos hombres que les echaron fuera, a él y al bidón, y cerraron la puerta.

Guardó silencio mientras ajustaba el bidón a la válvula de entrada del motor y escuchaba el ruido suave, como un suspiro prolongado, que el helio producía a medida

que inundaba el interior, barriendo lentamente los gases empadados de radiactividad hacia el espacio vacío que todo lo admite.

Su curiosidad se impuso sobre su prudencia, y dijo:

-Lleva usted una gran siliconia a bordo de la nave, capitán. Es enorme.

El capitán se volvió lentamente hacia Vernadsky.

-¿Ah, sí? -preguntó con una voz completamente neutra.

-La he visto. ¿Le importaría que le echara otra mirada?

-¿Para qué?

-Bueno, verá usted, capitán, hace más de medio año que estoy en esta roca. He leído todo lo que ha caído en mis manos sobre asteroides, lo cual quiere decir que me he leído todo lo que se refiere a las siliconias. Y jamás he visto ni siquiera una pequeña. Sea comprensivo -dijo Vernadsky con tono implorante.

-Creo que tiene un trabajo que hacer.

-Sólo dejar que el helio vaya limpiando durante unas horas. Mientras no termine, no tengo nada que hacer. Pero ¿cómo es que transporta usted una siliconia, capitán?

-Es mi mascota. Hay a quien le gustan los perros. A mí me gustan las siliconias.

-¿Ha logrado que hable?

El capitán se azoró.

-¿Por qué lo pregunta?

-Algunas han hablado. Otras llegan incluso a leer el. pensamiento.

-¿Qué es usted? ¿Un experto en estas malditas cosas?

-He leído sobre todas estas cosas. Ya se lo he dicho. Vamos, capitán. Déjeme verla.

Vernadsky hizo como que no se daba cuenta de que tenía al capitán enfrente y un tripulante a cada lado. Cualquiera de los tres era más alto que él, más pesado, y todos ellos -estaba seguro- iban armados.

-Bueno, ¿qué hay de malo? No se la voy a robar. Sólo quiero verla -dijo Vernadsky.

Debió de ser el trabajo de reparación sin terminar, lo que le salvó la vida en ese momento. Aún más, puede que fuera su aspecto de alegre y estúpido candor lo que hizo que le dejaran tranquilo.

-Bueno, vamos -dijo el capitán.

Y Vernadsky le siguió, mientras trabajaba su ágil pensamiento y el pulso le galopaba febrilmente.

Vernadsky contempló con verdadero pavor y algo de repugnancia la criatura gris que tenía delante. Era completamente cierto que no había visto jamás una siliconia, pero había visto fotos tridimensionales y había leído descripciones de ella. Sin embargo, la presencia real y efectiva de una cosa tiene algo que no pueden suplir ni las palabras ni las fotografías.

Tenía la piel de un gris suavemente aceitoso. Sus movimientos eran lentos, como correspondían a una criatura que se cobijaba en la piedra y era de piedra más de la mitad de sí misma. No se veía la menor contorsión de músculos debajo de esa piel; en cambio, se movía de un modo viscoso mediante delgadas placas de piedra que resbalaban grasientas unas sobre otras.

En general, tenía una forma ovoide, redonda por arriba, aplastada por abajo, con dos series de apéndices. Debajo estaban las «patas» dispuestas radialmente. Tenía seis en total y terminaban en afiladas puntas silíceas, reforzadas con unas fundas metálicas. Estas extremidades podían trocear la roca, desmenuzándola en porciones comestibles.

En la achatada base de la criatura, oculta a la vista a menos que pusieran del revés a la siliconia, estaba la única abertura hacia su interior. Se metía las piedras desmenuzadas en esa cavidad. Dentro, la piedra caliza y los silicatos hidratados reaccionaban para formar las siliconas con las que se formaban los tejidos de la criatura. El sílice sobrante volvía a salir por la cobertura en forma de excrementos blancos como guijarros.

¡Qué desconcertados se sintieron los extraterrólogos ante los suaves guijarros diseminados por las pequeñas operarias de las estructuras rocosas de los asteroides, hasta que fueron descubiertas las primeras siliconias! ¡Y cómo se maravillaban después al ver la manera con que estas criaturas hacían que las siliconias -estos polímeros de silicona y oxígeno con cadenas laterales de hidrocarburo- realizaran esa multiplicidad de funciones que las proteínas realizan en la vida terrestre!

De lo más alto del dorso de la criatura surgían los restantes apéndices, dos conos invertidos, huecos y en direcciones opuestas, que encajaban cómodamente en sus correspondientes huecos situados a lo largo del dorso y ían levantarse un poco hacia arriba.

Cuando la siliconia horadaba la roca, plegaba las «orejas» para ofrecer el menor obstáculo posible en su avance. Cuando descansaba en su caverna excavada, las sacaba para poder captar mejor y con más sensibilidad. El vago parecido que tenían con las orejas de un conejo hacían inevitable el nombre de siliconia. Los extraterrólogos más serios, que se referían habitualmente a esas criaturas con el nombre de Siliconeus asteroidea, pensaban que las «orejas» debían tener alguna relación con los rudimentarios poderes telepáticos que tales bestias poseían. Pero había también una minoría que sostenía otras hipótesis. La siliconia se deslizaba lentamente por encima de una roca untada de aceite. En un rincón del compartimiento había un montón más de rocas esparcidas, que, como Vernadsky sabía, constituían el alimento de aquella criatura. O al menos la necesitaba para la formación de sus tejidos. Porque, según había leído, eso sólo no bastaba para proporcionarle toda su energía.

Vernadsky estaba maravillado.

-Es un monstruo –dijo-. Tiene casi medio metro de ancho.

El capitán refunfuñó unas palabras evasivas.

-¿Dónde la consiguió? -preguntó Vernadsky.

-La encontré en una roca.

-Pues escuche, la mayor que se ha encontrado tendrá unos cinco centímetros. Esta la podía vender a algún museo o universidad de la Tierra por un par de miles de dólares, quizá.

El capitán se encogió de hombros.

-Bueno, ya la ha visto. Volvamos a los motores.

Había agarrado fuertemente a Vernadsky por el codo, y estaban ya a punto de marcharse, cuando algo vino a detenerles: una voz a la vez lenta y farfullante, hueca y arenosa.

Fue producida mediante la fricción cuidadosamente modulada de unas placas contra otras, y Vernadsky se quedó mirando con horror a quien había hablado.

Era la siliconia, que se había convertido de repente en una piedra parlante. Había dicho:

-El hombre se pregunta si esta cosa puede hablar.

-¡Válgame el espacio, sí que habla! -susurró Vernadsky.

-Muy bien -dijo el capitán con impaciencia-. Ya la ha visto y la ha oído también. Vámonos ya.

-Y lee el pensamiento -dijo Vernadsky.

La siliconia dijo:

-Marte da una vuelta cada dos cuatro horas tres siete y medio minutos. La densidad de Júpiter es uno punto dos. Urano fue descubierto en el año uno siete ocho uno. Plutón es el planeta más alejado. El Sol es el más pesado, con una masa de dos cero cero cero cero cero...

El capitán tiró de Vernadsky y se lo llevó. Vernadsky, medio andando hacia atrás, medio tropezando, escuchaba fascinado aquel apagado zumbido de ceros.

-¿De dónde sacó la piedra todas esas tonterías, capitán? -preguntó.

-Le leímos un viejo libro de Astronomía. Muy viejo. De antes de que se inventaran los viajes espaciales -dijo uno de los tripulantes con disgusto-. Ni siquiera era un libro-film. Se trataba de una impresión corriente.

-Cállate -dijo el capitán

Vernadsky, comprobó la salida de helio que iba eliminando las radiaciones gamma. Ya era hora de terminar la limpieza y ponerse a trabajar en el interior. Fue un trabajo concienzudo, y Vernadsky sólo lo interrumpió una vez para tomarse un café y descansar.

-¿Sabe cómo me lo imagino todo, capitán? -dijo con la inocencia brillando en su sonrisa-. Me imagino a esa cosa viviendo dentro de las rocas de algún asteroide durante toda su vida. Durante cientos de años, quizá. Es un bicho tremendo, y probablemente es mucho más listo que las siliconias corrientes. Entonces viene usted y la encuentra, y ella descubre que el universo no es sólo roca. Descubre trillones de cosas que nunca había imaginado, por eso le interesa la Astronomía. Son un mundo nuevo todas esas ideas que encuentra en el libro y en las mentes humanas, también. ¿No cree usted?

Trataba desesperadamente de hacer hablar al capitán, sonsacarle algo concreto en qué poder basar sus deducciones. Por ese motivo se arriesgó a decir eso, que debía de ser la mitad de la verdad. La mitad más pequeña, por supuesto.

Pero el capitán, recostado contra el mamparo con los brazos cruzados, se limitó a decir:

-¿Cuándo lo tendrá terminado?

Fue su último comentario, y Vernadsky se vio obligado a contentarse con ello. El motor quedó finalmente arreglado a gusto de Vernadsky, y el capitán pagó al contado unos honorarios razonables, cogió su recibo y despegó en medio de una llamarada de hiperenergía de la nave.

Vernadsky vio cómo se alejaba, y sintió una excitación casi irresistible. Se dirigió rápidamente al transmisor subetérico.

-Tengo que tener razón -murmuró para sí-, tengo que tenerla.

El oficial Milt Hawkins recibió la llamada en la soledad de su alojamiento en el Puesto de Policía del Asteroide número 72. Estaba a solas, con una barba de dos días, una lata de cerveza y un proyector de películas, y la melancolía que reflejaba su rostro colorado y mofletudo era el resultado de la soledad en que vivía, igual que lo era la forzada animación de los ojos de Vernadsky.

El oficial Hawkins se encontró de pronto mirando esos ojos y se sintió feliz. Aun cuando se tratara sólo de Vernadsky, la compañía era bien venida. Le saludó efusivamente y escuchó complacido el sonido de la voz sin preocuparse demasiado de lo que decía.

De pronto, la diversión desapareció y prestó atención. -Un momento. ¡Un-mo-mento! -dijo-. ¿De qué estás hablando?

-¿No me has escuchado, polizonte sordo? Estoy poniendo toda el alma en lo que te digo.

-Bueno, dímelo por partes, por favor. ¿Qué dices de una siliconia?

El tipo ese lleva una a bordo. Dice que es su mascota y la alimenta con rocas grasientas.

-¡Bah! Un minero de la ruta de los asteroides sería capaz de convertir un pedazo de queso en su mascota, si pudiera hacer que le diera conversación.

-Pero no es una siliconía normal y corriente. No se trata de una de esas que tienen unos pocos centímetros. Tiene más de treinta centímetros de ancho. ¿No lo comprendes? ¡Espacio! Yo creía que un tipo que vive aquí tenia que saber algo sobre los asteroides.

-Está bien. ¿Por qué me lo cuentas?

-Escucha, las rocas grasientas le sirven para formar sus tejidos, pero ¿de dónde crees que consigue su energía una siliconia de ese tamaño?

-No tengo ni idea.

-Exactamente de... ¿hay alguien ahí en este momento?

-En este momento, no. Ojalá.

-Dentro de un minuto no pensarás así. Las siliconias obtienen su energía mediante la absorción directa de rayos gamma.

-¿Quién lo dice?

-Lo dice un tipo llamado Wendell Urth. Es un extraterrólogo muy famoso. Y es más, dice que para eso es para lo que le sirven las orejas a la siliconia -Vernadsky se puso los dedos índices en las sientes y los movió rápidamente-. Nada de telepatías. Detecta la radiación gamma a niveles que no puede detectar ningún instrumento humano.

-Muy bien. ¿Y qué? -preguntó Hawkins. Pero comenzaba a ponerse pensativo.

-Pues eso: que Urth dice que no hay suficiente radiación gamma en ningún asteroide para alimentar siliconias de más de tres o cuatro centímetros. Ni hay suficiente radiactividad. Y aquí tenemos una de casi medio metro, unos treinta y ocho centímetros largos.

-Bueno...

-Quiere decirse que la ha tenido que sacar de algún asteroide que está rebosante de energía, plagado de uranio, macizo de tantos rayos gamma. Un asteroide con suficiente

radiactividad como para estar caliente al tacto y lejos de las órbitas regulares, de modo que nadie se ha tropezado con él. Supón que algún muchacho avispado aterriza en ese asteroide por casualidad y se da cuenta del calor de las rocas y se pone a pensar. Ese capitán del Robert Q. no es un ignorante buscador de piedras. Es un tipo astuto.

-Sigue.

-Suponte que hace estallar algún pedazo de roca para hacer una comprobación, y descubre una siliconia gigante.. Entonces se da cuenta de que ha descubierto el filón más increíble de la historia. Y no necesita investigaciones. La silíconia puede guiarle a las vetas ricas.

-¿Por qué?

-Porque quiere conocer el universo. Porque ha pasado quizá un millar de años bajo la roca, y acaba de descubrir las estrellas. Puede leer el pensamiento, y puede incluso aprender a hablar. Podría haber hecho un trato. Escucha, el capitán se apresuraría a aprovecharlo. La explotación del uranio es un monopolio estatal. A los mineros sin licencia no se les permite ni siquiera llevar contadores. Sería una ocasión estupenda para el capitán.

-Quizá tengas razón -dijo Hawkins.

-Nada de quizá. Tenías que haberles visto a mi lado mientras contemplaba la siliconia, dispuestos a saltar sobre mí si decía una sola palabra extraña. Tenías que haberles visto cómo me sacaron a los dos minutos.

Hawkins se frotó su rasposa barbilla con la mano y calculó mentalmente el tiempo que tardaría en afeitarse.

-¿Cuánto tiempo puedes retener al tipo en tu estación? -preguntó.

-¡Retenerlo! ¡Espacio! ¡Se ha marchado!

-¿Qué? ¿Entonces de qué demonios estamos hablando? ¿Por qué le has dejado marchar?

-Eran tres individuos -explicó Vernadsky con paciencia-. Todos eran más grandes que yo, iban armados y apuesto a que los tres estaban dispuestos a matar. ¿Qué querías que hiciera?

-De acuerdo, pero ¿qué hacemos ahora?

-Salir y cogerles. Es la mar de fácil. Estuve reparándole los semirreflectores y lo hice a mi modo. Se les cortará el suministro de energía dentro de unas diez mil millas. Y les instalé un rastreador en el multiplicador Jenner.

Hawkins abrió los ojos con sorpresa ante el sonriente rostro de Vernadsky.

-¡Santo Toledo!

-Y no metas a nadie en esto. Sólo tú, yo y el crucero de la policía. Ellos no tendrán energía y nosotros dispondremos de un cañón o dos. Nos dirán dónde está el asteroide

de uranio. Lo localizamos, y después nos ponemos en contacto con el Cuartel General de la Patrulla. Les entregaremos tres, repito, tres contrabandistas de uranio, una siliconia gigante como jamás vio nadie en la Tierra, y un, repito, un pedazo de mineral de uranio tremendo, como tampoco habrá visto nadie en la Tierra. Y a ti te ascenderán a teniente y a mí me darán un trabajo permanente en la Tierra. ¿De acuerdo?

Hawkins estaba aturdido.

-De acuerdo -gritó-. Voy para allá.

Antes de localizar la nave por el débil reflejo del Sol, estaban ya casi encima.

-¿Es que no les has dejado energía suficiente para las luces de la nave? No les quitarías el generador de emergencia, ¿verdad?

Vernadsky encogió los hombros.

-Están ahorrando energía, esperando que alguien les recoja. Apuesto a que en este momento están empleando toda la que tienen en una llamada sub-etérica.

-Si es así, yo no la estoy recibiendo -dijo Hawkins con sequedad.

-¿No?

-Lo que se dice nada.

El crucero de la policía se aproximó en espiral. Su presa, con la energía cortada, iba por el espacio a la deriva, a una velocidad uniforme de diez mil millas por hora. El crucero se puso a su altura, a la misma velocidad, y se aproximó a la nave a la deriva.

Una expresión de angustia cruzó el semblante Hawkins.

-¡Oh, no! -¿Qué pasa?

-Esa nave ha recibido un impacto. Un meteoro. Sabe Dios los que habrá en el cinturón de los asteroides.

El rostro y la voz de Vernadsky perdieron toda su animación:

-¿Un impacto? ¿Han naufragado?

-Tiene un boquete del tamaño de una puerta de establo. Lo siento, Vernadsky, pero esto puede tomar mal cariz.

Vernadsky cerró los ojos y tragó saliva con fuerza. Sabía lo que Hawkins quería decir. Vernadsky había reparado mal la nave deliberadamente, cosa que podía llegar a ser considerada como un delito. Y toda muerte que se deriva de un delito constituye un asesinato.

-Escucha, Hawkins, tú sabes por qué lo hice -dijo.

-Yo sé lo que tú me has contado y lo testificaré así, si es necesario. Pero si esta nave no hacía contrabando...

No terminó la frase. Ni tenía por qué.

Entraron en la nave destrozada protegidos con sus trajes espaciales.

El Robert Q. era un montón de chatarra, por dentro y por fuera. Al no tener energía, no había tenido posibilidad de levantar la más mínima pantalla contra la roca que se les vino encima, o detectarla a tiempo; o de evitarla, si es que la llegaron a detectar. La roca había perforado el casco de la nave como si se tratara de una simple chapa de aluminio. Había aplastado la cabina del piloto, había provocado el escape del aire de la nave y había matado a los tres hombres que había a bordo.

Un miembro de la tripulación había ido a estamparse contra el mamparo a causa del impacto, y ahora no era más que un montón de carne congelada. El capitán y el otro tripulante yacían en actitudes rígidas con la piel congestionada por coágulos de sangre helados donde el aire, al salir hirviendo de la sangre, había roto los vasos.

Vernadsky, que nunca había visto esa clase de muerte en el espacio, se sintió enfermo; pero luchó para no vomitar dentro de su traje espacial, y lo consiguió.

-Vamos a comprobar el mineral que transportaba. Tiene que estar viva. Tiene que estarlo -se decía a sí mismo-. Tiene que estarlo.

La puerta de la bodega se había alabeado por la violencia de la colisión y quedaba una rendija de un centímetro en el lugar donde ya no encajaba con el marco.

Hawkins levantó el contador que llevaba en su mano enguantada y orientó la ventana de mica hacia aquella grieta.

Crepitó como un millón de urracas.

-Ya te lo dije -dijo Vernadsky con inmenso alivio. El haber averiado la nave no podía interpretarse ahora sino como una ingeniosa y muy loable manera de cumplir con su deber de ciudadano, y la colisión del meteoro que había causado la muerte de los tres hombres no era más que un lamentable accidente.

Tuvieron que disparar dos veces el rayo de sus pistolas para hacer saltar la puerta retorcida y, a la luz de sus linternas, descubrieron toneladas de rocas.

Hawkins cogió dos pedazos de discreto tamaño y los dejó caer cuidadosamente en uno de los bolsillos de su traje.

-Como pruebas -dijo- y para verificarlas.

-No las tengas demasiado tiempo cerca de la piel -le aconsejó Vernadsky.

-El traje me protegerá hasta que lleguemos a la nave. Después de todo, no es uranio puro.

-Apuesto a que casi lo es -Vernadsky había recuperado toda su anterior jactancia.

-Bueno, esto simplifica las cosas. Hemos detenido a una banda de contrabandistas, quizá, o a parte de ella. Pero ¿qué hacemos ahora?

-El asteroide de uranio...

-De acuerdo, ¿dónde está? Los únicos que lo sabían están muertos.

-¡Espacio!

Y de nuevo se desvaneció la animación de Vernadsky. Sin el asteroide, sólo tenía tres cadáveres y una pocas toneladas de mineral de uranio. La cosa estaba bien, pero no era nada espectacular. Significaría una mención, sí, pero él no buscaba una mención. Aspiraba a una promoción, a un trabajo fijo cerca de la Tierra, y eso requería algo más.

-¡Por todos los espacios, la siliconia! Puede vivir en el vacío. De hecho, vive siempre en el vacío, y sabe dónde está el asteroide.

-¡Bien! -exclamó Hawkins con repentino entusiasmo-. ¿Dónde está esa cosa?

-A popa -exclamó Vernadsky-. Por aquí.

La siliconia brilló a la luz de sus linternas. Se movía y estaba viva.

A Vernadsky le latía el corazón con violencia a causa de la excitación.

-Tenemos que llevárnosla, Hawkins.

-¿Por qué?

-El sonido no se transmite en el vacío, ¡por el del espacio! Tenemos que trasladarla al crucero.

-De acuerdo, de acuerdo.

-Pero no podemos envolverla en un traje transmisor de radio.

-He dicho que de acuerdo.

La trasladaron con toda precaución y cuidado, sujetando amorosamente, con los dedos enfundados en unos guantes metálicos, la grasienta superficie de la criatura.

Hawkins la sostuvo mientras salían a trompicones del Robert Q.

Ahora la tenían en la sala de control del crucero. Los dos hombres se habían despojado de los cascos, y Hawkins se estaba quitando el traje. Vernadsky fue incapaz de esperar.

-¿Puedes leer nuestros pensamientos? -preguntó. Contuvo el aliento, hasta que finalmente el roce de las placas que cubrían la roca se moduló formando palabras. Para Vernadsky, no cabía imaginar en ese momento sonido más agradable.

-Sí --dijo la siliconia-. Vacío alrededor. Nada -añadió.

-¿Qué? -preguntó Hawkins. Vernadsky le hizo callar.

--Supongo qué es a causa del viaje que acabamos de hacer por el espacio. Debe de haberle impresionado.

-Los hombres que estaban contigo encontraron uranio, un mineral especial, con radiaciones, energía –le dijo a la siliconia, gritando las palabras como para hacer más claros sus pensamientos.

-Querían comida ---dijo el débil y arenoso sonido. ¡Por supuesto! Para la siliconia se trataba de comida. Era una fuente de energía.

-¿Les enseñaste dónde podían conseguirla? -preguntó Vernadsky.

-Sí.

-Casi no lo oigo -dijo Hawkins.

-Hay algo que no va bien -dijo Vernadsky preocupado-. ¿Te encuentras bien? -gritó de nuevo.

-No bien. Aire se fue de pronto. Algo mal dentro.

-La descompresión repentina debe haberla dañado -murmuró Vernadsky-. ¡Oh, Dios!... Escucha, tú sabes lo que quiero. ¿Dónde está tu casa? ¿El lugar de la comida?

Los dos hombres guardaron silencio, esperando.

Las orejas de la siliconia se levantaron lentamente, muy lentamente, temblaron y cayeron de nuevo.

-Allí -dijo-. Por allí.

-¿Dónde? -gritó Vernadsky. -Allí.

-Está haciendo algo. Está señalando hacia algún sitio -dijo Hawkins.

--Seguro, sólo que no sabemos en qué dirección.

-Bueno, ¿qué esperas que haga? ¿Dar las coordenadas?

-¿Por qué no? -replicó Vernadsky con viveza.

Se volvió de nuevo hacia la siliconia que yacía acurrucada en el suelo. Ahora no se movía, y su aspecto exterior presentaba una torpeza que parecía un mal presagio.

-El capitán sabia dónde estaba tu comida. Tenía unos números para localizarla, ¿verdad? -dijo Vernadsky. Pidió al cielo que la siliconia le entendiera, que leyera sus pensamientos y no se limitara solamente a escuchar sus palabras.

-Sí -dijo la siliconia con una suspirante fricción de roca.

-Tres grupos de números -dijo Vernadsky. Tenían que ser tres. Tres coordenadas en el espacio con sus fechas, que daban tres posiciones del asteroide en su órbita alrededor del Sol. Con estos datos se podía calcular la órbita completa y determinar su posición en cualquier momento. Incluso podían determinarse, sobre poco más o menos, las perturbaciones planetarias.

-Sí -dijo la siliconia, aún más bajo.

-¿Cuáles eran? ¿Cuáles eran los números? Escríbelos, Hawkins. Coge un papel.

-No lo sé. Números no importantes. La comida allí -dijo la siliconia.

-La cosa está bastante clara. No necesitaba las coordenadas, así que no les prestó atención.

-Pronto no... -una larga pausa, y luego, lentamente, como si probara una palabra nueva, poco familiar, añadió-: ...viva. Pronto -una pausa aún mayor- ...muerta. ¿Después de la muerte, qué?

-Espera -imploró Vernadsky-. Dime, ¿escribió el capitán esos números en algún sitio?

La siliconia no contestó durante un largo rato, y luego, mientras los dos hombres se inclinaban de tal modo que sus cabezas casi rozaban la piedra agonizante, dijo:

-¿Después de la muerte, qué?

-Dame una respuesta. Sólo una. El capitán debe haber escrito los números. ¿Dónde? ¿Dónde?

-Sobre el asteroide -susurró la siliconia. Y dejó de hablar para siempre.

La roca estaba muerta; tan muerta como la roca que le dio el ser; tan muerta como las paredes de la nave; tan muerta como un ser humano muerto.

Vernadsky y Hawkins se pusieron en pie y se miraron desesperanzados.

-No tiene sentido -dijo Hawkins-. ¿Por qué iba a escribir las coordenadas en el asteroide? Es como guardar la llave en el estuche que ha de abrir.

Vernadsky movió la cabeza.

-Una fortuna en uranio -dijo-. El mayor filón de la historia, y no sabemos dónde está.

H. Seton Davenport miró a su alreredor con una extraña sensación de placer. Aun relajado, su arrugado rostro de pronunciada nariz mostraba habitualmente cierta expresión de dureza. La cicatriz de su mejilla derecha, su pelo negro, sus cejas asombradas y el color moreno de su piel, todo contribuía hasta en el menor detalle a darle el aspecto de incorruptible agente de la Oficina Terrestre de Investigación, como así era.

Sin embargo, una especie de sonrisa asomó a sus labios mientras contemplaba la gran habitación, en donde la penumbra hacía parecer infinitas las filas de libro-films, y daba un relieve misterioso a unos ejemplares de no-se-sabe-qué procedentes de Dios-sabe-dónde. El desorden total, el aire de separación y casi aislamiento del mundo, daban un aspecto irreal a la habitación. La hacían parecer tan irreal como su propietario.

Dicho propietario estaba sentado en una combinación de sillón y mesa, bañado por la luz brillante de la única lámpara que había en la habitación. Pasaba lentamente las páginas de unos informes oficiales que tenía entre manos. Aparte de esto, su mano sólo se movía para ajustarse las gruesas gafas que a cada momento amenazaban con caérsele del todo de su nariz roma y completamente aplastada. Su voluminosa barriga subía y bajaba sosegadamente mientras leía.

Era el doctor Urth, el más afamado extraterrólogo de la Tierra, si el juicio de los expertos tenía algún valor. Los hombres acudían a él para consultarle toda clase de cuestiones ajenas a la Tierra, aun cuando el doctor Urth, desde que entrara en edad adulta, jamás se había alejado más allá de la hora de camino que había de su casa al campus de la Universidad.

Alzó la vista solemnemente hacia el inspector Davenport.

-Es muy inteligente ese joven Vernadsky -dijo.

-Al deducir todo eso de la siliconia, ¿no? Desde luego -dijo Davenport.

-No, no. Deducir eso era cosa sencilla. De *hecho* era inevitable. Cualquier necio lo habría visto. Yo me refiero-y su mirada se hizo un tanto severa- al hecho de que el jovenzuelo haya leído mis trabajos sobre la sensibilidad de la *Siliconeus asteroidea* a los rayos gamma.

-¡Ah, sí! -exclamó Davenport. Naturalmente, el doctor Urth era un experto en siliconias. Por eso había venido Davenport a consultarle. Sólo tenía una pregunta que hacer a este hombre; una pregunta sencilla. Sin embargo, el doctor Urth había sacado hacia fuera sus gruesos labios, había movido la cabeza gravemente y había pedido ver todos los documentos del caso.

Normalmente habría sido imposible tal cosa, pero el doctor Urth había prestado. recientemente un gran servicio al T. B. I. en el caso de las Campanas Armoniosas de la Luna, echando abajo la original falta de coartada por la gravedad lunar, así que el inspector había accedido.

El doctor Urth terminó de leerlos, dejó los papeles sobre la mesa; dio un tirón al faldón de su camisa al tiempo que soltaba un gruñido, sacándoselo del apretado encierro de su cinturón, y se limpió las gafas con él. Miró los cristales al trasluz para ver si habían quedado limpios, volvió a colocarse las gafas precariamente sobre su nariz, y cruzó las manos sobre el vientre entrelazando sus dedos gordezuelos.

-¿Quiere repetirme la pregunta, inspector? Davenport repitió pacientemente:

-¿Es cierto, en su opinión, que una siliconia del tamaño y tipo descritos por el informe sólo podría desarrollarse en un mundo rico en uranio?

-En material radiactivo -interrumpió el doctor Urth-. Torio quizá, o tal vez uranio.

-Entonces, ¿su respuesta es sí?

-Sí.

-¿Qué tamaño tendría ese mundo?

-Una milla de diámetro, tal vez -dijo el extraterrálogo pensativo-. Puede que más.

-¿Y cuántas toneladas de uranio, o, mejor dicho, de material radiactivo?

-Cuestión de trillones. Como mínimo.

-¿Sería tan amable de hacer constar todo eso por escrito y avalarlo con su firma?

-Por supuesto.

-Muy bien, doctor -Urth Davenport se puso de pie, cogió su sombrero con una mano y el legajo de informes con la otra-. Eso es todo lo que necesitamos.

Pero la mano del doctor Urth se movió hacia los informes y la dejó descansar sobre ellos.

-Espere. ¿Cómo va a encontrar el asteroide?

-Buscándolo. Designaremos un sector de espacio a cada una de las naves de que dispongamos y... a buscar.

-¡Cuánto gasto, tiempo y esfuerzos! Y nunca lo encontrarán.

-Es una probabilidad entre mil. Puede que sí.

-Una entre un millón. No lo encontrarán.

-No podemos renunciar al uranio sin hacer algún intento. Su opinión profesional ya pone bastante alto su valor.

-Pero hay un modo mejor de encontrar el asteroide. Yo puedo encontrarlo.

Davenport dirigió al extraterrólogo una repentina y aguda mirada. A pesar de las apariencias, el doctor Urth no era ningún tonto. Tenía experiencia personal al respecto. Por eso había un asomo de esperanza en su voz cuando le preguntó:

-¿Cómo puede encontrarlo?

-Primero, mi recompensa -dijo el doctor Urth.

-¿Recompensa?

-O mis honorarios, si así lo prefiere. Cuando el Gobierno llegue al asteroide, puede que haya allí otra siliconia de gran tamaño. Las siliconias son muy valiosas. Es la única forma de vida que tienen los tejidos de siliconia sólida y el fluído circulatorio de siliconia líquida. Puede que esté en ellas la respuesta a la cuestión de si los asteroides no fueron en un principio sino partes de un único cuerpo planetario. Y de otros muchos problemas... ¿Me comprende?

-¿Quiere decir que desea que se le entregue una siliconia de gran tamaño?

-Viva y en buen estado. Y libre de gastos. Sí.

-Estoy seguro de que el Gobierno aceptará. Ahora, ¿qué es lo que piensa?

El doctor Urth dijo suavemente, como si eso lo explicara todo:

-La frase de la siliconia.

-¿Qué frase? -Davenport parecía desconcertado.

-La que aparece en el informe. La que dijo la siliconia momentos antes de morir. Vernadsky le estaba preguntando si el capitán había escrito las coordenadas y ella contestó: «Sobre el asteroide».

Una expresión de intensa desilusión cruzó el rostro de Davenport.

-¡Gran espacio! Doctor, eso ya lo sabemos, y lo hemos considerado bajo todos sus ángulos. Bajo todos los ángulos posibles. No significa nada.

-¿Nada en absoluto, inspector?

-Nada que valga la pena. Lea el informe de nuevo. La siliconia no estaba ni siquiera escuchando a Vernadsky. Sentía cómo se le acababa la vida y se preguntaba sobre ello. Preguntó por dos veces: «¿Después de la muerte, qué?» Luego, al seguirle preguntando Vernadsky, contestó: «Sobre el asteroide». Probablemente, ni siquiera oyó la pregunta de Vernadsky. Estaba contestando a su propia interrogante. Seguramente pensaba que después de la muerte volvería a su propio asteroide; a su casa, donde estaría de nuevo a salvo. Eso es todo.

El doctor Urth negó con la cabeza.

-Es usted demasiado poeta. Imagina demasiado. El problema es interesante, veamos si es usted capaz de resolverlo por sí solo. Supongamos que la frase de la siliconia fuera una respuesta a Vernadsky.

-Aunque así fuese -dijo Davenport impaciente-, ¿de qué nos serviría? ¿En qué asteroide? ¿En el asteroide de uranio? No lo podemos encontrar, así que no podemos encontrar las coordenadas. ¿En algún otro asteroide que el *Robert* Q. empleara como base? No lo podemos encontrar tampoco.

-Cómo se aparta de lo evidente, inspector. ¿Por qué no se pregunta qué significaba la frase «sobre el asteroide» para la siliconia. No para usted ni para mí, sino para la siliconia.

-¿Cómo dice, doctor? -preguntó Davenport, frunciendo el entrecejo.

-Está bien claro lo que digo. ¿Qué significaba la palabra *asteroide* para la siliconia?

-La siliconia aprendió lo relativo al espacio en un texto de Astronomía que le leyeron. Supongo que el libro explicaba lo que era un asteroide.

-Exactamente -replicó entusiasmado el doctor Urth, pasándose un dedo por un lado de la nariz-. ¿Y cuál sería esa definición? Un asteroide es un cuerpo pequeño, más pequeño que los planetas, que se mueve alrededor del Sol en una órbita que, por lo general, se encuentra entre las de Marte y Júpiter. ¿No estaría usted de acuerdo?

-Supongo que sí.

-¿Y qué es el *Robert Q.?*

-¿Quiere usted decir la nave?

-Así es como usted la llama -dijo el doctor Urth-. La *nave.* Pero el libro de Astronomía era antiguo. No hablaba de naves espaciales. Uno de los tripulantes lo dijo. Explicó que databa de antes de los vuelos espaciales. Entonces, ¿qué es el *Robert Q.?* ¿No es un cuerpo pequeño, más pequeño que los planetas? Y mientras la siliconia estuvo a bordo, ¿no se movía alrededor del Sol en una órbita que, por lo general, se encontraba entre las de Marte y Júpiter?

-¿Quiere decir que la siliconia consideraba a la nave como un asteroide cualquiera y que, cuando dijo «sobre el asteroide», quería decir «sobre la nave»?

-Exactamente. Le dije que le haría resolver el problema por sí solo.

Ninguna expresión de alegría o de alivio vino a iluminar el ensombrecido rostro del inspector.

-Eso no es solución, doctor.

Pero el doctor Urth le hizo un lento guiño y la blanda expresión de su rostro redondo se hizo, si cabe, más dulce y aniñada por el sencillo placer que sentía.

-Claro que sí.

-En absoluto, doctor Urth; no lo hemos mirado como lo mira usted. Descartamos completamente la frase de la siliconia. Pero aun así, ¿cree usted que dejamos de registrar el *Robert Q.?* Lo desmontamos pieza por pieza, chapa por chapa. Incluso le quitamos las soldaduras.

-¿Y no encontraron nada?

-Nada.

-Tal vez no miraron donde debían.

-Miramos por *todas* partes -se levantó como para marcharse-. ¿Comprende, doctor Urth? Cuando acabamos de registrar la nave, no existía posibilidad de que esas coordenadas hubieran quedado en parte alguna.

-Siéntese, inspector -dijo el doctor Urth con calma-. Sigue usted sin considerar adecuadamente la afirmación de la siliconia. Ella aprendió a hablar cogiendo una palabra de aquí y otra de allá. No podía hablar la lengua idiomáticamente. Algunas de sus frases, tal como están registradas, lo demuestran. Por ejemplo, dijo: «El planeta que está más lejos»; en vez de: «El planeta más lejano». ¿Comprende?

-¿Y bien?

-Pues que el que no puede hablar una lengua idiomáticamente, o bien emplea las construcciones de su propio idioma traducidas palabra por palabra, o bien utiliza simplemente las palabras extranjeras de acuerdo con su significado literal. La siliconia no poseía un lenguaje hablado propio; por tanto, tenía que elegir la segunda alternativa. Así que seamos literales nosotros también. Dijo *«sobre* el asteroide», inspector. Sobre el. No dijo sobre un trozo de papel, quiso decir sobre la nave literalmente.

-Doctor Urth -dijo Davenport con tristeza-, cuando la policía investiga, lo hace de verdad. Tampoco había misteriosas inscripciones sobre la nave.

El doctor Urth pareció desilusionado.

-Por Dios, inspector. Sigo esperando que vea usted la respuesta. La verdad es que tiene datos de sobra.

Davenport aspiró el aire suave y firmemente. Le costó trabajo, pero su voz resultó tranquila y entera una vez más.

-¿Quiere decirme lo que está pensando, doctor?

El doctor Urth se dio una palmadita en su mullido abdomen y volvió a colocarse las gafas.

-¿No ve usted, inspector, que hay un sitio, a bordo de una nave espacial, donde los números secretos están perfectamente a salvo; donde a pesar de estar a la vista, no pueden ser descubiertos; donde, aunque los vieran un centenar de ojos, estarían seguros? Excepto para alguien que piense con astucia, por supuesto.

-¿Dónde? ¡Diga el sitio!

-Pues, en esos lugares donde ya existían números anteriormente. Números perfectamente normales. Números legales. Números que se espera que estén allí.

-¿De qué está hablando?

-De los números de serie de la nave, grabados directamente sobre el casco. *Sobre* el casco, fíjese bien. El número del motor, el número del generador y unos cuantos más. Todos ellos grabados sobre porciones integrantes de la nave. *Sobre* la nave, como dijo la siliconia. *Sobre* la nave.

Las cejas espesas de Davenport se alzaron súbitamente al comprender.

-Puede que tenga usted razón; y si es así, espero encontrarle una siliconia el doble de grande que la del *Robert* Q. ¡Una que no sólo hable, sino que además silbe el «¡Arriba, Siempre, Asteroides!» -cogió el expediente, pasó rápidamente las hojas y entresacó un formulario oficial del T.B.I.-. Naturalmente, anotamos todos los números de identificación que encontramos -extendió el formulario-. Si tres de ellos se parecen a coordenadas...

-Es de esperar que hayan hecho algún esfuerzo por disfrazarlas -observó el doctor Urth-. Probablemente habrán añadido algunas letras y números para hacer que las series parezcan legítimas.

Cogió un cuadernillo de apuntes y le tendió otro al inspector. Durante varios minutos permanecieron los dos hombres en silencio, anotando números de serie; probando a cruzar números evidentemente desconectados.

Por último, Davenport dejó escapar un suspiro, mezcla de satisfacción y de frustración.

-Estoy hecho un lío -admitió- Creo que tiene usted razón; los números del motor y del calculador son claramente coordenadas y fechas, disfrazadas. No se parecen en nada a una serié normal, y es fácil eliminar los números falsos. Con eso tenemos dos, pero juraría que los demás son números de orden absolutamente legítimos. ¿Qué ha encontrado usted, doctor?

-Estoy de acuerdo -asintió el doctor Urth-. Ahora tenemos dos coordenadas y sabemos dónde estaba inscrita la tercera.

-¿Lo sabemos, de veras? ¿Y cómo?... -el inspector se interrumpió y lanzó una aguda exclamación-. ¡Naturalmente! El número de la nave misma, que no viene aquí porque ocupaba precisamente el punto del casco que perforó el meteoro. Me temo que se queda sin su siliconia, doctor -luego su rostro irregular se iluminó-. ¡Qué idiota soy! El número ha desaparecido, pero nos lo pueden dar en un instante en el Registro Interplanetario.

-Me temo --contestó el doctor Urth- que no estoy de acuerdo, al menos en lo segundo que ha dicho. En el Registro sólo estará el número legítimo y original de la nave, no la coordenada disfrazada en que debió transformarlo el capitán.

-El punto exacto del casco -murmuró Davenport-. Y, debido a la casualidad de ese golpe, puede que se haya perdido el asteroide para siempre. ¿De qué le sirven a nadie dos coordenadas sin la tercera?

-Bueno -dijo al punto el doctor Urth-, es de suponer que serían de gran utilidad para un ser de dos dimensiones. Pero las criaturas de nuestras dimensiones -dijo, dándose palmaditas en la barriga- sí que necesitamos la tercera, y afortunadamente la tengo aquí.

-¿En el expediente del T.B.I? Pero si acabamos de comprobar la lista de números...

-Su lista, inspector. Pero el documento incluye también el informe original del joven Vernadsky. Y como es natural, el número de serie que él anotó como perteneciente al *Robert* Q. es el número cuidadosamente disfrazado bajo el que viajaban entonces... no era cuestión de despertar la curiosidad de un mecánico diciéndole que anotara un número distinto del que llevaba la nave.

Davenport cogió el cuadernillo de apuntes y la lista de Vernadsky. Calculó durante un momento, y sonrió. El doctor Urth se levantó de la silla dando un resoplido de satisfacción y trotó hacia la puerta.

-Es siempre un placer el verle, inspector Davenport. Vuelva por aquí. Y recuerde que el Gobierno puede quedarse con el uranio, pero yo quiero lo importante: una siliconia gigante, viva y en buen estado.

Sonrió.

-Y si es posible que sepa silbar -dijo Davenport. Y eso iba haciendo él mientras regresaba.

EPILOGO

Naturalmente, el escribir un relato policíaco tiene sus escollos. A veces está uno tan predispuesto a concentrarse en el problema mismo, que pierde de vista factores periféricos de importancia.

Después de publicarse este relato, recibí numerosas cartas, en las que los lectores me expresaban su interés por la siliconia, reprochándome en algunos casos que la hubiera dejado morir tan a sangre fría.

Después de releer ahora el relato, debo admitir que los lectores tienen razón. Mostré esa falta de sensibilidad ante la muerte patética de la siliconia porque me estaba concentrando en sus misteriosas palabras finales. Si tuviera que escribirlo de nuevo, reconozco que sería más cariñoso con la pobre criatura.

Pido disculpas.

Esto demuestra que ni siquiera los escritores experimentados hacen siempre la «obra bien hecha», y se les puede pasar por alto cosas de bulto que tienen justo delante de las narices.

Qué importa el nombre[3]

PROLOGO

El siguiente relato no es, en el más estricto sentido de la palabra, un cuento policíaco de ciencia ficción, aunque lo incluya entre ellos. La razón estriba en que la ciencia está íntima y estrechamente comprometida con el enigma, y no quiero dejar de incluirlo sólo porque la ciencia sea más bien del presente que del futuro.

Si piensan ustedes que es difícil conseguir cianuro potásico ya se lo pueden quitar de la cabeza. Allí estaba yo una botella de medio kilo en la mano. Era de cristal marrón, con una preciosa etiqueta que ponía «CIANURO POTASICO, Q. P.» (las ¡nidales, según me dijeron, significaban «químicamente puro») y una pequeña calavera unos huesos cruzados debajo.

El tipo a quien pertenecía la botella se limpió las gafas y parpadeó al mirarme. Se trataba del profesor Helmuth Rodney, de la Universidad de Carmody. Era de estatura media, con una barbilla blanda, labios gruesos, barriga incipiente, pelo castaño y un aspecto de total indiferencia al hecho de que yo tuviera en la mano el veneno suficiente para matar a un regimiento.

-¿Insinúa usted que tiene esto en su estantería así como así, profesor? -pregunté.

-Sí , siempre ha estado ahí, inspector. junto con todos los demás productos químicos, en orden alfabétíco --dijo con ese tono circunspecto que seguramente empleaba en sus explicaciones de clase.

Eché una mirada a la abigarrada habitación. Los estantes se alineaban hasta arriba por todas las paredes, y estaban llenos de botellas grandes y pequeñas.

-Esta -señalé- contiene veneno.

-Como casi todas -dijo con toda tranquilidad.

-¿Lleva usted la cuenta de las que tiene?

-De una manera general -dijo frotándose la barbilla-. Sé que tengo esa botella.

-Pero supongamos que alguien entra aquí y se sirve una cucharada de esta sustancia. ¿Sería usted capaz de notarlo?

El profesor Rodney negó con la cabeza.

-Me sería imposible ---dijo.

[3] Título original: «What's in a narre?»

-Bueno, entonces, ¿quién puede entrar en este laboratorio? ¿Se queda cerrado con llave?

-Lo cierro con llave por la noche, cuando me voy, si no se me olvida. Durante el día no está cerrado, porque salgo y entro continuamente.

-En otras palabras, profesor, cualquiera podría entrar aquí, incluso gente de la calle, y llevarse un poco de cianuro sin que nadie lo llegara a notar.

-Me temo que sí.

-Dígame, profesor, ¿para qué tiene tanto cianuro aquí? ¿Para matar ratas?

-¡Cielo santo, no! -pareció sentir cierta repugnancia ante esa idea-. El cianuro se emplea a veces en reacciones orgánicas para formar los necesarios elementos intermedios, para crear un medio básico adecuado, para catalizar...

-Comprendo. Comprendo. ¿En qué otros laboratorios se puede obtener cianuro de este modo?

-En casi todos ---contestó inmediatamente-. Incluso laboratorios de los estudiantes. Al fin y al cabo, es una sustancia corriente que se emplea rutinariamente en las síntesis.

-Yo no calificaría de rutinario el empleo que se le ha dado hoy---dije.

-No, desde luego -contestó, dejando escapar un suspiro y añadió pensativo-: solían llamarlas las «Mellízas de la Biblioteca».

Asentí. Comprendía la razón de aquel apodo. Las dos bibliotecarias eran muy parecidas. si se las miraba de cerca, por supuesto. Una tenía barbillita puntiaguda y un rostro redondo, y la otra tenía mandíbula cuadrada y larga nariz. Sin embargo, inclinadas sobre la mesa, ambas tenían el cabello de un rubio color miel, con raya en medio y una onda similar. Si se les echaba una rápida mirada a la cara, en lo que primero se fijaría uno sería probablemente en que las dos tenían grandes ojos de parecido tono azuL Viéndolas en pie, juntas a cierta distancia, se vería que ambas eran de la misma estatura y que, probablemente, usaban el sujetador de la misma marca y talla. Las dos tenían la cintura estrecha y las piernas bonitas. Hoy iban vestidas iguales. Las dos iban de azul.

Sin embargo, era imposible confundirlas. La de la barbilla pequeña y el rostro redondo rebosaba de cianuro y estaba muerta.

El parecido fue lo primero que me chocó cuando llegué con mi compañero Ed Hathaway. Había una joven muerta hundida en su silla, con los ojos abiertos, un brazo colgando y una taza rota en el suelo, justo debajo, como un punto bajo, un signo de exclamación. Su nombre, según nos enteramos, era Louella-Marie Busch. Había una segunda joven, igual a la primera, que había logrado recobrarse, blanca y temblorosa, la cual tenía la mirada fija y dejaba que la policía y su trabajo discurrieran a su alrededor sin percatarse de nada al parecer. Su nombre era Susan Morey.

-¿Eran parientes? -fue lo primero que pregunté.

No lo eran. Ni siquiera primas segundas.

Eché una mirada a la biblioteca. Había estantes llenos de encuadernación parecida. Había volúmenes de diversas revistas científicas. En otra sala había rimeros de lo que según descubrimos más tarde, resultaron ser libros de texto, monografías y libros más antiguos. En la parte de atrás había un cuarto que contenía números recientes de revistas científicas sin encuadernar con cubiertas en rústica de aburridos y farragosos títulos. De pared a pared se alineaban largas mesas donde hubieran podido sentarse un centenar de personas de haber sido necesario. Afortunadamente tunadamente, no era ese el caso.

Susan nos contó lo sucedido a trazos insulsos monótonos.

La señora Nettler, la vieja bibliotecaria jefe, se había tomado la tarde libre, dejando encargadas a las dos jóvenes. Al parecer, solía hacerlo a menudo.

A las dos, minuto más o menos, Louella-Marie se metió en la habitación interior, detrás de la mesa de recepción de la biblioteca. Allí, entre libros nuevos que esperaban ser catalogados, pilas de revistas para encuadernar y libros reservados que aguardaban a sus solicitantes, había un pequeño infiernillo, un cazo pequeño y los elementos necesarios para preparar un té ligero.

Tomar el té a las dos era, al parecer, frecuente también.

-¿Preparaba Louella-Marie el té todos los días? -pregunté.

Susan me miró con sus inexpresivos ojos azules.

-A veces lo hace la señora Nettler, pero generalmente lo hacía Lou... Louella-Marie.

Cuando el té estuvo preparado, Louella salió a decírselo y unos pocos momentos después se retiraron las dos.

-¿Las dos? -pregunté bruscamente-. ¿Y quién se quedó a cargo de la biblioteca?

Susan se encogió de hombros, como si éste fuese un detalle de escaso interés, y dijo:

-Podemos ver a través de la puerta. Si alguien se hubiera acercado a la mesa habría podido salir una de nosotras.

-¿Y se acercó alguien?

-Nadie. Son vacaciones. No hay casi nadie por aquí.

Quería decir que el semestre de primavera había terminado y que los cursos de verano no habían empezado. Ese día aprendí bastante sobre la vida universitaria.

Lo que quedaba de la historia no era mucho más. Las bolsitas del té estaban ya fuera de las tazas que humeaban suavemente y estaba servido el azúcar.

-¿Lo tomaban con azúcar las dos? -interrumpí.

-Sí. Pero mi taza no tenía -dijo Susan lentamente.

-¿No?

-Nunca se le había olvidado ponerme. Ella sabe que yo lo tomo con azúcar. Sólo probé un sorbo o dos y ya iba a coger el azúcar y decírselo, cuando...

Cuando Louella-Marie lanzó un extraño grito sofocado y dejo caer la taza. Un minuto más tarde había muerto.

Después de eso, Susan se puso a chillar y finalmente llegamos nosotros.

Los procedimientos de rutina se llevaron a cabo con bastante facilidad. Se habían tomado fotos y huellas dactilares. Asimismo, se había tomado nota de los nombres y direcciones de todos los hombres y mujeres que se encontraban en el edificio y se les había mandado a sus casas. Evidentemente, la muerte había sido ocasionada por cianuro, y el «villano» indiscutible era el azucarero. Se cogieron muestras para la investigación oficial.

En el momento del asesinato se encontraban seis hombres en la biblioteca. Cinco eran estudiantes y parecían asustados, confundidos o enfermos, supongo que según el temperamento de cada uno. El sexto era un hombre de mediana edad, un extranjero que hablaba con acento alemán y no tenía absolutamente nada que ver con la Universidad. Parecía asustado, confundido y enfermo; las tres cosas a la vez.

Mi compañero Hathaway los llevó fuera de la biblioteca. La idea era conducirlos a la Sala de Tertulia y retenerlos allí hasta que pudiéramos entrevistarlos con detalle. Uno de los estudiantes se zafó y pasó junto a mí sin mirarme siquiera. Susan corrió tras él, agarrándole de las mangas por encima de los codos.

-Pete, Pete.

Pete tenía la constitución de un jugador de rugby, aun. que, a juzgar por su perfil, parecía que jamás se había acercado ni a media milla de un campo de juego. Era demasiado guapo para mi gusto, pero yo me pongo celoso con facilidad.

Pete miró más allá de la chica; parecía que se le iba a descomponer el rostro, hasta el punto de que su belleza se sumió en un insoportable horror.

-¿Cómo es que Lolly?... -preguntó con voz ronca y ahogada.

-No lo sé. No lo sé -jadeó Susan. Seguía íntentando mirarle a los ojos.

Pete se alejó bruscamente. No había mirado a Susan ni una vez; todo el tiempo que estuvo con ella había estado mirando por encima de su hombro. Luego obedeció a la presión que Hathaway le hizo en el codo y se dejó llevar fuera.

-¿Es su novio? -pregunté.

Susan apartó los ojos del estudiante que se alejaba.

-¿Cómo?

-¿Es su novio?

-Salimos juntos---dijo bajando la vista hacia sus manos entrelazadas.

-¿Iba en serio la cosa?

-Bastante en serio -susurró.

-¿Conocía también a la otra joven? La ha llamado Lolly.

-Bueno... -Susan se encogió de hombros.

-Digámoslo de otra manera. ¿Salía con ella?

-A veces.

-¿En serio?

-¿Qué sé yo? –exclamó.

-Dígame, ¿estaba celosa de usted?

-¿De qué habla?

-Alguien echó cianuro en el azúcar y lo sirvió sólo en una taza. Suponga que Louella-Marie estuviera lo bastante celosa de usted como para intentar envenenarla y tener el campo libre con nuestro amigo Pete. Y suponga ella se tomó la taza envenenada por error.

-Eso es absurdo. Louella-Marie no haría nada semejante -dijo Susan.

Pero tenía los labios tirantes, sus ojos chispeaban, y puedo decir que cuando estoy cerca del odio lo huelo en seguida.

El profesor Rodney entró en la biblioteca. Era el primer hombre con el que me había encontrado al entrar en el edificio, y mis simpatías hacia él no habían hecho el menor progreso.

Había empezado por informarme que, como miembro más antiguo del claustro, él se encargaba de todo.

-Ahora me encargaré yo, profesor -le dije.

-De la investigación puede que sí, inspector, pero yo el responsable ante el decano y me propongo cumplir con mis obligaciones.

Aunque no tenía pinta de aristócrata, sino que parecía bien un tendero, si comprenden lo que quiero decir, se las arregló para mirarme como si hubiera un microscopio entre los dos, y él ocupara el lado de arriba.

-La señora Nettler está en mi despacho. Al parecer se ha enterado por un boletín de noticias y ha venido inmediatamente. Está bastante nerviosa. ¿Quiere verla? -dijo en el tono del que da una orden.

-Tráigala, profesor -le dije como concediendo un permiso.

La señora Nettler se encontraba en la natural tribulación de la mayoría de las señoras mayores. No sabía sí sentirse horrorizada o fascinada por la proximidad de la muerte. Pero fue el horror lo que la dominó al ver la oficina interior y descubrir lo que quedaba de los cacharros té. Como es natural, ya se habían llevado el cuerpo.

Se dejo caer en una silla y empezó a llorar.

-Yo también he tomado el té aquí -gimió--. Me podía haber tocado

-¿Cuándo tomó usted el té aquí, señora Nettler? -pregunté en el tono más suave y tranquilizador que me fue posible.

Se dio la vuelta en su asiento y alzó la vista.

-Pues pues después de la una, creo. Recuerdo que le ofrecí al profesor Rodney una taza. Fue poco después de la una; ¿verdad, profesor Rodney?

Una sombra de fastidió cruzó el rollizo rostro de Rodney

-Pasé por aquí un momento, justo antes de la comida, para consultar una signatura -dijo, volviéndose hacia mí-. La señora NettIer me ofreció, efectivamente, una taza. Me temo que estaba demasiado ocupado para aceptársela ni para darme cuenta exactamente de la hora.

Di un gruñido y me volví hacía la anciana señora.

-¿Toma usted azúcar, señora Nettler?

-Sí, señor.

-¿Tomó usted azúcar?

Asintió y empezó a llorar de nuevo.

Esperé un poco. Luego le pregunté:

-¿Se fijó cómo estaba el azucarero?

-Estaba...estaba...-la pregunta suscitó en ella una repentina sorpresa que la hizo ponerse de pie-. Estaba vacío y yo misma lo llené. Cogí el paquete del azúcar y recuerdo que me dije a mí misma que siempre que quería tomar el té no quedaba azúcar y que me gustaría que las chícas...

Tal vez fue por referirse a las jóvenes en plural. Se echó a llorar otra vez.

Hice una seña a Hathaway para que se la llevara.

Evidentemente, entre la una y las dos de la tarde, alguien había vaciado el azucarero y lo había llenado luego con un poquito de azúcar aderezado... azúcar hábilmente aderezado.

Puede que fuera la aparición de la señora Nettler lo que le devolvió a Susan su espíritu de bibliotecaria, porque cuando Hathaway regresó y sacó uno de sus puros -ya tenía la cerilla encendida-, dijo la joven-

-No se puede fumar en la biblioteca, señor.

Hathaway se sintió tan sorprendido que apagó la cerilla y volvió a guardarse el puro en el bolsillo.

A continuación, la joven se dirigió rápidamente a una de las mesas largas y cogió un gran volumen que estaba abierto encima.

Hathaway llegó antes que la joven.

-¿Qué va a hacer, señorita?

Susan pareció completamente sorprendida.

-Sólo voy a ponerlo de nuevo en el estante.

-¿Por qué? ¿Qué es? -Hathaway miró la página abierta. En ese momento estaba yo también con ellos. Miré por encima de su hombro.

Estaba en alemán. No entiendo ese idioma, pero puedo reconocerlo cuando lo veo. El tipo de letra era pequeño, y en la página había figuras geométricas con líneas de letras en varios lugares. Sabía lo bastante, también, para reconocer que aquello eran fórmulas químicas.

Puse el dedo por donde estaba abierto, cerré el libro y miré el lomo. Decía: «Beilsteín. Organische Chemie. Band VI. System Nummer 499-608». Abrí la página de nuevo. Era la 233, y las primeras palabras, sólo para darles a ustedes una idea, eran 4'-chIor-4-brom-2-nitrodíphe-nylláther-C,2H7QNClBr.

Hathaway estaba ocupado copiando cosas.

El profesor Rodney estaba también junto a la mesa, con lo que éramos cuatro, todos reunidos alrededor del libro.

El profesor dijo con voz fría, como si estuviera en la tarima con un puntero en una mano y un trozo de tiza en la otra-

-Este es un volumen de Beílstein (lo pronunció «BailShtain»). Es una especie de enciclopedia de los componentes orgánicos, Registra cientos de miles.

-¿Este libro? -preguntó Hathaway.

-Este libro no es más que uno de los sesenta y tantos volúmenes y apéndices complementarios. Es una obra ale mana tremenda que tiene años de retraso porque, primero, la química orgánica progresa a un ritmo cada vez más rápido y, segundo, por la interferencia de la política y la guerra. Aun así, no existe nada en inglés que se le aproxime siquiera en utilidad. Para todos los investigadores en química orgánica, estos volúmenes son de absoluta necesidad.

Mientras hablaba, el profesor le daba palmadas al libro; unas palmadas cariñosas.

-Antes de enfrentarse con un compuesto desconocido --dijo-, es muy conveniente buscarlo en el Beilstein. Le proporciona a uno métodos de preparación, propiedades, referencias y demás. Sirve de punto de partida. Los diversos componentes están catalogados de acuerdo con un sistema lógico que resulta claro, pero no evidente. Yo mismo doy varias clases en mi curso sobre síntesis orgánicas, dedicadas íntegramente a los métodos para encontrar un componente determinado en algún lugar de los sesenta volúmenes.

No sé durante cuánto tiempo pudo haber continuado, pero yo no estaba allí para estudiar síntesis orgánicas, y ya era hora de que volviéramos a los acontecimientos.

-Profesor, quiero hablar con usted en su laboratorio --dije bruscamente.

La verdad es que yo creía que el cianuro se guardaba en una caja fuerte, que se llevaba la cuenta de cada granito, y que la gente tenía que firmar cuando se llevaba alguna cantidad. Pensaba que la cuestión de cuál fue el momento en que tuvieron la oportunidad de obtenerlo ilícitamente podía proporcionarnos la prueba que necesitábamos.

Y allí estaba yo con medio kilo de cianuro en la mano y con la noticia de que cualquiera podía llevarse el que quisiera con sólo pedirlo, o sin pedirlo.

-Solían llamarlas las «Mellizas de la Biblíoteca» --dijo pensativo.

-¿Y bien? --,dije.

-Eso sólo demuestra lo superficial que es el juicio de la mayoría de las personas. No se parecían en nada, aparte la coincidencia en el pelo y los ojos. ¿Qué sucedió en la biblioteca, inspector?

Le conté la versión de Susan y le observé.

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

-Supongo que piensa que la joven muerta planeó el asesinato.

En ese momento no tenía el menor deseo de mostrar mi juego.

-¿Usted no? -pregunté.

-No. Era incapaz de una cosa así. Su comportamiento respecto a sus deberes era agradable y servicial. Además, ¿por qué había de hacerlo?

-Hay un estudiante --dije-. Se llama Peter de nombre.

Peter van Norden -dijo inmediatamente-. Un estudiante bastante brillante, pero inútil no se sabe por qué.

-Las jóvenes opinan en estas cosas de modo diferente, profesor. Las dos bibliotecarias se interesaban por él, al parecer. Puede que Susan fuera la que tenía más posibilidades y Louelle-Marie se decidiera a tomar tajantes medidas.

-¿Para acabar después tomándose la taza envenenada?

-La gente hace cosas extrañas cuando está sometida a cierta tensión --dije.

-No de esa clase -dijo con sequedad-. Una taza no tenía azúcar, así que la asesina no quería correr riesgos. Es 4e suponer que, aunque no se hubiera fijado bien en cuál era cada taza, contaba con el dulzor para darse cuenta. Pudo haber evitado fácilmente el ingerir una dosis fatal.

-Las dos jóvenes solían ponerse azúcar. La muerta estaba acostumbrada al té dulce. Con la excitación, el acostumbrado dulzor no le dijo nada especial --dije secamente.

-No lo creo.

-¿Qué otra alternativa hay, profesor? El azúcar fue cambiado después de tomar el té la señora Nettler a la una en punto. ¿Lo hizo la señora Nettler?

-¿Por qué motivo? --dijo alzando bruscamente la vista.

Me encogí de hombros.

-Podía temer que las jóvenes fueran a quitarle su trabajo.

-Eso no tiene sentido. Se va a jubílar antes de que comiencen los cursos de otoño

-Usted estuvo allí, profesor --dije suavemente.

Ante mí sorpresa, lo aceptó con naturalidad.

-¿Motivos? -preguntó.

-No es usted demasiado viejo y puede haberse interesado por Louella-Marie, profesor. Supongamos que ella le hubiera amenazado con dar parte de algunas palabras suyas o de su conducta al decano.

El profesor sonrió amargamente.

-¿Cómo pude arreglármelas para estar seguro de que la joven en cuestión se tomaría el cianuro? ¿Por qué había de quedarse una taza sin azúcar? Yo pude cambiar el azúcar, pero no preparé el té.

Empecé a cambiar de opinión sobre el profesor Rodney. No se había preocupado en aparentar indignación o parecer sorprendido. Se limitó a señalar las debilidades lógicas y a atenerse a eso. Me gustó.

-¿Qué cree usted que sucedió? -pregunté.

-La imagen del espejo. A la inversa. Creo que la superviviente ha dicho la verdad al revés. Suponga que era Louella-Marie la que estaba ganándose al joven y era a Susan a quien no le gustó, en vez de ser al revés. Supongamos que fue Susan quien por una vez preparó el té, y Louella-Maríe quien estaba en la mesa de recepción, en lugar de la otra. En ese caso, la joven que preparó el té habría podido tomar la taza buena sin correr riesgos. Todo seria lógico y no ridículamente inverosímil.

Eso era. Aquel hombre había llegado a la misma conclusión que yo, cosa que tenía que gustarme después de todo. Tengo la costumbre de sentirme benevolente con los tipos que están de acuerdo conmigo. Creo que todo se debe al hecho de ser un homo sapiens.

-Tenemos que demostrar eso más allá de toda duda razonable -,dije-. Pero, ¿cómo? He subido aquí con la esperanza de probar que alguien ha tenido acceso al cianuro y los demás no. Pero nada. Todo el mundo ha tenido acceso. Ahora, ¿qué?

-Compruebe cuál de las jóvenes estaba realmente ante la mesa a las dos, mientras la otra estaba preparando té -dijo el profesor.

Yo estaba convencido de que el profesor leía relatos policíacos y tenía fe en los testigos. Yo no, pero de todos modos me levanté.

-Muy bien, profesor. Lo haré.

El profesor se levantó también. Me preguntó apremiante:

-¿Puedo estar presente?

-¿Por qué? ¿Por su responsabilidad ante el decano?

-En cierto modo. Me gustaría que todo esto tuviera un desenlace rápido y fuera de toda duda.

-Venga, si cree que eso puede servir de algo --- dije.

Ed Hathaway me estaba esperando cuando bajé. Estaba sentado en la biblioteca vacía.

-Ya lo tengo -dijo.

-¿Ya tienes el qué? -le pregunté.

-Ya sé lo que pasó. Lo he descubierto por deducción.

-¿ Sí?

No tenía en cuenta la presencia del profesor Rodney.

-El cianuro tuvo que ser introducido secretamente. ¿Por quién? Por el comodín de la baraja, el extranjero, e1 tipo que habla con acento... como-se-llame.

Empezó a rebuscar en una serie de tarjetas de las que había sacado alguna información sobre los, al parecer, inocentes espectadores.

Sabía a quién se refería, así que dije:

-De acuerdo. El extranjero entra con el cianuro en un sobrecito. Mete el sobre entre dos páginas del libro alemán, ese como-se-llame que tiene tantos tomos.

El profesor y yo asentimos.

Hathaway continuó

-Era alemán, igual que el libro. Probablemente estaba familiarizado con él. Metió el sobre en una página determinada, con alguna fórmula que había escogido. El profesor dijo que hay un sistema para encontrar la fórmula que se desee; basta con saberlo. ¿No es cierto, profesor?

-Es cierto ---dijo Rodney fríamente.

-Muy bien. La bibliotecaria lo sabía, de modo que pudo encontrar también la página. Coge el cianuro y lo echa en el té. Con el nerviosismo se olvida de cerrar el libro...

-Escucha, Hathaway --dije-, ¿por qué iba a hacer ese pobre diablo una cosa así? ¿Qué pretexto tiene para estar aquí?

-Dice que es un peletero que está estudiando los repelentes para polillas y los insecticidas. ¿No suena eso a falso de arriba abajo? ¿Has oído en tu vida algo más falso?

---Claro--,dije-, tu teoría. Escucha, a nadie se le ocurre esconder un sobre con cianuro en un libro. No hay que encontrar una fórmula o página determinada cuando hay un sobre dentro que está abultando entre las páginas. Cualquiera que sacara el libro del estante descubriría que el libro se abría automáticamente por la página en cuestión. ¡Vaya un escondite!

Hathaway empezó a sentirse desconcertado.

Continué de manera despiadada:

-Además, no hay por qué traer el cianuro de fuera. Aquí lo tienen a toneladas. Pueden gastarlo para hacer avalanchas de nieve. Cualquiera que desee un kilo o dos no tiene más que cogerlo.

-¿Cómo?

-Pregúntale al profesor.

Los ojos de Hathaway se agrandaron, empezó a registrarse el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre.

-¿Entonces, qué hago con esto?

-¿Qué es?

Sacó del sobre una página impresa en alemán, y dijo:

-Es una página de ese libro alemán que...

El profesor Rodney se puso repentinamente congestionado.

-¿Le arrancó una página al Beilstein?

Lo dijo gritando, cosa que me dejó de una pieza. No le hubiera creído capaz de chillar.

-Pensé que podríamos analizarla para encontrar pegamento del papel adhesivo, quizá un poquito de cianuro que hubiera caído.

-¡Démela! -gritó el profesor-, ¡estúpido, ignorante!

Alisó la hoja y la miró por ambos lados, como para asegurarse de que no había desaparecido ninguna letra.

-¡Vándalo! -exclamó, y estoy seguro de que en ese momento habría sido capaz de matar a Hathaway y reírse durante todo el proceso.

El profesor Rodney podía estar moralmente seguro de la culpabilidad de Susan y, para el caso, igual podía estarlo yo. Sin embargo, la certidumbre moral no se puede presentar ante un jurado. Se necesitaba la evidencia.

Así que, como no tengo fe en los testigos, acometí el problema por el único punto débil de cualquier posible culpable: el posible culpable mismo.

Hice que ella presenciara los nuevos derroteros del interrogatorio, y si éste no delataba su culpabilidad, tal vez lo hicieran sus nervios.

Por su aspecto no podía decir cómo sería de bueno ese «tal vez». Susan Morey se sentó ante su mesa, con las.manos entrelazadas ante sí, la mirada fría y la piel tirante en torno a las ventanas de su nariz.

En primer lugar entró el pequeño peletero alemán; parecía enfermo de preocupación.

-Yo no he hecho nada -balbuceó--. Por favor. Tengo cosas que hacer. ¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí?

Hathaway tenía su nombre y sus datos personales, así que pasé por alto todo eso y fui al grano.

-Llegó usted aquí un poco antes de las dos. ¿Cierto?

-Sí. Quería informarme acerca de los repelentes contra las polillas...

-De acuerdo. Cuando entró fue hacia la mesa de recepción. ¿Cierto?

-Sí. Le dije mí nombre, quién era yo, lo que quería...

-¿A quién se lo dijo? -esa era la pregunta clave.

El tipo se me quedó mirando. Tenía el pelo rizado y una boca hundida como si no tuviera dientes, pero era sólo la apariencia, porque cuando hablaba, descubría unos pequeños dientes amarillos.

-A ella. Se lo dije a ella. A esa chica que hay sentada ahí -dijo.

-Es cierto -intervino Susan sin expresión-. Habló conmigo.

El profesor Rodney la estaba observando con una mirada de concentrado desprecio. Se me ocurrió que su motivo para desear ver cómo se hacía rápidamente justicia podía ser más personal que idealista. Sin embargo, eso no era asunto mío.

-¿Está seguro de que es esta la joven? -le pregunté al peletero.

-Sí -contestó-. Le dije mi nombre y lo que quería, y sonrió. Me dijo dónde encontraría los libros sobre insecticidas. Luego, cuando me marchaba, otra joven salió de allí dentro.

-¡Bien! -dije inmediatamente-. Aquí tiene una fotografía de la otra joven. Dígame, ¿habló usted con la chica que está en la mesa y era la joven de la fotografía la que salió de la habitación de dentro? ¿0 habló usted con la joven de la fotografía y la que está en la mesa fue la que salió de la habitación?

Durante un minuto largo, el peletero contempló a la joven, luego a la fotografía, y luego a mí.

-Son iguales.

Solté una maldición por dentro. Una imperceptible sonrisa cruzó los labios de Susan y aleteó un momento antes de desaparecer. Debió de contar con eso. Eran vacaciones. No había casi nadie en la biblioteca. Nadie prestaría mucha atención a las bibliotecarias que están ahí como las estanterías, y si alguien llegaba a fijarse, nunca podría jurar a cuál de las «Bibliotecarias Mellizas» había visto.

Ahora ya sabía que era culpable, pero saberlo no significaba nada.

-Bien, ¿de quién se trataba? -pregunté.

Contestó, como alguien que está deseando dar por terminado un interrogatorio.

-Hablé con ella, con esa joven que está ahí junto a mesa.

-Es cierto ~-dijo Susan con calma.

Mis esperanzas de que la traicionaran sus nervios se hundieron.

¿Podría jurarlo? -pregunté al peletero.

-No --contestó éste inmediatamente.

-Muy bien. Hathaway, llevátelo. Mándalo a su casa.

El profesor Rodney se inclinó para tocarme en el codo.

-¿Por qué le ha sonreído ella al tipo ese mientras estaba explicando lo que había hecho? -susurró.

-¿Y por qué no? -le contesté de igual modo; no obstante, me volví a ella y le hice esa misma pregunta.

Sus cejas se levantaron una fracción de pulgada.

-Sólo he querido ser amable. ¿Hay algo malo en ello?

Ella casi estaba disfrutando. Podría jurarlo.

El profesor negó ligeramente con la cabeza. Me susurró de nuevo:

-No es de esas que le sonríen a un extraño molesto. Tuvo que ser Louella-Marie la que estaba en la mesa.

Me encogí de hombros. Podía imaginarme lo que pasaría si presentaba una prueba de esa naturaleza ante el comisario.

Cuatro de los estudiantes carecían de interés y los despachamos en poco tiempo. Estaban embebidos en sus ,investigaciones. Sabían qué libros querían y en qué estantes

estaban. Fueron directamente al sitio sin detenerse en la mesa de recepción. Ninguno pudo decir si era Susan o Louella-Marie la que estaba en la mesa en determinado ,momento. Ninguno había levantado la vista siquiera de sus libros, según decían, hasta que el grito vino a alterarlo todo.

El quinto era Peter van Norden. Mantuvo los ojos firmemente fijos en su pulgar derecho, que tenía una uña muy mordida. No miró a Susan cuando le hicieron entrar.

Se sentó y le dejé un rato para que se relajara.

-¿Qué está haciendo aquí en esta época del año? je finalmente-. Tengo entendido que es período de va. caciones.

-Mis exámenes finales serán el mes, que viene. Estoy estudiando. Son exámenes de grado. Si apruebo obtendré el doctorado, ¿sabe?

-Supongo que se detuvo en la mesa de recepción al entrar aquí --dije.

Masculló algo.

-¿Cómo? -pregunté.

-Que no ---dijo en una voz baja, casi tan baja como antes- Que no creo que me detuviera en la mesa.

-¿No lo cree?

-No lo hice.

-¿No resulta eso extraño? Tengo entendido que era usted buen amigo de Susan y de Louella-Marie. ¿No se paró a saludarlas?

-Estaba preocupado. Tenía la cabeza puesta en ese examen. Tenía que estudiar. Yo...

-Entonces, ¿no tuvo tiempo ni para decir hola? -miré a Susan para ver cómo reaccionaba. Parecía más pálida, pero podían ser figuraciones mías.

¿No es cierto que estaba usted prácticamente comprometido con una de ellas? -pregunté.

Alzó la vista con incomodada indignación:

-¡No! No puedo comprometerme hasta que saque mi título. ¿Quién le dijo que yo estaba comprometido?

-Digo prácticamente comprometido.

-¡No! Puede que haya salido con ella unas cuantas veces. Y eso, ¿qué? ¿Qué significa salir un par de veces?

-Vamos, Peter, ¿cuál era tu novia? -pregunté con suavidad.

-Le digo que la cosa no era así.

Se estaba lavando las manos en el asunto con demasiado

importa el nombre

interés, parecía como enterrado en una montaña de uma invisible.

-¿Usted qué dice? -pregunté de pronto, dirigiéndoa Susan-. ¿Se detuvo en la mesa?

-Me saludó al pasar –contestó-. cierto, Peter?

-No recuerdo -respondió adusto---. Puede que sí.

-¿Y qué?

-Nada --dije-. En mi interior deseé que Susan saboreara el fruto de su acción. Si había matado para ganarse a este ejemplar, había perdido el tiempo. Estaba seguro de que en adelante la ignoraría, aunque la viera caer de un segundo piso y fuera a darle en su misma cara.

Susan debió de darse cuenta de ello también. Por la mirada que le echó a Peter van Norden, le apunté como segundo candidato para el cianuro, suponiendo que ella quedara libre... y desde luego parecía que así iba a ser.

Hice una seña a Hathaway para que se lo llevara. Hathaway se levantó cumpliendo mi orden, y le preguntó:

-Dígame, ¿ha utilizado. alguna vez esos libros? -señaló los estantes donde se alineaban los sesenta y tantos volúmenes de la enciclopedia de química orgánica desde el suelo hasta el techo.

El muchacho miró por encima del hombro y contestó con sincera sorpresa:

-Claro. Tengo que consultarlos. ¡Vaya!, ¿hay algo malo en consultar fórmulas en el Beils?...

-Nada, de acuerdo -le confirmé-. Anda, Ed.

Ed Hathaway me miró con el ceño fruncido y se llevó almuchacho. Le cuesta tener que renunciar a una teoría desechada.

Eran alrededor de las seis, y veía que no podía hacerse mucho más. Tal como estaba el asunto, era la palabra de Susan contra la de nadie. Si se hubiera tratado de un maleante con antecedentes, habríamos podido sacarle la verdad por medio de una serie de métodos eficaces, aunque fastidiosos. Pero en este caso, no era aconsejable emplear procedimientos de ese tipo.

Me volví hacía el profesor para decírselo, pero éste estaba contemplando las tarjetas de Hathaway. Al menos una que tenía en la mano. Miren ustedes, la gente no para de hablar de que las manos de los demás tiemblan cuando están excitados, pero no es cosa que uno ve a menudo. Sin embargo, la mano de Rodney estaba temblando, temblando como el percusor de un despertador antiguo.

Se aclaró la garganta.

-Déjeme preguntarle algo. Déjeme...

Me quedé mirándole; luego eché mi silla hacia atrás.

-Adelante --dije. A estas alturas no teníamos nada que perder.

Miró a la joven y dejó la tarjeta boca abajo sobre la mesa.

-Señorita Morey --dijo temblando.

Parecía evitar deliberadamente la familiaridad del nombre de pila.

Ella le miró. Por un momento pareció ponerse nerviosa, pero se le pasó y se sintió de nuevo tranquila.

-¿ Sí, profesor?

-Señorita Morey, usted sonrió cuando el peletero le dijo a qué había venido. ¿Por qué lo hizo? -preguntó el profesor.

-Ya se lo dije, profesor Rodney -replicó la joven-. Intentaba ser amable.

-¿Quizá hubo algo extraño en lo que él dijo? ¿Algo divertido?

-Tan sólo intentaba ser amable -insistió ella.

-Jal vez le pareció divertido su nombre, señorita Morey?

-No especialmente -contestó con indiferencia.

-Bueno, nadie ha mencionado aquí su nombre. Yo no lo sabía hasta que he leído esta tarjeta por casualidad -y, de pronto, gritó excitado-: ¿Cuál era su nombre, señorita Morey?

La muchacha hizo una pausa antes de contestar.

-No lo recuerdo.

-¿De veras? Pero él se lo dijo, ¿no?

-¿Y qué si me lo dijo? -su voz parecía ahora impaciente-- Sólo era un nombre. Después de todo lo que ha ocurrido, no pueden esperar de mí que recuerde un nombre extranjero que sólo he oído una vez.

-Entonces, ¿era extranjero?

Se contuvo, evitando caer en la trampa.

-No recuerdo -replicó-. Creo que era un típico apellido alemán, pero no lo recuerdo. Para mí, como sí me hubiera dicho que se llamaba John Smith.

Por mi parte, tenía que admitir que no comprendía lo que el profesor pretendía. Así que le pregunté:

-¿Qué está intentando probar, profesor Rodney?

-Estoy intentando probar --dijo preso de una gran tensión-, de hecho estoy probando, que fue Louella-Maríe, la joven muerta, la que estaba en la mesa de recepción cuando entró el peletero. Le dijo su apellido a Louella-Marie y ella sonrió en consecuencia. Era la señorita Morey la que salía del despacho interior cuando él se volvió para marcharse. Era la señorita Morey, esta joven, quien acababa de preparar y envenenar el té.

-¡Se basa usted en el hecho de que no puedo recordar el nombre de ese hombre! --chilló Susan Morey-. Eso es ridículo.

-No, no lo es -dijo el profesor-. Si usted hubiera sido la joven que estaba en la mesa de recepción recordaría ese nombre. Le habría sido imposible olvidarlo. Si hubiera sido usted la que estaba en la mesa de recepción -levantó la tarjeta de Hathaway. Y continuó-: El nombre del peletero es Ernest, pero su apellido es Beilstein. ¡Su apellido es Beilstein!

Susan dejó escapar el aire como si le hubieran dado una patada en el estómago. Se puso tan blanca como el polvo de talco.

El profesor continuó excitado:

-Ningún bibliotecario químico puede olvidar el nombre de alguien que entra y dice que se llama Beilstein. La enciclopedia de sesenta volúmenes a la que nos hemos referido hoy media docena de veces se cita invariablemente por el nombre de su editor, Beilstein. Ese nombre es como una segunda naturaleza para una bibliotecaria química, como Jorge Washington, como Cristóbal Colón. Para ella ese nombre resulta más familiar que cualquiera de los que he mencionado. Si esta joven pretende haber olvidado el nombre, es sólo porque nunca lo ha oído. Y no lo ha oído porque no estaba en la mesa de recepción.

Me puse en pie y dije con severidad:

-¿Y bien, señorita Morey?---dejé también de llamarla por el nombre de pila-, ¿qué dice usted a eso?

Se puso a chillar histérica, como si quisiera rompernos los tímpanos. Media hora después teníamos su confesión.

Cuando muere la noche[4]

PROLOGO

Unos años antes de escribir este relato, dos colegas y yo unimos nuestras fuerzas para escribir un amplio y complicado texto de bioquímica para estudiantes de medicina. Pasamos días -literalmente hablando- ocupados con las pruebas de imprenta, y con frecuencia descubríamos pequeñas incoherencias. En un sitio teníamos escrita una fórmula química de una manera y en otro sitio de otra; aquí aparecía un guión y allá no; aquí una frase y allá otra.
Desistimos de poder lograr que todo concordara perfectamente, y uno de nosotros dijo finalmente: "Como dice Emerson, las coherencias tontas son la obsesión de las mentalidades pequeñas."Nos apoyamos en esto con entusiástica alegría y desde entonces, siempre que el corrector de pruebas señalaba alguna pequeña incoherencia, escribíamos: "¡Emerson"! en el margen, y lo dejábamos pasar.
Bien, el siguiente relato gira en torno a la posible invención de la transferencia de masas, y al preparar estos relatos para incluirlos en el presente volumen, advertí que en "La Campana Armoniosa" -un relato anterior con el mismo escenario- se daba por sentado que la transferencia de masas existía ya.
Estaba a punto de realizar algunos cambios para eliminar esa discrepancia, cuando recordé. Por tanto, si no le importa a usted, amable lector, voy a exclamar "¡Emerson!" y a seguir adelante.

Era casi una reunión de antiguos alumnos y, aunque se distinguía por la falta de animación, aún no había razón alguna para pensar que se vería trastornada por la tragedia.

Edward Talliaferro, recién llegado de la Luna, y sin haber recobrado su sentido de la gravedad, se reunió con los otros dos en la habitación de Stanley Kaunas, quien acudió a recibirle de manera servil. Battersley Ryger siguió sentado y le hizo un gesto de saludo.

Talliaferro agachó cuidadosamente su enorme corpachón hasta sentarse en la cama, muy consciente de su desacostumbrado peso. Hizo unos gestos retorciendo sus gruesos labios en medio de la masa de pelos que rodeaba su boca y se desparramaba por la barbilla y las mejillas.

Se habían visto antes, este mismo día, bajo circunstancias más ceremoniosas. Ahora estaban solos por primera vez, y Talliaferro dijo:

-Esta es una gran ocasión. Nos hemos reunido por primera vez desde hace diez años. De hecho, es la primera vez desde que nos graduamos.

[4] Titulo original: «The dying night»

La nariz de Ryger se contrajo. Se la había roto poco antes de esa misma graduación, y había recibido su título en Astronomía con un vendaje que le desfiguraba el rostro.

-¿Ha pedido alguien champán o algo? -preguntó de mal humor.

-¡Vamos! -dijo Talliaferro-. La primera gran convención astronómica interplanetaria no es lugar para tristezas. ¡Y menos entre amigos!

-Es la Tierra -dijo Kaunas de pronto-. No me sienta bien. No puedo acostumbrarme a ella -movió la cabeza, pero siguió con su aspecto deprimido.

-Lo sé -dijo Talliaferro-. Me siento muy pesado. Me quita toda la energía. En eso, tú estás en mejores condiciones que yo, Kaunas. La gravedad de Mercurio es 0,4 de la normal. En la Luna, es sólo 0,16 -iba a hablar Ryger, cuando le interrumpió diciendo-: Y en Ceres se utilizan campos de gravedad simulados que se ajustan a 0,8. Tú no tienes problemas, Ryger.

El astrónomo de Ceres se sintió molesto.

-Es el aire libre. El salir sin traje espacial me impone.

-Es verdad -asintió Kaunas-. Lo mismo que dejar que te dé el sol. Sólo el dejar que te dé.

Talliaferro se puso a pensar sensiblemente en el pasado. Ninguno había cambiado mucho. Ni él tampoco, pensó. Todos eran diez años más viejos, por supuesto. Ryger había engordado un poco y el rostro delgado de Kaunas parecía un tanto corso, pero a los dos los hubiera reconocido de habérselos encontrado sin previo aviso.

-No creo que sea la Tierra lo que nos afecta -dijo-. Reconozcámoslo.

Kaunas alzó la vista bruscamente. Era un tipo bajito, de ademanes rápidos y nerviosos, el cual vestía generalmente unos trajes que parecían algo grandes para él.

-¡Villiers! Lo sé -dijo-. A veces pienso en él -luego añadió con aire de desesperación-: Tuve carta suya.

Ryger se irguió en su asiento; su tez aceitunada se oscureció aún más.

-¿De veras? ¿Cuándo? -preguntó con energía.

-Hace un mes.

Ryger se volvió hacia Talliaferro.

-¿Y tú?

Talliaferro parpadeó rápidamente y asintió.

-Se ha vuelto loco -dijo Ryger-. Pretende haber descubierto un sistema práctico para la transferencia de masas a través del espacio. ¿Os lo ha contado a vosotros también? Entonces ya está. Siempre estuvo algo chiflado. Ahora está de remate.

Se frotó la nariz con energía y Talliaferro pensó en el día en que Villiers se la rompió.

Durante diez años, Villiers les había perseguido como la vaga sombra de una culpa que en realidad no les pertenecía. Habían realizado juntos el trabajo de fin de carrera; los cuatro eran hombres escogidos y enteramente consagrados, que se preparaban para una profesión que había alcanzado nuevas alturas en esta edad de viajes interplanetarios.

Se estaban abriendo observatorios en otros mundos, rodeados por el vacío, sin una atmósfera que los empañara.

Estaba el Observatorio Lunar, desde el que podían estudiarse la Tierra y los planetas más cercanos; un mundo silencioso en cuyo cielo parecía estar suspendido nuestro hogareño planeta.

El Observatorio de Mercurio, el más próximo al Sol, estaba encaramado en el polo norte de aquel planeta, donde el límite de iluminación apenas variaba y el Sol estaba fijo en el horizonte y podía ser estudiado en los más mínimos detalles.

El Observatorio de Ceres, el más nuevo, el más moderno, tenía un alcance que comprendía desde Júpiter hasta las galaxias más alejadas.

Había algunos inconvenientes, por supuesto. Dado que los viajes interplanetarios eran aún difíciles, había pocos permisos y resultaba prácticamente imposible
hacer una vida medianamente normal. Pero era esta una generación afortunada. Los futuros científicos encontrarían los campos del conocimiento bien trillados y, hasta que no se llegara a la invención de un medio de propulsión interestelar, no se abriría un horizonte de tanta capacidad como éste.

Los cuatro afortunados, Talliaferro, Ryger, Kaunas y Villiers, se iban a encontrar en la situación de un Galileo, el cual, por el hecho de ser el poseedor del primer
telescopio auténtico, no podía apuntarlo hacia ningún lugar del cielo sin hacer un descubrimiento importante.

Pero entonces Romano Villiers había caído enfermo de unas fiebres reumáticas. ¿Cuál había sido la causa? Su corazón había quedado roto y desfalleciente.

Era el más brillante de los cuatro, el más prometedor, el más animoso... Y ni siquiera pudo terminar la carrera y obtener el doctorado.

Peor aún, jamás podría salir de la Tierra; la aceleración del despegue de una nave espacial le mataría.

Talliaferro fue destinado a la Luna; Ryger a Ceres, y Kaunas a Mercurio. Sólo Villiers se había quedado atrás, prisionero en la Tierra de por vida.

Habían tratado de explicarle cuánto lo sentían, y Villiers había rechazado sus palabras con algo que se aproximaba al odio. Les había maltratado y maldecido. Cuando Ryger perdió la paciencia alzó el puño, Villíers se lanzó sobre el gritando y le rompió la nariz.

Era evidente que Ryger no lo había olvidado, porque se acariciaba la nariz cuidadosamente con un dedo.

La frente de Kaunas era un confuso amasijo de arrugas.

-Está en la Convención. Tiene una habitación en el hotel; la 405.

-No quiero verle -dijo Ryger.

-Va a subir aquí. Dijo que quería vernos. Creo que dijo a las nueve. Llegará en cualquier momento.

-En ese caso -dijo Ryger-, si no os importa, yo me voy.

-Espera un poco -dijo Talliaferro-. ¿Qué puede pasar si le ves?

-Pues que no sirve de nada. Está loco.

-Aun así. No seamos mezquinos. ¿Le tienes miedo?

-¿Miedo? -Ryger hizo una mueca de desprecio.

-Entonces estás nervioso. ¿Qué motivos tienes para estar tan nervioso?

-No estoy nervioso -contestó Ryger.

-Claro que lo estás. Todos nos sentimos culpables con él, y sin una razón verdadera. Nada de lo que sucedió fue culpa nuestra -pero hablaba como justificándose, y él lo sabía.

Y cuando, en ese momento, sonó el timbre de la puerta, los tres dieron un salto, se volvieron inquietos y clavaron sus ojos en la barrera que les separaba de Villiers.

Se abrió la puerta y entró Romano Villiers. Los otros se levantaron muy tiesos a saludarle, pero luego se quedaron en suspenso, sin que ninguno de ellos le tendiera la mano.

El les miró con burla.

"Ha cambiado", pensó Talliaferro.

Era cierto. Había encogido casi en todas las dimensiones. Su espalda, ligeramente encorvada, le hacía parecer más bajo. La piel de su cuero cabelludo brillaba a través del escaso pelo que le quedaba; el dorso de sus manos estaba surcado de sinuosas venas azuladas. Tenía aspecto de estar enfermo. No parecía haber nada en él que le uniera con el recuerdo del pasado, excepto su costumbre de protegerse los ojos con una mano

cuando miraba fijamente, y el tono uniforme y controlado de su voz de barítono al hablar.

-¡Amigos! ¡Mis queridos pioneros del espacio! Cuánto tiempo sin vernos -dijo.

-Hola, Villiers -dijo Talliaferro.

-¿Te encuentras bien? -inquirió Villiers, observándole.

-Bastante bien.

-¿Y vosotros dos?

Kaunas logró esbozar una débil sonrisa y murmurar algo. Ryger prorrumpió:

-Muy bien, Villiers. ¿Qué hay?

-Ryger, el hombre de genio endiablado -dijo Villiers-. ¿Cómo está Ceres?

-Estaba bien cuando lo dejé. ¿Cómo está la Tierra?

-Puedes verla por ti mismo -pero Villiers se había puesto tenso al decirlo.

-Espero -prosiguió- que la razón por la que habéis venido los tres a la Convención sea la de oír mi ponencia pasado mañana.

-¿Tu ponencia? ¿Qué ponencia? -preguntó Talliaferro.

-Os escribí a los tres contándooslo. Mi método para la transferencia de masas.

-Sí, es cierto -Ryger sonrió forzadamente-. Pero no decías una palabra sobre tu ponencia; y, que yo sepa, no estás incluido en el programa de los que van a intervenir. De ser así lo habría advertido

-Tienes razón. No estoy incluido. Ni siquiera he preparado un resumen para publicarlo.

Villiers había enrojecido y Talliaferro dijo para tranquilizarle:

-Cálmate, Villiers: No tienes buen aspecto.

Villiers se volvió hacia él con los labios tirantes.

-Mi corazón se mantiene firme, gracias.

-Escucha, Villiers -dijo Kaunas-, si no estás incluido, ni has hecho un resumen...

-Escucha tú. He esperado diez años. Vosotros tenéis los trabajos en el espacio y yo tengo que dar clases en la Tierra, pero valgo más que cualquiera de vosotros y que todos juntos.

-De acuerdo... -empezó Talliaferro.

-Y tampoco quiero vuestra condescendencia. Mandel fue testigo. Supongo que habéis oído hablar de Mandel. Bueno, es el presidente de la división de Astronáutica de la Convención, y le hice una demostración de la transferencia de masas. Empleé un aparato rudimentario y se quemó después de usarlo una vez, pero... ¿me estáis escuchando?

-Estamos escuchando -dijo Ryger fríamente-, en lo que vale.

-Me va a dejar que lo exponga a mi modo. Podéis estar seguros de que lo hará. Sin avisar. Sin anunciarlo. Lo voy a soltar delante de ellos como una bomba. Cuando les explique las relaciones fundamentales que intervienen, la Convención se disolverá. Echarán a correr a sus laboratorios particulares para comprobar lo que yo he dicho y construir aparatos. Y verán que funcionan. He hecho que un ratón vivo desaparezca de un lugar de mi laboratorio y aparezca en otro. Mandel lo ha presenciado.

Clavó los ojos en ellos, examinando sus rostros uno tras otro.

-No me creéis, ¿verdad? -preguntó.

-Si no quieres publicidad, ¿por qué nos lo cuentas a nosotros? -dijo Ryger.

-Vosotros sois distintos. Sois mis amigos, mis compañeros de clase. Vosotros fuisteis al espacio y me dejásteis atrás.

-No podíamos hacer otra cosa -replicó Kaunas con voz débil y aguda.

Villiers no le hizo caso. Y dijo:

-Por eso quiero que vosotros lo sepáis ahora. Lo que resultó con un ratón, resultará con un ser humano. Lo que ahora puede transportar una cosa a tres metros de distancia en un laboratorio, podrá transportarla a un millón de millas a través del espacio. Yo iré a la Luna y a Mercurio y a Ceres y adonde me dé la gana. Haré lo mismo que vosotros, y más. Y habré hecho más por la Astronomía, con sólo limitarme a dar clases y pensar, que vosotros con vuestros observatorios, vuestros telescopios, vuestras cámaras y vuestras naves espaciales.

-Bien -dijo Talliaferro-. Me alegro; así tendrás más poder. ¿Puedo ver una copia de tu memoria?

-No -las manos de Villiers se apretaron contra su pecho como si tuviera unas hojas fantasmas y no quisiera que se las mirasen-. Tendrás que esperar como todos los demás. Sólo hay una copia y nadie la verá hasta que yo disponga. Ni siquiera Mandel.

-¡Una copia! -exclamó Talliaferro-. Si la pierdes...

-No la perderé. Y aunque la pierda, lo tengo todo en mi cabeza.

-Si tú... -Talliaferro estuvo a punto de terminar la frase con "mueres", pero se detuvo. Pero tras una pausa casi imperceptible, prosiguió-: ...tuvieras sentido común, al menos lo registrarías. Por cuestión de seguridad.

-No -replicó Villiers con viveza-. Me oiréis pasado manaña. Veréis dilatarse de golpe el horizonte humano como jamás lo había hecho antes.

De nuevo se les quedó mirando a la cara.

-Diez años -dijo-. Adiós.

-Está loco -estalló Ryger con los ojos clavados en la puerta, como si Villiers estuviera aún delante de ella.

-¿Tú crees? -dijo Talliaferro pensativo-. Puede que lo esté, en cierto modo. Nos odia por motivos irracionales. Y, además, eso de no registrar siquiera su ponencia como precaución...

Talliaferro manoseaba su propio registrador mientras hablaba. No era más que un cilindro de color gris sin ninguna particularidad, algo más grueso que un lápiz corriente. En los últimos años se había convertido en el distintivo del científico, al igual que el estetoscopio lo era del médico y el microcomputador del estadístico. El registrador se llevaba en el bolsillo de la chaqueta, o sujeto en la manga, o detrás de la oreja, o colgando de un cordón.

A veces, Talliaferro, cuando se sentía filósofo, se preguntaba cómo se las arreglarían en los tiempos en que los investigadores tenían que tomar laboriosas anotaciones o archivar reimpresiones completas. ¡Qué incomodidad!

Ahora, para archivar cualquier texto publicado o manuscrito, no había más que sacar un micronegativo que podía revelarse cuando fuera necesario. Talliaferro había grabado ya todos los resúmenes incluidos en el folleto del programa de la Convención. Y estaba seguro de que los otros dos habían hecho lo mismo.

-En estas circunstancias -dijo Talliaferro-, el negarse a registrarla es una locura.

-¡Espacio! -exclamó Ryger con vehemencia-. No hay ponencia que valga. Ni existe tal descubrimiento. Con tal de ponerse por encima de nosotros, sería capaz
de inventar cualquier mentira.

-Pero, entonces, ¿qué hará pasado mañana? -preguntó Kaunas.

-¿Y yo qué sé? Está loco.

Talliaferro seguía jugueteando con el registrador, y se preguntaba vagamente si habría de sacarlo y revelar algunas pequeñas tiras de película almacenadas en su interior.

Decidió que no.

-No subestiméis a Villiers -dijo-. Es muy inteligente.

-Hace diez años quizá lo fuera -repuso Ryger-. Ahora es un tarugo. No hablemos más de él.

Se puso a hablar alto, como si quisiera alejar a Villiers y todo lo que a él se refería por la fuerza con que discutía de otros temas. Habló de Ceres y de su trabajo: la realización del radio-diagrama de la Vía Lactea con nuevos radioscopios capaces de analizar estrellas aisladas.

Kaunas escuchaba y asentía; luego intervino en la conversación, hablando de las dispersiones de radio de las manchas solares y de su propia ponencia, en prensa, sobre la asociación de las tormentas de protones con las inmensas llamaradas de hidrógeno en la superficie del Sol.

Talliaferro intervino poco. El trabajo lunar era aburrido al lado de eso. La última información sobre la predicción del tiempo a largo plazo mediante la observación directa de las corrientes en chorro de la Tierra no podía compararse con radioscopios ni tormentas de protones.

Aún más, no podía apartar de su pensamiento a Villiers. Villiers era el genio. Todos lo sabían. Incluso Ryger, a pesar de toda su jactancia, pensaría que, de ser posible la transferencia de masas, lo lógico era que Villiers fuera su descubridor.

El hablar cada uno de su propio trabajo no equivalía sino a un incómodo reconocimiento de que ninguno de ellos había hecho gran cosa. Talliaferro estaba al tanto de los informes y lo sabía. Sus propias ponencias habían sido de escaso valor. Los demás no habían escrito nada realmente importante.

Ninguno de ellos -esa era la pura verdad- había llegado a revolucionar las técnicas espaciales. Los grandiosos sueños de sus tiempos estudiantiles no se habían hecho realidad y eso era todo. Eran unos trabajadores competentes y rutinarios. Ni más ni menos; y ellos lo sabían.

Villiers pudo haber llegado más lejos. También lo sabían. Era el darse cuenta de eso, así como el sentimiento de culpa, lo que alimentaba su rivalidad.

Talliaferro veía con inquietud que Villiers, pese a todo, había de llegar más lejos. Seguramente los otros pensaban lo mismo también, y posiblemente no tardaría en hacérseles insoportable la mediocridad. Se publicaría su trabajo sobre la transferencia de masas y Villiers se convertiría finalmente en una celebridad, como evidentemente había estado siempre destinado a ser; mientras que sus compañeros de clase, con todas las ventajas en la mano, serían olvidados. Su papel se reduciría a aplaudir entre la multitud.

Se dio cuenta de su propia envidia y disgusto, y se sintió avergonzado, pero no por ello dejó de estarlo.

La conversación se extinguió, y dijo Kaunas, apartando la mirada:

-Escuchad, ¿por qué no le hacemos una visita al bueno de Villiers?

Había una falsa cordialidad en sus palabras, era un esfuerzo completamente falto de convicción porque pareciera casual.

-De nada sirve guardar rencores... -añadió.

Talliaferro pensó: "Quiere averiguar qué hay de cierto sobre la transferencia de masas. Tiene la esperanza de que no sea más que una pesadilla de loco, para poder dormir tranquilo."

Pero él también sentía curiosidad; por tanto, no puso ningún inconveniente. Incluso Ryger se encogió de hombros de mala gana, y dijo:

-Bueno, ¿por qué no?

Eran, a la sazón, poco menos de las once. Talliaferro se despertó con las insistentes llamadas del timbre de su puerta. Se incorporó sobre un codo en la oscuridad y se sintió francamente ofendido. La luz apagada del indicador del techo mostraba que no eran aún las cuatro de la mañana.

-¿Quién es? -gritó.

Los timbrazos seguían sonando.

Gruñendo, Talliaferro se puso la bata. Abrió la puerta y parpadeó debido a la luz del pasillo. Reconoció al hombre que tenía delante por los retratos tridimensionales que tantas veces había visto.

No obstante, el hombre murmuró con brusquedad:

-Me llamo Hubert Mandel.

-Sí, señor -dijo Talliaferro. Mandel era una de las celebridades de la Astronomía, lo bastante destacada como para ocupar un importante puesto ejecutivo en el Departamento Mundial de Astronomía; y era también lo bastante activo como para ser Presidente de la sección de Astronáutica de la Convención.

De pronto se acordó Talliaferra de que era a Mandel a quien Villiers pretendía haber hecho una demostración de la transferencia de masas. El pensamiento de Villiers le tranquilizó, en cierto modo.

-Es usted e1 doctor Edward Talliaferro ? -Preguntó Mandel.

-Sí, señor.

-Entonces vístase y venga conmigo. Es muy importante. Es algo que concierne a un conocido suyo y mío.

-¿El doctor Villiers?

Los ojos de Mandel pestañearon un poco. Sus cejas y pestañas eran tan rubias que daban a sus ojos un aspecto desnudo, desguarnecido. Tenía un pelo fino como la seda y como unos cincuenta años de edad.

-¿Por qué Villiers? –preguntó

-Anoche le mencionó a usted. No sé de nadie más que conozcamos usted y yo.

Mandel asintió, esperó a que Talliaferro terminara de vestirse; luego dio media vuelta y echó a andar delante. Ryger y Munas estaban aguardando en una habitación del piso de arriba del de Talliaferro. Kaunas tenía los ojos enrojecidos y turbios. Ryger daba nerviosas chupadas a un cigarrillo.

-Ya estamos todos. Otra reunión -dijo Talliaferro.

Nadie respondió.

Tomó asiento y los tres se miraron unos a otros. Ryger se encogió de hombros.

Mandel se paseaba con las manos hundidas en los bolsillos.

-Pido disculpas por la molestia que esto pueda suponer, caballeros -dijo-, y les agradezco su cooperación. Pero me gustaría que fuera aun mayor. Nuestro amigo Romano Villiers ha muerto. Hace una hora, sacaron su cuerpo del hotel. El dictamen médico dice que ha sido un fallo en el corazón.

Hubo un silencio tenso. El cigarrillo de Ryger quedó en suspenso a medio camino de sus labios; luego descendió lentamente, sin completar su trayectoria.

-Pobre diablo -dijo Talliaferro.

-Es horrible -murmuró Kaunas roncamente-. Era... -se le cortó la voz.

Ryger reaccionó:

-Bueno, padecía del corazón. No se puede hacer nada.

-Una cosa tan sólo -corrigió Mandel suavemente-. Recuperarlo.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Ryger bruscamente.

-¿Cuándo le vieron ustedes tres por última vez? -preguntó Mandel.

-Anoche -contestó Talliaferro-. Fue una especie de reunión. Nos veíamos por primera vez desde hacía diez anos. Lamento decir que no fue una reunión agradable. Villiers pensaba que tenía un motivo para estar enfadado con nosotros, y efectivamente, estaba enfadado.

-Eso fue... ¿cuándo?

.-Hacia las nueve, la primera vez.

-¿La primera vez,

-Más tarde le volvimos a ver.

-Se había ido muy furioso -explicó Kaunas, que parecía inquieto-. No podíamos dejar las cosas así. Teníamos que intentar algo. No es como si nunca hubiéramos sido amigos. Así que fuimos a su habitación y...

Mandel se agarró a este punto.

-¿Estuvieron todos en su habitación?

-Sí -contestó Kaunas sorprendido.

-¿Hacia qué hora?

-Hacia las once, creo -miró a los otros. Talliaferro asintió.

-¿Y cuánto tiempo estuvieron?

-Dos minutos -intervino Ryger-. Nos puso de patas en la calle como si nosotros fuéramos detrás de su memoria -hizo una pausa como esperando que Mandel le preguntara de qué memoria se trataba, pero Mandel no dijo nada. Prosiguió-: Creo que la guardaba debajo de la almohada. Al menos estaba echado sobre ella mientras nos gritaba que nos marcháramos.

-A lo mejor se estaba muriendo en ese momento -murmuró Kaunas con disgusto.

-Todavía no -saltó Mandel en seguida-. Así que, probablemente, dejaron huellas todos ustedes.

-Probablemente --dijo Tallíaferro. Estaba perdiendo algo de su respeto maquinal por Mandel y empezaba a sentir cierta impaciencia. Se tratara de Mandel o no, eran las cuatro de la mañana.

-Bueno, ¿a qué viene todo esto? -inquirió.

-Bien, señores -dijo Mandel-, hay más sobre Villiers además de su muerte. El trabajo de Villiers, el único manuscrito existente, que yo sepa, lo encontraron
metido en el incinerador de desperdicios y sólo quedan algunos trozos. Yo no he llegado a tener nunca en mis manos esa memoria, pero sé lo bastante del asunto como para estar dispuesto a jurar delante del tribunal, si es necesario, que los restos de los papeles que no han llegado a arder en el incinerador pertenecían a la memoria que proyectaba presentar en esta Convención. Parece usted escéptico, doctor Ryger.

-Escéptico de que fuera a presentarla -dijo Ryger sonriendo de mala gana-. Si quiere usted saber mi opinión, señor, le diré que estaba loco. Durante diez años
se ha sentido prisionero en la Tierra y fantaseó a modo de evasión sobre las transferencias de masas. Probablemente era lo único que le mantenía vivo. Tendría preparada alguna especie de demostración fraudulenta. No digo que fuera un fraude deliberado. A lo mejor era demencialmente sincero, y sinceramente loco. La noche pasada fue ya el colmo. Vino a nuestras habitaciones... Nos odiaba por haber escapado de la Tierra... y triunfó sobre nosotros. Había vivido sólo para eso durante diez años. Puede que eso le provocara un shock devolviéndole de alguna manera la cordura. Sabía que no podía presentar de veras la memoria; no tenía nada que presentar. Así que quemó sus papeles y el corazón le falló. Es una
lástima.

Mandel escuchó al astrónomo de Ceres con expresión de manifiesta desaprobación.

-Una explicación muy hábil, doctor Ryger, pero completamente equivocada. No se me engaña tan fácilmente con demostraciones fraudulentas como usted cree. De
acuerdo con los datos del registro, que me he visto obligado a consultar a toda prisa, ustedes tres eran sus compañeros de clase en la universidad. ¿No es así?

Asintieron.

-¿Hay algún otro compañero de clase presente en la Convención?

-No --dijo Kaunas-. Nosotros cuatro éramos los únicos que preparábamos el doctorado en Astronomía aquel año. Y él se habría doctorado también, a no ser...

-Sí, comprendo -dijo Mandel-. Bien, en ese caso, uno de ustedes tres fue a la habitación de Villiers a visitarle una última vez, a media noche.

Hubo un corto silencio. Luego Ryger dijo fríamente:

-Yo, no.

Kaunas, con los ojos muy abiertos, negó con la cabeza.

-¿Qué pretende insinuar? -preguntó Talliaferro.

-Uno de ustedes fue a verle a media noche e insistió en ver su memoria. No sé el motivo. Posiblemente, con la deliberada intención de provocarle un ataque de corazón. Cuando Villiers se derrumbó, el criminal, por llamarle así, estaba preparado. Se apoderó de la memoria que, podría añadir, estaba seguramente debajo de la almohada, y sacó una fotocopia. Luego destruyó el documento en el incinerador; pero tenía prisa, y la destrucción no fue completa.

-¿Cómo sabe todo eso? -interrumpió Ryger-. ¿Lo vio usted?

-Casi -replicó Mandel-. Villiers no estaba completamente muerto en el momento de su primer colapso. Cuando el criminal se marchó, se las arregló para coger

el teléfono y llamar a mi habitación. Masculló algunas frases, las suficientes para explicar lo que había ocurrido. Desgraciadamente, yo no estaba en mi habitación; me encontraba en una conferencia que me retuvo hasta muy tarde. Sin embargo, mi contestador automático lo registró. Siempre escucho la cinta de grabación cuando regreso a mi habitación o a mi despacho. Es un hábito burocrático. Le llamé por teléfono. Estaba muerto.

-Bien -dijo Ryger-, y ¿quién dijo que había sido?

-No lo dijo. O si lo hizo fue de una manera ininteligible. Pero hay una palabra que dijo con toda claridad: Condiscípulo.

Talliaferro se sacó el registrador del bolsillo interior de la chaqueta y se lo ofreció a Mandel.

-Si quiere usted revelar la película que hay en mi registrador -dijo- tranquilamente-, puede hacerlo. Verá cómo no encuentra en ella el documento de Villiers.

Inmediatamente, Kaunas hizo lo mismo; y Ryger, con el ceño fruncido, les imitó.

Mandel cogió los tres registradores y dijo con sequedad:

-Seguramente, quienquiera que sea de los tres el que haya hecho esto, se habrá desembarazado ya del trozo de película que contiene la memoria. Sin embargo...

Talliaferro alzó las cejas.

-Puede registrarme a mí o mi habitación.

Pero Ryger volvió a gruñir:

-Aguarden un minuto; un minuto, maldita sea ¿Es usted la policía?

Mandel se le quedó mirando.

-¿Quieren que llame a la policía? ¿Quieren un escándalo y una acusación de asesinato? ¿Quieren que se suspenda la Convención y que la prensa del Sistema
se divierta con la Astronomía y los astrónomos? La muerte de Villiers pudo muy bien haber sido accidental. Efectivamente, padecía del corazón. Quienquiera de ustedes que estuviera allí, pudo haber actuado bajo un impulso. Puede que no haya sido un crimen premeditado. Si el que haya sido quisiera devolver el negativo, podríamos evitar muchos problemas.

-¿Incluso para el criminal? -preguntó Talliaferro.

Mandel se encogió de hombros.

-Puede haber problemas para él. No le voy a prometer impunidad. Pero sean cuales sean las consecuencias, no serán la vergüenza pública y la cadena perpetua, como
podría serlo si llamamos a la policía.

Silencio.

-Es uno de ustedes tres -dijo Mandel.

Silencio.

-Creo que puedo imaginar el razonamiento de la persona culpable -prosiguió Mandel-. El documento debía ser destruido. Sólo nosotros cuatro habíamos oído hablar de la transferencia de masas, y sólo yo había visto la demostración. Lo que es más, ustedes sólo tenían su palabra, la palabra de un loco quizá, de que yo la había visto. Muerto el doctor Villiers de un ataque cardíaco, y desaparecido el documento, sería fácil creer en la teoría del doctor Ryger de que no había tal transferencia de masas y que nunca la había habido. Pasaría un año o dos, y, nuestro criminal, en posesión de los datos sobre la transferencia de masas, podría revelarlo poco a poco, preparar experimentos, publicar cuidadosas memorias, y ser
considerado finalmente como el verdadero descubridor, con todo lo que ello significa en términos de dinero y fama. Ni siquiera sospecharían nada sus condiscípulos. Todo lo más, creerían que la antigua manía de Villiers le había inspirado para empezar a investigar en ese campo. Nada más.

Mandel paseó rápidamente la mirada de un rostro a otro.

-Pero nada de eso pasará ahora. Cualquiera de los tres que presente la transferencia de masas se proclamará a sí mismo como el criminal. Yo he visto la demostración; sé que era auténtica, sé que uno de ustedes posee una fotocopia del documento. Por tanto, la información resulta inútil para ustedes. Así que entréguenmela.

Silencio.

Mandel se dirigió hacia la puerta y se volvió de nuevo.

-Les ruego que permanezcan aquí hasta que yo vuelva. No tardaré mucho. Espero que el culpable aproveche la pausa para meditar. Si tiene miedo de que su confesión le haga perder su trabajo, le recuerdo que una sesión con la policía puede hacerle perder la libertad y costarle la psicoprueba -sopesó los tres registradores, parecía malhumorado y falto de sueño-. Voy a revelar esto.

-¿Qué pasaría si nos largamos cuando usted no esté? -dijo Kaunas tratando de sonreír.

-Sólo uno de ustedes tiene motivos para intentarlo -contestó Mandel-. Creo que puedo confiar en los dos inocentes para que controlen al tercero, aunque sólo sea
para protegerse a sí mismos.

Salió.

Eran las cinco de la mañana. Ryger miró su reloj indignado.

-¡Maldita sea! Quiero irme a dormir.

-Podemos tumbarnos aquí -dijo Talliaferro filosófico-. ¿Está dispuesto el que sea a hacer su confesión?

Kaunas apartó la vista y Ryger entreabrió los labios.

-Me parecía increíble -Talliaferro cerró los ojos, apoyó su voluminosa cabeza contra la silla, y dijo con voz cansada-: En la Luna, ahora es la época de descanso.
Tenemos una noche de dos semanas, y luego trabajo y más trabajo. Después vienen dos semanas de sol y no hay nada más que cálculos, correlaciones y sesiones aburridas. Ese es el tiempo más duro. Lo odio. Si hubiera más mujeres, si pudiera conseguir algo fijo...

Con voz susurrante, Kaunas se refirió al hecho de que todavía era imposible tener todo el Sol por encima del Horizonte y lograr un plano completo con el telescopio de Mercurio. Pero, con otras dos millas de carril que van a instalar dentro de poco en el observatorio -como sabéis, para mover todo el aparato se requiere una fuerza tremenda y se utiliza la energía solar directamente-, puede que se consiga. Se conseguirá.

Incluso Ryger consintió en hablar de Ceres, después de escuchar el apagado rumor de las otras voces. El problema allí consistía en que el período de rotación era de dos horas, lo que significaba que las estrellas cruzaban el cielo a una velocidad angular doce veces más rápida que en el cielo de la Tierra. Una red de tres campos de luz, tres radíoscopios, tres de todo, captaban los campos de observación, uno tras otro, a medida que giraban.

-¿No podríais utilizar uno de los polos? -sugirió Kaunas.

-Estás pensando en Mercurio y en el Sol -dijo Ryger impaciente-. Incluso en los polos, el cielo lo veríamos decantado y siempre quedaría oculta la otra mitad. Pero si Ceres presentara una sola cara al Sol, como lo hace Mercurio, tendríamos un cielo de noche permanente con las estrellas girando lentamente una vez cada tres años.

El cielo se iluminó; amanecía lentamente.

Talliaferro estaba adormilado, pero hizo todo lo posible por mantenerse despierto. No quería quedarse dormido mientras los otros estaban despiertos. Los tres, pensó, se estaban preguntando: "¿Quién? ¿Quién?"

Excepto el culpable, por supuesto.

Los ojos de Talliaferro se abrieron repentinamente cuando Mandel entró de nuevo.

El cielo, tal como se veía desde la ventana, había ido poniéndose azul. Talliaferro se alegró de que la ventana estuviera cerrada. El hotel tenía aire acondicionado, por supuesto, pero en las épocas del buen tiempo abrían las ventanas aquellos terrestres que

se encaprichaban con la ilusión del aire fresco. A Talliaferro, que tenía muy presente el vacío que envolvía a la luna, le hacía estremecer esta idea con auténtico malestar.

-¿Alguno de ustedes tiene algo que decir? -inquirió Mandel.

Le miraron con firmeza. Ryger negó con la cabeza.

-He revelado la película de sus registradores, señores -dijo Mandel-, y he comprobado los resultados -tiró los registradores y los trozos de película revelados sobre la cama-. ¡Nada! Me temo que les será difícil poner en orden las películas. Lo siento. Y subsiste aún el problema de la película que falta.

-Si es que existe -replicó Ryger, soltando un tremendo bostezo.

-Sugiero que bajemos a la habitación de Villiers, señores -dijo Mandel.

Kaunas pareció alarmarse.

-¿Por qué?

-¿Es por sicología? -preguntó Talliaferro-. ¿Pretende llevar al criminal a la escena del crimen, y que el remordimiento provoque su confesión?

-Es por una razón menos melodramática; porque me gustaría que los dos que son inocentes me ayudasen a encontrar la película del documento de Villiers -dijo Mandel.

-¿Cree usted que está allí? -preguntó Ryger retador.

-Es posible. Podemos empezar por ahí. Después podemos registrar sus habitaciones. El simposio de Astronáutica no empieza hasta mañana a las diez. Tenemos tiempo hasta entonces.

-¿Y después?

-Puede que tenga que avisar a la policía.

Entraron con cautela en la habitación de Villiers. Ryger estaba rojo; Kaunas pálido; Talliaferro intentaba mantener la calma.

La noche anterior habían visto la habitación bajo la luz artificial con un Villiers gritador y desmelenado, aferrado a su almohada, mirándoles con desprecio y ordenándoles que se marcharan. Ahora estaba impregnada del vago olor de la muerte.

Mandel maniobró el polarizador de la ventana para dejar entrar más luz y. lo abrió en exceso, de modo que penetró el sol de la mañana.

Kaunas levantó el brazo para protegerse los ojos, y gritó: "¡El Sol!", de tal modo que los demás se quedaron atónitos.

El rostro de Kaunas presentaba una especie de terror, como si acabara de sentirse cegado por el Sol de Mercurio.

Talliaferro pensó en su propia reacción, en lo que para él significaba el aire libre, y sus dientes rechinaron. Los tres experimentaban el peso de los diez años que habían pasado lejos de la Tierra.

Kaunas corrió hacia la ventana, buscando a tientas el polarizador, y el aliento le salía en forma de enorme jadeo.

Mandel corrió junto a él.

-¿Qué pasa?

Los otros dos se les unieron.

La ciudad se desplegaba bajo ellos hasta el horizonte, formando un paisaje de piedra y ladrillo que, bañado por el sol naciente, extendía sus sombras hacia ellos.

Talliaferro lanzó una mirada furtiva e incómoda a los demás.

Kaunas, con el pecho oprimido hasta el punto de serle imposible gritar, miraba algo que estaba mucho más cerca. Allí, en la parte exterior del antepecho de la ventana, con un trozo protegido de la manera más torpe y desmañada, y metida en una grieta del cemento, había una tira, de dos centímetros de largo, de película de un gris lechoso, y sobre ella incidían los primeros rayos del sol naciente.

Mandel, dando un grito airado e incoherente, subió a la ventana y lo cogió. Lo cubrió ahuecando la mano, y les miró con ojos febriles y enrojecidos.

-¡Esperen aquí! -dijo.

No había nada que decir. Cuando Mandel se marchó, se sentaron y se miraron estúpidamente unos a otros.

Mandel regresó al cabo de veinte minutos. Dijo tranquilamente, en un tono que daba la impresión, de algún modo, de que estaba tranquilo sólo porque había superado su estado de irritación:

-El trozo que estaba dentro de la grieta no tenía exceso de exposición. He podido sacar unas pocas palabras. Se trata del documento de Villiers. El resto se ha velado; no se ha podido salvar nada. Se ha borrado.

-¿Y ahora qué? -preguntó Talliaferro. Mandel se encogió de hombros fatigado.

-Ahora ya, qué más da. La transferencia de masas se acabó hasta que alguien tan inteligente como Villiers lo descubra otra vez. Yo trabajaré en ello, pero no me hago ilusiones respecto a mi propia capacidad. Desaparecido eso, supongo que ustedes tres

no importan, sean culpables o no. ¿Qué más da? -todo su cuerpo parecía flojo y hundido en la desesperación.

Pero la voz de Talliaferro se hizo dura.

-No, espere. A sus ojos, cualquiera de nosotros tres puede ser culpable. Yo,, por ejemplo. Usted es un hombre importante en este campo y nunca tendrá una palabra de elogio para mí. Puede difundirse por ahí que soy incompetente o algo peor. No quiero que me miren como a un culpable y arruinar mi vida. Vamos a resolver este asunto.

-Yo no soy detective -dijo Mandel cansado.

-Entonces, ¿por qué no llama a la policía; maldita sea?

-Un momento -exclamó Ryger-. ¿Estás insinuando que soy yo el culpable?

-Sólo estoy diciendo que yo soy inocente.

-Eso significa que nos someterán a los tres a la psicoprueba -la voz de Kaunas se alzó asustada-. Pueden dañar nuestras facultades mentales.

Mandel alzó en el aire los dos brazos.

-¡Caballeros! ¡Caballeros! ¡Por favor! Hay una cosa que podemos hacer antes de ir a la policía; y usted tiene razón, doctor Talliaferro; sería injusto para el inocente dejar las cosas así.

Se volvieron hacia él con un sentimiento de hostilidad distinto en cada uno.

-¿Qué sugiere usted? -preguntó Ryger.

-Tengo un amigo que se llama Wendell Urth. Puede que hayan oído hablar de él, o tal vez no; pero a lo mejor consigo arreglar que le veamos esta noche.

-¿Y en ese caso, qué? -preguntó Talliaferro- ¿Adónde nos llevará eso?

-Es un hombre extraño --dijo Mandel dubitativo-. Muy extraño. Y muy inteligente, a su manera. Ha ayudado otras veces a la policía, y tal vez pueda ayudarnos a nosotros ahora.

Edward Talliaferro no podía dejar de mirar la habitación y a su ocupante con el mayor asombro. Tanto la una como el otro parecían existir desvinculados de todo, pertenecer a un mundo incomprensible. Los ruidos de la Tierra estaban lejos de aquel nido acolchado y sin ventanas. La luz y el aire de la Tierra habían sido vencidos por la iluminación artificial y el aire acondicionado.

Era una gran habitación, oscura y desordenada. Se habían abierto paso por un suelo atestado de cosas hasta una cama, de la que habían retirado precipitadamente un montón

de libro-films y los habían apilado a un lado desordenadamente con la misma precipitación.

El hombre, el dueño de la habitación, poseía un rostro ancho y redondo, sobre un cuerpo grueso y achaparrado. Se movía con vivacidad sobre sus cortas piernas agitando la cabeza al hablar hasta el punto de que sus gruesas gafas casi saltaban de esa especie de bulto aplastado que tenía por nariz. Sus ojos saltones, de gruesos párpados, miraron con miope amabilidad a todos ellos, sin levantarse del asiento que ocupaba, una combinación de silla y mesa de despacho de invención suya, iluminada por la única luz brillante de la habitación.

-Han sido muy amables en venir, señores. Por favor, perdonen el estado de la habitación -agitó sus dedos gordezuelos en un gesto amplio-. Estoy liado con la catalogación de muchos objetos de interés extraterrológico que he ido recogiendo. Es un trabajo tremendo. Por ejemplo.. .

Saltó de su asiento y se sumergió en un montón de objetos que había junto a la mesa, hasta que volvió a aparecer con una cosa gris como el humo, semitraslúcida y de forma cilíndrica.

-Esto -dijo- es un objeto callistiano. Puede que se trate de un resto de entidades inteligentes no humanas. No está aún determinado. No se han descubierto más de una docena, y este es el ejemplar más perfecto de los que yo he visto.

Lo lanzó a un lado y Talliaferro dio un salto. El hombre achaparrado se le quedó mirando, y dijo:

-Es irrompible.

Volvió a sentarse, entrelazó sus dedos regordetes sobre su barriga y dejó que subieran y bajaran al ritmo de su respiración.

-Y ahora, ¿en qué puedo servirles?

Hubert Mandel había hecho las presentaciones y Talliaferro estaba sumido en honda meditación. Desde luego, había un hombre llamado Wendell Urth que había escrito recientemente un libro titulado Estudio comparado de los Procesos Evolutivos en los Planetas dotados de Agua y Oxígeno, y evidentemente no podía ser este el mismo hombre.

-¿Es usted el autor del Estudio comparado de los Procesos Evolutivos, doctor Urth? -preguntó.

Una sonrisa beatífica se extendió por el rostro de Urth.

-¿Lo ha leído usted?

-Bueno, no; no lo he leído, pero...

La expresión de Urth se volvió inmediatamente severa.

-Entonces debe leerlo. Ahora mismo. Aquí tengo un ejemplar.

Saltó de nuevo de su asiento, y Mandel gritó:

-Espere, Urth, lo primero es lo primero. Esto es serio.

Obligó materialmente a Urth a volver a su silla y empezó a hablar rápidamente como para evitar que surgieran más cuestiones secundarias. Con una admirable economía de palabras le contó toda la historia.

Urth se fue poniendo colorado por momentos mientras escuchaba. Se cogió las gafas y se las subió aún más sobre su nariz.

-¡Transferencia de masas! -exclamó.

-Lo vi con mis propios ojos -dijo Mandel.

-Y no me lo había dicho.

-Me hizo jurar que guardaría el secreto. Era un hombre... extraño. Ya le he explicado eso.

Urth golpeó la mesa

-¿Cómo ha podido permitir usted que un descubrimiento como ese permaneciera en poder de un excéntrico, Mandel? Debió habérselo sacado mediante la psicoprueba, si hubiera sido menester.

-Eso le habría matado -protestó Mandel..

Pero Urth se balanceaba adelante y atrás apretándose las mejillas con las manos.

-Transferencia de masas. El único sistema de que pueda viajar un honrado ciudadano. El único modo posible. La única manera concebible. Si yo lo llego a saber... si hubiera podido estar allí... Pero el hotel está a casi treinta millas de aquí.

Ryger, que escuchaba con una expresión de aburrimíento pintada en su semblante, interrumpió:

-Tengo entendido que existe una línea directa de aerodeslizador con el Hall de la Convención. Podía haber estado allí en diez minutos.

Urth se puso rígido y miró a Ryger de modo extraño. Sus mejillas se hincharon. Se puso en pie de un salto y salió precipitadamente de la habitación.

-¿Qué demonios le pasa? -dijo Ryger.

-Maldita sea -murmuró Mandel-. Debí habérselo advertido a ustedes.

-¿El qué?
-Que el doctor Urth no viaja en ningún medio de transporte. Es una fobia. Va a todas partes a pie.

Kaunas parpadeó en la penumbra.

-Pero, ¿no es extraterrólogo? ¿No es un experto en formas de vida de otros planetas?

Talliaferro se había levantado y estaba ahora de pie delante de una lente Galáctica colocada sobre un pedestal. Contempló el brillo intenso de los sistemas estelares.
No había visto nunca una lente tan grande ni tan complicada.

-Es un extraterrólogo, sí -dijo Mandel-; pero no ha visitado jamás ninguno de los planetas en los que es experto, ni lo hará jamás. En treinta años, no se ha alejado nunca más allá de unas pocas millas de esta habitación.

Ryger rió.

Mandel se puso furioso.

-Pueden encontrarlo divertido, pero les agradecería que tuvieran cuidado con lo que dicen cuando vuelva el doctor Urth.

Urth entró furtivamente un momento después.

-Les ruego que me perdonen, señores -dijo en un susurro-. Y ahora estudiaremos nuestro problema. ¿Alguno de ustedes quiere hacer alguna confesión?...

Los labios de Talliaferro se estiraron con acritud. Este extraterrólogo gordinflón y recluido en su aislamiento voluntario no impresionaba lo bastante como para obligar a nadie a confesar. Afortunadamente, no iban a necesitarlo para nada.

-Doctor Urth, ¿tiene usted alguna relación con la policía? -preguntó Talliaferro.

Una cierta confusión pareció invadir el rubicundo rostro de Urth.

-No tengo un contacto oficial, doctor Talliaferro, pero mis relaciones extraoficiales son efectivamente muy buenas.

-En ese caso, le daré cierta información que puede transmitir a la policía.

Urth metió la barriga para dentro y se sacó a tirones el faldón de la camisa. Una vez fuera, se limpió con él las gafas lentamente. Al terminar, una vez se las hubo instalado como pudo sobre su escasa nariz, dijo:

-¿De qué se trata?

-Le diré quién estaba presente cuando murió Villiers y quién destruyó la memoria.

-¿Ha resuelto usted el caso?

-He estado dándole vueltas todo el día. Creo que lo he resuelto -Talliaferro estaba disfrutando con la expectación que había creado.

-¿Y bien?

Talliaferro respiró profundamente. No le iba a resultar fácil esto, aunque lo había estado planeando durante horas.

-El culpable -dijo-, evidentemente, es el doctor Hubert Mandel.

Mandel miró a Talliaferro con repentina indignación, con la respiración entrecortada.

-Mire usted -empezó en voz alta-, si tiene algún fundamento...

La voz de tenor de Urth se elevó ante la interrupción:

-Déjele hablar, Hubert, escuchémosle. Usted sospecha de él y no existe ninguna ley que le prohíba a él sospechar de usted.

Mandel guardó un furioso silencio.

Talliaferro, sin dejar que su voz vacilara, prosiguió:

-Es más que una simple sospecha, doctor Urth. La prueba no ofrece dudas. Cuatro de nosotros estábamos enterados de la transferencia de masas, pero tan sólo uno,
el doctor Mandel, había presenciado una demostración. El sabía que era una realidad. Sabía que existía una memoria sobre ese tema. Nosotros tres sólo sabíamos que Villiers estaba más o menos desequilibrado. Claro que también pudimos pensar que a lo mejor era cierto. Le visitamos a las once, creo, sólo para ver qué había de cierto en todo esto, aunque ninguno de nosotros lo llegara a decir, pero él se mostró más perturbado que nunca. Considere ahora todo lo que sabia el doctor Mandel y los motivos que podría tener. Y ahora, doctor Urth, imagine algo más. Quienquiera que sea el que se enfrentó con Villiers a media noche y le vio derrumbarse y destruyó sus papeles (dejémosle en el anonimato por el momento), debió de sentirse terriblemente sorprendido al ver que Villiers volvía realmente a la vida y tuvo que oírle hablar por teléfono. Nuestro criminal, preso del pánico del momento, sólo pensó en una cosa: deshacerse de la única prueba material que podía demostrar su culpabilidad. Tenía que deshacerse de la película del documento aún sin revelar, y tenía que hacerlo de modo que no pudieran descubrirle, para poderla coger de nuevo cuando se viera libre de sospecha. El antepecho exterior de la ventana era ideal. Abrió rápidamente la ventana de Villiers, colocó el trozo de película en el exterior, y se marchó. Así, aun cuando Villiers sobreviviera o surtiera efecto su llamada, sería simplemente la palabra de Villiers contra la suya, y resultaría fácil probar que Villiers estaba desequilibrado.

Talliaferro se detuvo algo así como con gesto triunfal. Sus argumentos serían irrefutables.

Wendell Urth parpadeó y movió los pulgares con las manos entrelazadas, y comenzó a golpearse con ellos el amplio frente de su pechera.

-¿Y qué sentido tiene todo eso? -preguntó.

-El sentido está en que abrieron la ventana y dejaron la película expuesta al aire libre. Ahora bien, Ryger ha vivido durante diez años en Ceres, Kaunas en Mercurio, y yo en la Luna... quitando los cortos permisos, que han sido escasos más bien. Ayer comentamos varias veces entre nosotros la dificultad de aclimatarnos a la Tierra. Los mundos donde trabajamos son todos cuerpos celestes que carecen de aire. Nunca salimos al exterior sin un traje espacial. Exponernos al exterior es algo inconcebible. Ninguno de nosotros podría haber abierto. la ventana sin sostener antes una dura lucha interior. El doctor Mandel, sin embargo, ha vivido únicamente en la Tierra. Para él, abrir una ventana es sólo cuestión de un pequeño esfuerzo muscular. El podía hacerlo. Nosotros, no. Ergo, él lo hizo.

Talliaferro se sentó y esbozó una ligera sonrisa.

-¡Espacio!, ¡eso es! -exclamó Ryger con entusiasmo.

Ni mucho menos -rugió Mandel medio incorporándose, como si tratara de lanzarse contra Talliaferro-. Niego toda esa miserable maquinación. ¿Qué me dice de la grabación que tengo de la llamada telefónica de Villiers? Empleó la palabra condiscípulo. La cinta entera demuestra bien claramente...

-Era un hombre moribundo --dijo Talliaferro. Usted admitió que gran parte de lo que dijo resultaba incomprensible. Le apuesto a usted, doctor Mandel, sin haber oído la grabación, a que la voz de Villiers aparece distorsionada y casi irreconocible.

-Bueno... --empezó Mandel desconcertado.

-Estoy seguro de que es así. No hay razón, pues, para suponer que usted no ha falsificado la grabación de antemano, incluida la maldita palabra condiscípulo.

-¡Santo cielo!, ¿cómo iba yo a saber que tenía condiscípulos en la Convención? ¿Cómo iba yo a saber si estaban enterados o no de la transferencia de masas?

-Villiers pudo habérselo dicho. Supongo que lo hizo.

-Ahora escuchen --dijo Mande!-, ustedes tres vieron a Villiers vivo a las once. El médico forense, tras reconocer el cuerpo de Villiers poco después de las tres de la madrugada, declaró que llevaba muerto al menos dos horas. Eso es seguro. Así que el momento de la muerte se produjo entre las once de la noche y la una de la madrugada. La pasada noche estuve en una conferencia que se prolongó hasta tarde. Entre las diez y las dos, puedo probar que estuve a varias millas del hotel por docenas de testigos, de ninguno de los cuales puede dudar absolutamente nadie. ¿Les basta con eso?

Talliaferro guardó silencio durante un momento. Luego prosíguió con terquedad:

-Aun así. Supongamos que hubiera regresado al hotel hacia las dos y media. Usted fue a la habitación de Villiers para discutir su conferencia. Encontró la puerta

abierta o tenía un duplicado de la llave. Sea como sea, usted lo encontró muerto. Aprovechó la oportunidad para destruir el documento...

-Y si ya estaba muerto, y no podía hacer llamadas telefónicas, ¿por qué había de esconder yo la película?

-Para evitar sospechas. Puede que tenga usted una segunda copia de la película en su poder. Respecto a eso, sólo tenemos su palabra de que el documento se ha destruido.

-¡Basta! ¡Basta! -exclamó Urth-. Es una interesante hipótesis, doctor Talliaferro, pero se cae por su propio peso.

Talliaferro frunció el ceño.

-Puede que sea esa su opinión...

-Sería la opinión de cualquiera. Cualquiera, desde luego, dotado de la capacidad humana de pensar. ¿No ve usted que Hubert Mandel ha hecho demasiado para ser el criminal?

-No -contestó Talliaferro.

Wendel Urth sonrió con benevolencia.

-Como científico, doctor Talliaferro, sabe sin duda que antes de encariñarnos con nuestras propias teorías, debemos atenernos a los hechos o al razonamiento. Hágame el favor de comportarse de la misma manera que un detective. En caso de que el doctor Mandel hubiera provocado la muerte de Villiers y se hubiera preparado una coartada, o si hubiera encontrado a Villiers muerto y se hubiera aprovechado de ello, considere lo poco que habría tenido que hacer. ¿Por qué destruir el documento o pretender que lo ha hecho alguien? Podía haberse limitado a apoderarse de la memoria. ¿Quién más tenía noticia de su existencia? Nadie en realidad. No había razón alguna para pensar que Villiers hubiera hablado de ello con nadie más. Villiers era patológicamente reservado. Todo hacía suponer que no se lo había contado a nadie. Nadie sabía que Villiers iba a dar una conferencia, excepto el doctor Mandel. No estaba anunciada. No se había publicado ningún resumen. El doctor Mandel pudo haberse llevado el documento con toda tranquilidad. Aun cuando hubiese averiguado que Villiers había hablado del asunto con sus compañeros, ¿qué? ¿Qué prueba tendrían sus compañeros, salvo la palabra de uno a quien ellos calificaban de loco? En cambio, al anunciar que el documento de Villiers había sido destruido, al declarar que su muerte no era completamente natural, al buscar la copia destruida de la película... en fin, habiendo hecho todo lo que ha hecho el doctor Mandel, ha levantado una sospecha que únicamente él podía levantar, cuando sólo necesitaba permanecer callado para cometer el crimen perfecto. Si fuese él el criminal, sería el hombre más estúpido y más cerrado de mollera que yo he conocido jamás. Y en fin, el doctor Mandel no es nada de eso.

Talliaferro meditó febrilmente, pero no encontró nada que decir.

-Entonces, ¿quién ha sido? -inquirió Ryger.

-Uno de ustedes tres. Eso es evidente.

-¿Pero cuál?

-Bueno, eso está claro también. Me di cuenta de quién era el culpable de ustedes tres en cuanto el doctor Mandel terminó su descripción de los hechos.

Talliaferro miró con disgusto al extraterrólogo gordinflón. Aquella fanfarronada no le asustaba, pero estaba impresionando a los otros dos. Ryger tenía los labios hacia fuera y la mandíbula inferior de Kaunas colgaba floja dándole una expresión estúpida. Los dos parecían idiotizados.

-¿Quién fue, entonces? Díganoslo -dijo.

Urth parpadeó.

-Primero quiero dejar bien sentado que lo importante aquí es la transferencia de masas. Aún se puede recobrar.

Mandel, que estaba aún enfadado, dijo de mal talante:

-¿De qué demonios está usted hablando, Urth?

-El hombre que destruyó el documento miró probablemente lo que estaba destruyendo. Dudo que tuviera tiempo o la presencia de ánimo para leerlo; y si lo hizo, dudo que lo pudiera recordar... conscientemente. Sin embargo, tenemos la psicoprueba. Si llegó a echarle una mirada al documento, aún podría sacarse algo de lo que quedó en su retina.

Hubo un movimiento de inquietud.

-No hay que asustarse de la psicoprueba -dijo Urth inmediatamente-. No pasa nada si se utiliza como es debido, sobre todo sí el sujeto se somete voluntariamente. El daño lo causa generalmente una innecesaria resistencia, y entonces produce una especie de desgarro mental. Por tanto, si el culpable confesara voluntariamente y
se pusiera en mis manos...

Talliaferro soltó una carcajada. El ruido repentino resonó bruscamente en la sosegada penumbra de la habitación. La psicología era muy clara y natural.

Wendell Urth pareció sentirse casi desconcertado ante esa reacción y miró gravemente a Talliaferro por encima de las gafas.

-Tengo la suficiente influencia con la policía como para mantener enteramente en secreto el sondeo.

-Yo no lo hice -exclamó Ryger furioso.

Kaunas negó con la cabeza.

Talliaferro no se dignó a contestar.

-Entonces tendré que decir yo quién es el culpable -suspiró Urth-. Será como un trauma. Eso hará las cosas más difíciles -se apretó más la barriga con las manos, y sus dedos se crisparon-. El doctor Talliaferro ha sugerido que la película fue escondida en la parte exterior del antepecho de la ventana para que no la descubrieran ni se estropeara. Estoy de acuerdo con él.

-Gracias -dijo Talliaferro secamente.

-Sin embargo, ¿por qué iba a pensar nadie que el exterior del antepecho de una ventana era un sitio especialmente seguro? La policía miraría allí sin duda. Incluso
la han encontrado en ausencia de la policía. ¿Quién tendería a considerar cualquier parte exterior de un edificio como lugar especialmente seguro? Evidentemente,
cualquier persona que haya vivido mucho tiempo en un mundo sin atmósfera y le hubieran inculcado que nadie sale de un lugar cerrado sin tomar minuciosas precauciones. Para el que está en la Luna, por ejemplo, cualquier cosa que estuviese oculta en el exterior de la Cúpula Lunar podría considerarse relativamente a salvo. Los hombres se arriesgan a salir rara vez, y sólo por algún
motivo concreto. Así que pudo superar el esfuerzo de abrir una ventana exponiéndose a lo que él consideraba subconscientemente el vacío, a fin de conseguir un escondite seguro. La siguiente reflexión: El exterior de una
estructura habitada es un lugar seguro, resolvería el problema.

-¿Por qué alude usted a la Luna, doctor Urth? -dijo Talliaferro con los dientes apretados.

-Es sólo un ejemplo -dijo Urth suavemente-. Lo que he dicho hasta ahora se puede aplicar a los tres. Pero ahora viene el punto crucial, que es cuando muere la noche.

Talliaferro frunció el ceño.

-¿Se refiere a la noche en que murió Villiers?

-Me refiero a una noche cualquiera. Escuchen, aun concediendo que el exterior del antepecho de una ventana fuera un escondite seguro, ¿quién de ustedes sería lo bastante tonto de considerarlo un lugar apropiado para un trozo de película sin revelar? La película del registrador no es muy sensible, desde luego, y está hecha para que se pueda revelar bajo toda clase de circunstancias adversas. La difusa iluminación nocturna no le afectaría seriamente, pero la luz del amanecer la estropearía en pocos minutos, y la luz directa del sol la destruiría inmediatamente. Todo el mundo sabe eso.

-Diga, Urth -dijo Mandel-. ¿Adónde conduce eso?

-Está tratando de meterme prisa -dijo Urth molesto-. Quiero que comprendan claramente esto. El criminal quería, por encima de todo, poner la película a salvo.
Era su único testimonio de algo de supremo valor para él y para el mundo. ¿Por qué iba a ponerlo en un lugar donde se estropearía inevitablemente con el sol de la mañana? Sólo porque no esperaba que amaneciera nunca. Pensaba que la noche, por así decir, era inmortal. Pero las noches no son inmortales. En la Tierra mueren y dejan paso al día. Incluso la noche polar de seis meses acaba por morir. Las noches de Ceres sólo duran

dos horas; las noches de la Luna duran dos semanas. También acaban por morir esas noches, y los doctores Talliaferro y Ryger saben que infaliblemente amanecerá.

-Pero, espere... -dijo Kaunas levantándose.

Wendell Urth se encaró con él.

-Ya no hay necesidad de esperar más, doctor Kaunas. Mercurio es el único cuerpo celeste del sistema solar que sólo ofrece una cara al sol. Aun contando su movimiento oscilatorio de libración, las tres octavas partes de su superficie constituyen la cara completamente oscura y nunca ven el sol. Su Observatorio Polar está en el límite de la cara oscura. Durante diez años, usted se ha acostumbrado al hecho de que las noches son interminables, de que aquella parte de la superficie que está en la oscuridad sigue así eternamente; y por eso usted confió la película sin revelar a la noche de la Tierra, olvidando con la excitación que las noches tienen que morir...

Kaunas dio un paso.

-Espere...

Urth era inexorable:

-Tengo entendido que cuando Mandel ajustó el polarizador de la ventana de la habitación de Villiers, usted gritó al ver la luz del sol. ¿Fue a causa de su inculcado miedo al sol de Mercurio, o fue al comprender de repente lo que la luz del sol significaba para sus planes? Usted echó a correr hacia la ventana. ¿Fue para ajustar el polarizador, o para ver la película estropeada?

Kaunas cayó de rodillas.

-No tenía intención de hacerlo. Quería hablar con él. Sólo hablar con él, y él gritó y se derrumbó. Pensé que estaba muerto y que el documento estaba bajo su almohada, y todo sucedió inevitablemente. Una cosa desencadenó la otra, y cuando quise darme cuenta no podía ya librarme de ello. Pero no era mi intención. Lo juro.

Habían formado un semicírculo a su alrededor, y Wendell Urth contempló la implorante figura de Kaunas con ojos piadosos.

Llegó la ambulancia y se fue. Talliaferro, finalmente, se armó de valor y le dijo severamente a Mandel:

-Espero, señor, que no guardará rencor por nada de lo que se ha dicho aquí.

-Creo que es mejor que todos olvidemos en lo posible lo que ha ocurrido durante las últimas veinticuatro horas -respondió Mandel con idéntica gravedad.

Estaban de pie en el umbral, a punto de marcharse;

Wendel Urth agachó su sonriente cabeza y dijo:

-Debo recordarles a ustedes mis honorarios.

Mandel le miró con expresión atónita.

-No quiero dinero -dijo Urth inmediatamente-. Pero cuando se haya construido el primer dispositivo de transferencia de masas para seres humanos, quiero que me preparen inmediatamente un viaje a mí.

-Espere, espere -Mandel seguía con la expresión de ansiedad-. La transferencia de masas tardará mucho en hacerse a través de los espacios exteriores.

Urth. negó vivamente con la cabeza.

-No me refiero al espacio exterior. Ni hablar. Adonde a mí me gustaría viajar es a Lower Falls, New Hampshire.

-De acuerdo. Pero, ¿por qué?

Urth alzó la vista. Con gran sorpresa por parte de Talliaferro, en el rostro del extraterrólogo se reflejaron igualmente la timidez y la ansiedad.

-Una vez, hace mucho tiempo -dijo Urth-, conocí allí a una joven. Han pasado muchos años... pero a veces me pregunto...

EPILOGO

Algunos lectores se habrán dado cuenta de que este relato, publicado por primera vez en 1956, ha sido superado por los acontecimientos. En 1965, los astrónomos descubrieron que Mercurio no mantiene siempre una misma cara hacia el Sol, sino que tiene un período de rotación de unos cincuenta y cuatro días, de modo que todas las partes se ven expuestas a la luz del Sol más tarde o más temprano.
Bueno, ¿y qué puedo hacer sino decir que me gustaría que los astrónomos pusieran, para empezar, las cosas claras?
Y, desde luego, me niego a cambiar el relato para satisfacer sus caprichos.

PATÊ DE FOIE-GRAS[5]

[5] Título original: «Páté de Foie-Gras»

PROLOGO

Este otro no es estrictamente un relato policíaco, ni aun un relato en la acepción general de la palabra. No sé cómo calificarlo, a no ser quizá como una sátira bien intencionada de la investigación científica.
Recibí más cartas después de su publicación que con ningún otro relato de la misma longitud. Un recuerdo especialmente agradable es el de haber recibido la llamada telefónica de un hombre que hablaba con fuerte acento centroeuropeo. Dijo que se encontraba en Boston para asistir a un congreso y quería darme las gracias por el placer que le había proporcionado «Páté de Foie-, Gras», que tan divertida y eficazmente, y con conocimiento de causa, hostigaba a la ciencia.
Intenté saber su nombre, pero no quiso dármelo. Temía, sospecho yo, que pudiera sufrir su reputación si se descubría que era un lector aficionado a la ciencia ficción. Si está leyendo secretamente este libro y se da por aludido, me gustaría asegurarle que tiene muchos compañeros y que puede desprenderse de ese evidente disimulo. ¡De veras!

.

No les podría decir mi verdadero nombre aunque quisiera, y dadas las circunstancias, no lo deseo.

No soy buen escritor, así que he hecho que Isaac Asimov escriba esto en mi lugar. Le he elegido a el por varias razones. Primero, porque es un bioquímico y puede comprender lo que digo; en parte al menos. Segundo, porque sabe escribir; al menos ha publicado bastantes relatos, lo cual puede que no signifique lo mismo, naturalmente.

No fui yo la primera persona en tener el honor de conocer a la Oca. Ese honor le corresponde a un cosechero de algodón de Texas, llamado Jan Angus MacGregor, que era su dueño antes de que pasara a ser propiedad del Gobierno.

Hacia el verano de 1955 había mandado una docena de cartas al Ministerio de Agricultura pidiendo una información sobre la incubación de huevos de oca. El Ministerio le envió todos los folletos disponibles que trataban esa cuestión, pero sus cartas se fueron haciendo cada vez más exigentes y aumentaban las referencias a su «amigo» el representante local en el Congreso.

Mi relación con este asunto radica en que estoy empleado en el Ministerio de Agricultura. Puesto que iba a asistir a un congreso en San Antonio en Julio de 1955, mi jefe me pidió que me detuviera en la finca de MacGregor y viera en que podía ayudarle. Estamos al servicio del público y además habíamos recibido, por fin, una carta del congresista amigo de MacGregor
El 17 de julio de 1955 vi por primera vez a la Oca. Primero conocí a MacGregor. Tenía unos cincuenta y tantos años, era un hombre alto, de rostro arrugado y lleno de desconfianza. Repase toda la información que se le había proporcionado; luego le pregunte cortésmente si podía ver sus gansos.

-No son gansos, señor -replico-; es una oca.

-¿Puedo ver esa oca? -pregunte.

-Lo siento, pero no.

-Bueno, pues no le puedo ayudar más. Si no se trata mas que de una oca, entonces quiere decirse que las cosas van mal. ¿A que preocuparse por una oca? Cómasela.

Me levante y cogí el sombrero.

-¡Espere! -dijo, y me quede donde estaba mientras el apretaba los labios y arrugaba loa ojos luchando en silencio consiga mismo-. Venga conmigo.

Salí con el a un corral cercano a la casa, rodeado de alambre de espino, con una verja con cerradura, en donde guardaba su oca: la Oca.

-Esta es la Oca -dijo.

Por la forma en que lo dijo pude entender hasta las letras mayúsculas.

La mire. Parecía una oca corriente, gorda, satisfecha de si misma e irascible.

-Y aquí tiene uno de sus huevos -dijo MacGregor-. Lo he tenido en la incubadora. Esta igual que estaba -se lo sacó de un amplio bolsillo de su mono de trabajo. Hacía un esfuerzo extraño, como si le costara sostenerlo.

Fruncí el ceño. Había algo raro en este huevo. Era más pequeño y más esférico de lo normal.

-Cójalo -dijo MacGregor.

Alargue la mano y lo cogí. O intente cogerlo. Le calcule un peso que tendría un huevo normal como este, y se quedo donde estaba. Tuve que hacer más fuerza, y entonces lo levante.

Ahora comprendía la extraña manera de sostenerlo de MacGregor. Pesaba casi un kilo.

Lo contemple mientras lo sostenía, presionando la palma de mi mano MacGregor sonrió con acritud.

-Déjelo caer -dijo.

Me limite a mirarle, así que el me lo quito de la mano y lo dejo caer al suelo.
Produjo un ruido líquido. No se rompió. No hubo derramamiento de clara y de yema. Se quedo tal como había caído, con la parte inferior hundida hacia dentro.

Lo cogí de nuevo. La cáscara blanca estaba rota por donde el huevo había recibido el golpe. Se habían desprendido varios trozos de cáscara y lo que brillaba dentro tenia un apagado color amarillo.

Me temblaban las manos. No podía haber que mis dedos se movieran, pero le quite unos trozos más de cáscara, y contemple lo amarillo.

No tenía necesidad de haber ningún análisis. Me lo decía el corazón.

¡Ante mi tenia a la mismísima oca!

¡A la Oca de los Huevos de Oro! Mi primer problema era lograr que MacGregor se desprendiera de ere huevo de oro. Casi me sentía histérico por ese motivo.

-Le daré un recibo -dije-. Le garantizo que se le pagara. Haré lo que sea razonable.

-No quiero que el Gobierno se meta en esto -dijo tercamente.

Pero yo era el doble de terco, y al final le firmé un recibo; luego me acompaño hasta el coche y estuvo en la carretera siguiéndome con la vista mientras yo me alejaba.

Mi jefe de sección en el Ministerio de Agricultura es Louis P. Bronstein. El y yo estamos en buenas relaciones, y sabía que podía explicarle las cosas sin que me tomara por un chiflado. Aun así no quise correr riesgos. Tenía el huevo en mi poder, y cuando llegué a la parte peliaguda del relato me limité a depositarlo sobre la mesa del despacho que había entre el y yo.

-Se trata de un metal amarillo y podría ser latón -dije-, solo que no lo es porque no reacciona al ácido nítrico.

-Debe de ser alguna especie de broma. No es posible otra cosa -dijo Bronstein.

-¿Una broma en la que se utiliza oro auténtico? Recuerde que cuando vi esto por primera vez, estaba cubierto por completo de una autentica cáscara de huevo intacta. Ha sido fácil analizar un trozo de la cáscara: no es más que carbonato cálcico.

Había empezado el Provecto Oca. Eso fue el 28 de Julio de 1955.

Para empezar yo fui el investigador responsable y permanecí todo el tiempo como encargado titular, aunque el caso no tardo en desbordar mi cometido.

Comenzamos con un huevo. Su radio medio era de 35 milímetros (eje mayor de 77 mm y eje menor de 68 mm). La cáscara de oro tenía 2.45 mm de espesor. Al estudiar más tarde otros huevos descubrimos que este espesor era mayor de lo corriente. El espesor medio resultó ser de 2.10 mm.

Dentro había huevo. Tenía todo el aspecto de un huevo y olía a huevo.

Analizamos las partes proporcionales, y sus componentes orgánicos resultaron ser bastante normales. La clara era albúmina en un 97%. La yema tenía los componentes normales como vitelina, colesterol, fosfolípido y carotenoide. No teníamos el material suficiente para comprobar si existían vestigios de otros elementos; pero más tarde, con más huevos a nuestra disposición, lo hicimos y no apareció nada anormal en lo que se refiere al contenido de vitaminas, coenzimas, nucleótidos, grupos sulfidril, etc.

Una importante anomalía que descubrimos enseguida fue el comportamiento del huevo al calentarlo. Una pequeña porción de la yema «endureció» casi inmediatamente. Le dimos un trozo de huevo duro un ratón. Este sobrevivió.

Yo probé otro trocito. En realidad, la cantidad era demasiada pequeña para notar el sabor, pero me produjo náuseas. Estoy seguro de que fue aprensión.

Boris W. Finley, del Departamento de Bioquímica de la Universidad de Temple - asesor del Ministerio -, revisó estas pruebas.

-La facilidad con que se alteran las proteínas del huevo con el calor -dijo refiriéndose al huevo duro- indica una desnaturalización parcial en primer lugar; además, considerando la naturaleza de la cáscara, la razón evidente debe atribuirse a una contaminación de metal pesado.

Así que analizamos una porción de la yema para buscar posibles componentes inorgánicos, y descubrimos que contenía una elevada proporción de iones de cloraurato, que son iones de una sola carga que contiene un átomo de oro y cuatro de cloro, cuyo símbolo es AuCl4 (el símbolo Au del oro se deriva de la palabra latina aurum, oro). Cuando digo que el contenido de iones de cloraurato era elevado quiero decir que era 3,2 por mil, o sea, el 0,32%. Esto es lo bastante elevado como para formar insolubles complejos de «proteínas de oro» que se coagularían fácilmente.

-Es evidente que este huevo no se puede incubar -dijo Finley-. Ni este ni ninguno como este. Esta envenenado de metal pesado. El oro puede ser más atractivo que el plomo, pero es igualmente venenoso para las proteínas.

-Al menos no corre peligro de pudrirse - comenté lúgubremente.

-Eso es cierto. Ningún bicho que se tenga en estima podría vivir en esa sopa clorauríferа.

Llego el análisis especto gráfico final del oro de la cáscara. Era prácticamente puro. La única impureza que se descubrió fue hierro, el cual suponía el 0,23% del total. El contenido de hierro de la yema resulto ser también el doble de lo normal. Por el momento, sin embargo, se dejó a un lado la cuestión del hierro.

Una semana después de iniciado el Proyecto Oca, se mandó una expedición a Texas. Se sumaron a ellos cinco bioquímicos -el interés se centraba aun en el aspecto bioquímico, como ven-, junto con tres camiones cargados de equipos y un escuadrón de personal del ejercito. Yo les acompañé también, naturalmente.

Tan pronto como llegamos, aislamos la granja de MacGregor del recto del mundo.

Debo decirles que fue un acierto la serie de medidas de seguridad que tomamos desde el primer momento. Nuestras razones de principio eran erróneas, pero los resultados fueron buenos.

El Ministerio quería que el Proyecto Oca se mantuviera en secreto, al principio, simplemente porque aún se tenía la idea de que podía ser una complicada broma; y de ser así, no podíamos arriesgarnos a que la prensa nos pusiera en ridículo. Y si no era una broma, no podíamos exponernos a que nos acosaran los periodistas, cosa que acabaría pasando con la dichosa historia de la oca de los huevos de oro.

Solo mucho después de comenzado el Proyecto Oca, mucho después de nuestra llegada a la granja de MacGregor, empezaron a vislumbrarse las verdaderas proporciones del problema.

Naturalmente, a MacGregor no le gusto que le instalaran por toda la finca el personal y el equipo. No le gusto que le dijeran que la Oca era propiedad del Gobierno. Ni le gusto tampoco que le confiscaran todos los huevos que tenía.

No le gusto, pero lo consintió... si puede llamarse consentir cuando se lleva a cabo la transacción mientras montan una ametralladora en el patio de la granja y diez hombres desfilan por delante a bayoneta calada, mientras prosigue la discusión.

Naturalmente, se le indemnizo. ¿Que representa el dinero para el Gobierno?

A la Oca no le gustaron tampoco unas cuantas cosas... por ejemplo, que le hicieran análisis de sangre. No nos atrevimos a anestesiarla por miedo a que se le alterara el metabolismo, así que cada vez que teníamos que hacerle uno, necesitábamos dos hombres para sujetarla. ¿Han intentado alguna vez sujetar a una oca furiosa?

La Oca fue puesta bajo una vigilancia de veinticuatro horas, con la amenaza de formarle consejo de guerra a todo aquel que permitiera que le pasara algo. Si alguno de los soldados aquellos lee este articulo, puede que tenga la repentina visión de lo que estaba sucediendo. Si es así, probablemente tendrá la sensatez de cerrar la boca y no hablar del asunto. Lo hará, si es que sabe lo que le conviene.

La sangre de la Oca fue sometida a todas las pruebas concebibles.

Contenía dos partes por cien mil (el 0,002%) de iones de cloraurato. La sangre tomada de la vena hepática era más rica que el resto, casi cuatro partes por cien mil.

Finley gruño:

-El hígado.

Le tomamos radiografías. En la placa, el hígado era una masa difusa de color gris claro, mas claro que el de las vísceras que le rodeaban, porque detenía más los rayos X, dado que contenía mas oro. Los vasos sanguíneos parecían más claros que el mismo hígado y los ovarios eran completamente blancos. Los rayos X no traspasaban en absoluto los ovarios.

La cosa tenia sentido y Finley expuso el problema, en un primer informe, de la manera mas clara que pudo. Mas o menos, el informe venia a decir lo siguiente:

El ion de cloraurato es sangrado por el hígado, incorporándose a la circulación sanguínea. Los ovarios actúan como una trampa para el ion, donde queda reducido a oro metálico y se sedimenta formando una cáscara alrededor del huevo en desarrollo. En el contenido del huevo en formación penetran concentraciones relativamente elevadas de cloraurato sin reducir.

No cabe duda de que la Oca aprovecha este proceso como un medio de librarse de los átomos de oro, que, de acumularse en su organismo, la envenenarían irremisiblemente. La excreción mediante la cáscara de huevo puede ser una novedad en el reino animal, incluso un caso único, pero no se puede negar que es lo que mantiene viva la Oca.

Desgraciadamente, sin embargo, se le esta envenenando el ovario hasta el punto de que el animal pone pocos huevos, probablemente los precisos para librarse del oro acumulado, y esos pocos huevos son sin duda alguna inincubables.

Eso es todo cuanto expuso por escrito, pero dirigiéndose a nosotros, añadió:

-Esto nos lleva a una pregunta particularmente embarazosa.

Yo sabía cual era. Todos lo sabíamos.

¿De donde procedía el oro?

Durante un tiempo no encontramos respuesta alguna, salvo unas cuantas preguntas negativas. No descubrimos oro en el alimento de la Oca, ni había por los alrededores piedrecillas que contuvieran oro, que hubiera podido tragarse. No había ni rastro de oro en el suelo de aquel sector, y los registros a que sometimos la casa y los terrenos no revelaron nada. No había monedas de oro, ni joyas, vajillas, relojes, ni nada de oro. Ni siquiera había nadie en la granja que tuviera una muela de oro.

Estaba el anillo de boda de la señora MacGregor, naturalmente, pero solo tuvo uno en su vida y lo llevaba puesto.

Entonces, ¿de donde procedía el oro?

La respuesta empezó a vislumbrarse el 16 de agosto de 1955.

Albert Nevis, de Purdus, le estaba introduciendo un tubo gástrico a la Oca -otro procedimiento al que el animal se oponía enérgicamente- con la idea de analizar el contenido de su aparato digestivo. Era una de nuestras búsquedas rutinarias de oro exógeno.
Encontró oro, pero solo rastros; y todas las razones hacían suponer que esos rastros habían acompañado a las secreciones digestivas y, por lo tanto, debían de ser de origen endógeno, es decir, interno.

Sin embargo, se descubrió algo más, o la ausencia de algo, al menos.

Entonces fue cuando entro Nevis en el despacho de Finley, en el alojamiento personal que habíamos levantado casi de la noche a la mañana cerca del corral.

-La Oca tiene un empobrecimiento de pigmento biliar. El contenido del duodeno carece casi por completo.

-La función del hígado debe de estar bloqueada por completo a causa de la concentración de oro. Probablemente no segrega bilis - dijo Finley frunciendo el ceño.

-Si segrega bilis -dijo Nevis-. Los ácidos biliares están presentes en cantidad normal. O casi normal. Son únicamente los pigmentos biliares los que faltan. He hecho un análisis fecal que lo confirma. No hay pigmentos biliares.

Permítanme que les explique algo al respecto. Los ácidos biliares son esteroides que el hígado segrega en la bilis, y los vierte por este conducto en el extremo superior del intestino delgado. Estos ácidos biliares son molecular parecidas a los detergentes, que ayudan a emulsionar las grasas de nuestra alimentación - o las de la Oca - y las distribuyen por todo el contenido acuoso del intestino en forma de gotas diminutas. Esta distribución, a homogenización, si lo prefieren, hace que resulte mar fácil digerir las grasas.

Los pigmentos biliares, las sustancias de que carecía la Oca, son algo completamente distinto. EL hígado los fabrica con hemoglobina, la proteína roja de la sangre que transportaba el Oxígeno. La hemoglobina, cansada, se rompe en el hígado y se separa la parte hemo. El hemo esta formado por una molécula cuadrada llamada porfirina, con un átomo de hierro en el centro. El hígado coge el hierro y lo almacena para usarlo más tarde; luego rompe la molécula cuadrada que queda. Esta porfirina rota es el pigmento biliar. Tiene un color marrón o verdoso -según los cambios químicos posteriores-, y se recoge en la bilis.

Los pigmentos biliares no son de utilidad para el cuerpo. Van a parar a la bilis como productos de desecho. Pasan a través de los intestinos y salen con las heces. De hecho, los pigmentos biliares son responsables del color de las heces.

A Finley empezaron a iluminársele los ojos.

-Parece como si el catabolismo de la porfirina -dijo Nevis- no siguiera su curso en el hígado. ¿No le parece a usted?

-Por supuesto que si. A mi también me lo parecía.

Se produjo una tremenda excitación. Esta era la primera anomalía del metabolismo no relacionada directamente con el oro que habíamos encontrado en La Oca.
Hicimos una biopsia del hígado (lo que significa que le practicamos un pequeño agujero cilíndrico a la Oca hasta el hígado). A la Oca le dolió, pero no le causo ningún perjuicio grave. Le tomamos también mas muestras de sangra.

Esta vez aislamos la hemoglobina de la sangre, así como pequeñas cantidades de citocromos, de muestras de nuestros propios hígados (los citocromos son enzimas oxidantes que contienen hemo). Separamos el hemo y, en una solución ácida, precipitó parcialmente en forma de una sustancia brillante de color anaranjado. Hacia el 22 de agosto de 1955, teníamos cinco microgramos de ese compuesto.

Esta sustancia anaranjada era parecida al hemo. Separamos el hemo y, en una solución puede aparecer en forma de un ion ferroso de doble carga (Fe++) o de un ion ferroso de triple carga (Fe+++); en este ultimo caso el compuesto se llama hematina (por cierto, ferroso y férrico provienen de la palabra latina ferrum, hierro).

El compuesto anaranjado que habíamos separado del hemo tenia la correcta proporción de porfirina de la molécula, pero el metal que había en el centro era oro; para ser exactos, tenia un ion áurico de triple carga (Au+++). Llamamos a este compuesto auremo, que es sencillamente la abreviación de hemo áurico.

El auremos era el primer compuesto orgánico que se descubría cuyo contenido estaba formado por oro producido naturalmente. En circunstancias normales, el hecho habría merecido los primeros titulares informativos en el mundo de la bioquímica. Pero ahora eso no significaba nada; absolutamente nada, en comparación con los mas amplios horizontes que abría su mera existencia.

Al parecer, el hígado no estaba rompiendo el hemo para formar pigmentos biliares. Al contrario, lo estaba convirtiendo en auremo; estaba sustituyendo el hierro por oro. El auremo, en equilibrio con el ion de cloraurato, en la corriente sanguínea y llegaba hasta los ovarios, en donde el oro se separaba, desprendiéndose de la porción de porfirina de la molécula mediante algún mecanismo todavía no identificado.

Posteriormente, los análisis mostraron que el 29% del oro contenido en la sangre de la Oca iba en el plasma en forma de iones de cloraurato. El 71% restante lo transportaban los corpúsculos rojos de la sangre en forma de auremoglobina. Se hizo un intento de administrarle a la Oca cantidades minúsculas de oro radiactivo pare captar la radiactividad en el plasma y en los corpúsculos, y ver la rapidez con que se sedimentaban las moléculas de auremoglobina en los ovarios. Nos parecía que la auremoglobina se depositaria mas lentamente que los Iones de cloraurato disuelto en el plasma.

Sin embargo, el experimento fracasó, ya que no detectamos radiactividad alguna. Lo achacamos a la inexperiencia, ya que ninguno de nosotros éramos expertos en isótopos, lo cual fue una lástima, ya que este resultado negativo era altamente significativo, y por no darnos cuenta de ello perdimos varias semanas.

La auremoglobina, naturalmente, no servia para transportar oxígeno, pero solo suponía un 0,1% de la hemoglobina total de las células rojas de la sangre; por tanto, no había interferencias con la respiración de la Oca.
Esto dejaba aún en pie la cuestión de la procedencia del oro; fue Nevis el que hizo por primera vez la sugerencia adecuada.

-Puede -dijo en una reunión que celebramos la noche del 25 de agosto de 1955- que la Oca no sustituya el hierro por oro. Quizás lo que hace es transformar el hierro en oro.

Antes de conocer a Nevis personalmente aquel verano, me era familiar a través de sus publicaciones -su especialidad es la química biliar y el funcionamiento del hígado-, y le había considerado siempre como una persona cautelosa, de ideas claras. Casi demasiado cauto. Ni por un instante se le podía considerar capaz de hacer una afirmación semejante, tan completamente ridícula.

Esto sólo demuestra la desesperación y la desmoralización que reinaba en el Proyecto Oca. La desesperación se debía al hecho de que no había ningún sitio, literalmente hablando, de donde pudiera proceder el oro. La Oca excretaba oro en un promedio de 38,9 gramos diarios y lo había estado haciendo durante un periodo de meses. Ese oro debía proceder de algún sitio y al fallar esto -al fallar por completo-, tenía que producirlo de lo que fuera.

La desmoralización que nos condujo a considerar la segunda variante era debida al simple hecho de que estábamos cara a cara con la Oca de los Huevos de Oro; con la mismísima Oca. Visto así cualquier cosa era posible. Todos nosotros estábamos viviendo en un mundo de cuento de hadas, y todos reaccionamos perdiendo el sentido de la realidad.

Finley consideró seriamente la posibilidad.

-En el hígado -dijo- entra hemoglobina y sale un poco de auremoglobina. La única impureza que contiene la cáscara de oro de los huevos es hierro. La yema solo es rica en dos cosas; en oro, por supuesto, y también, no se sabe como, en hierro. Todo esto parece tener una especie de sentido, pero espantosamente dislocado. Vamos a necesitar ayuda, muchachos.

Así fue, y eso significo una tercera etapa en la investigación. La primera etapa había consistido solamente en mi primera intervención. La segunda fue la intervención del grupo de bioquímicos. La tercera, la mayor, la más importante de todas, supuso una invasión de físicos nucleares.

El 5 de septiembre de 1955 llego John L. Billings, de la Universidad de California. Traía consigo un reducido equipo que se incremento durante las semanas subsiguientes. Se pusieron a levantar más barracones provisionales. Estaba viendo que al cabo de un año íbamos a tener todo un instituto de investigación construido alrededor de la Oca.

Billings se unió a nuestra conferencia la noche del 5.

Finley le puso al corriente, y dijo:

-Existen numerosos y graves problemas relacionados con la idea de la transformación del hierro en oro. Por una parte, la cantidad total del hierro en la Oca solo puede ser del orden del medio gramo; sin embargo, elabora diariamente casi cuarenta gramos de oro.
Billings, que poseía una voz alta y clara, dijo:

-Existe un problema aún mas grave. El hierro se encuentra casi en lo mas bajo de la escala de pérdida de masa. El oro esta muy por encima. Convertir un gramo de hierro en un gramo de oro consume casi la misma energía que la producida con la fisión de un gramo de U-235.

-Le dejo a usted ese problema -dijo Finley encogiéndose de hombros.

-Déjeme pensarlo -repuso Billings.

Hizo algo mas que pensarlo. Una de las cosas que llevo a cabo fue aislar muestras frescas de hemo de la Oca, reducirlas a cenizas y enviar el oxido de hierro a Brookhaven para que le hicieran un análisis isotópico. No había una razón especial para hacer eso. Era simplemente una mas entre las muchas investigaciones individuales, pero fue la que dio resultado. Cuando llegaron las cifras, Billings se atragantó al verlas.

-Aquí no hay Fe56 - dijo.

-¿Que me dice de los otros isótopos? -preguntó Finley inmediatamente.

-Están todos -contesto Billings- en las proporciones relativas adecuadas, pero no se encuentra el Fe56.

Tengo que dar explicaciones otra vez: el hierro, tal como se encuentra en su estado natural, esta compuesto de cuatro isótopos diferentes. Estos isótopos son variedades de átomos que difieren unos de otros en el peso atómico. Los átomos de hierro con un peso atómico de 56, o Fe56, constituyen el 91,6% de todos los átomos de hierro. Los demás átomos tienen pesos de 54, 57 y 58.

El hierro procedente del hemo de la Oca estaba constituido solo de Fe54, Fe57 y Fe58. La consecuencia era evidente. El Fe56 estaba desapareciendo mientras que los otros isótopos no. Y esto significaba que se estaba produciendo una reacción nuclear. Una reacción nuclear podía tomar un isótopo y dejar los otros. Una reacción química corriente, cualquiera que fuese, tendría que distribuir todos los isótopos mas o menos de la misma manera.

-Pero eso es energéticamente imposible -dijo Finley.

Lo dijo en broma, pensando en la observación inicial de Billings. Como bioquímicos, sabíamos de sobra que en el cuerpo se producen muchas reacciones que requieren una cantidad de energía, y que esto se soluciona acoplando la reacción que necesita la energía a una reacción que la produce.

Las reacciones químicas desprenden o absorben una pocas kilocalorías por Mol. En cambio, las reacciones nucleares desprenden o absorben millones. Así que para proporcionar energía a una reacción nuclear se requería la presencia de una segunda reacción nuclear productora.

Estuvimos dos días sin ver a Billings. Cuando volvió, fue para decir:
-Vean. La reacción productora de energía debe producir, por cada nucleón que intervenga, exactamente la misma cantidad de energía que vaya a utilizar la reacción consumidora. Si la energía producida fuese ligeramente escasa, entonces la reacción total no se realizaría. Y si produjera tan solo un poco más, entonces, considerando el numero astronómico de nucleones que intervienen en una reacción, el exceso de energía producida volatilizaría a la Oca en cuestión de un segundo.

-¿Entonces? -pregunto Finley.

-Entonces, el número de reacciones posibles es muy limitado. Solo he podido encontrar un sistema aceptable. El Oxígeno-18, si se convirtiera en Hierro-56, produciría

suficiente energía para transformar el Hierro-56 en Oro-197. Es como bajar una pendiente de una montaña rusa y luego subir la otra. Tendremos que comprobar esto.

-¿Como?

-Para empezar, analizaremos la composición isotópica del Oxígeno de la Oca.

El Oxígeno esta compuesto por tres isótopos estables, casi todo O16. El O18 constituye solo un átomo de Oxígeno por cada 250.

Tomamos otra muestra de sangre. Destilamos en el vacío el agua que contenía y la sometimos al espectrógrafo de masas. Contenía O18, pero solo un átomo de Oxígeno por cada 1300. El 80 por ciento de O18 que esperábamos encontrar no estaba.

-Eso constituye una prueba concluyente -dijo Billings-. Consume Oxígeno-18. A la Oca se le suministra constantemente O18 con la comida y el agua, pero lo consume por completo. Produce Oro-197. El Hierro-56 es un intermediario y, puesto que la reacción que consume el Hierro-56 es más rápida que la que lo produce, no tiene oportunidad de alcanzar una concentración importante y el análisis isotópico revela su ausencia.

No estábamos satisfechos, así que lo intentamos de nuevo. Tuvimos a la Oca a base de agua enriquecida con O18 durante una semana. La producción de oro aumento casi inmediatamente. Al final de la semana producía 45,8 gramos, mientras que el contenido de O18 del agua de su cuerpo seguía siendo el de antes.

-No hay duda al respecto -dijo Billings. Dio un golpe con el lápiz y se puso en pie-. Esa Oca es un reactor nuclear viviente.

La Oca constituía evidentemente una mutación. Una mutación suponía la existencia de radiación, entre otras cosas, y la radiación hacia pensar en las pruebas nucleares realizadas en 1952 y 1953 a varios cientos de millas del emplazamiento de la granja de MacGregor.

Dudo que en ningún momento de la historia de la Era Atómica se haya analizado tan completamente la radiación ambiente y se haya cribado con tanta insistencia el contenido radiactivo del suelo.

Se estudiaron los informes anteriores. No importaban lo secretos que fueran. Por entonces, el Proyecto Oca había obtenido la más alta prioridad que jamás haya existido. Incluso se analizaron los informes meteorológicos para poder seguir la dirección de los vientos durante la época de las pruebas nucleares.

Se descubrieron dos cosas:

Primero: la radiación ambiente en la granja era un poquito mas alta de lo normal. Me apresuro a añadir que ese poco de ningún modo podía resultar perjudicial. Había indicios, sin embargo, de que en la época del nacimiento de la Oca, La granja había estado bajo la influencia de las ultimas ramificaciones de, por lo menos, dos lluvias radiactivas. Nada realmente perjudicial, me apresuro a añadir otra vez.

Segundo: la Oca era la única entre todos los gansos de la granja y, de hecho, el único de entre todos los seres vivos de la granja que pudimos analizar, incluidas las personas, que demostró no poseer radiactividad alguna. O lo diré de otra manera: en todas las cosas se encuentran vestigios de radiactividad; es lo que se llama radiactividad ambiente. Pero en la Oca no encontramos ninguno.

Finley envió un informe el 6 de diciembre de 1955, en el que decía mas o menos lo que sigue:

La Oca es una mutación de lo mas extraordinario, originada por un ambiente de alto nivel radiactivo, el cual suele facilitar en seguida las mutaciones en general, a hizo que esta en particular resultara beneficiosa.

La Oca tiene sistemas de enzimas capaces de catalizar varias reacciones nucleares. No se sabe si el sistema de enzimas consiste en una enzima o mas de una. No se sabe nada sobre la naturaleza de las enzimas en cuestión. Tampoco podemos adelantar ninguna teoría sobre como una enzima puede catalizar urea reacción nuclear, ya que esto supone interacciones particulares con fuerza de magnitud cinco veces mas elevadas que las que ocurren en las reacciones químicas ordinarias comúnmente catalizadas por las enzimas.

El cambio nuclear total es de Oxígeno-18 a Oro-197. El Oxígeno-18 es muy abundante en el ambiente, esta presente en considerable cantidad en el agua y en todos los alimentos orgánicos. El Oro-197 es expulsado a través de los ovarios. Un elemento conocido intermedio es el Hierro-56, y el hecho de que la auremoglobina se forme durante el proceso nos lleva a sospechar que la enzima o enzimas que intervienen en dicho proceso pueden tener hemo como grupo prostético.

Se han dedicado serios estudios al valor que este cambio nuclear total pueda tener en la Oca. El Oxígeno-18 no le es perjudicial y le resulta difícil desprenderse del Oro-197, que es potencialmente venenoso y causa de su esterilidad. Su formación puede ser posiblemente un medio de evitar un daño mayor. Este daño...

Si se limitan a leerlo en el informe, amigos míos, tienen la impresión de que todo se desarrollaba en un ambiente tranquilo, casi de meditación. En realidad, nunca había visto a un hombre que estuviera tan cerca de la apoplejía y sobreviviera, como Billings cuando tuvo delante nuestros experimentos sobre el oro radiactivo de que les he hablado anteriormente: aquellos en los que descubrimos la carencia de radioactividad de la Oca, cosa que nos llevó a desechar los resultados por parecernos absurdos.
Infinidad de veces nos preguntó como pudimos considerar sin importancia el hecho de haber perdido radiactividad.

-Son ustedes como aquel aprendiz de periodista -dijo- que le mandaron a hacer la crónica de una boda de sociedad y al volver dijo que no había noticia porque el novio no se había presentado. Han administrado ustedes a la Oca oro radiactivo y lo han perdido. No solo eso, no han logrado detectar radiactividad natural en la Oca. Ni Carbono-14. Ni Potasio-40. Y lo han considerado ustedes una falla.

Empezamos a administrarle a la Oca isótopos radiactivos con el alimento. Al principio con precaución, pero antes de finales de enero de 1965, se los dábamos ya a paletadas.

La Oca siguió sin indicios de radiactividad.

-Eso significa -dijo Billings- que este proceso nuclear de la Oca catalizado por enzimas convierte cualquier isótopo inestable en un isótopo estable.

-Muy practico -dije.

-¿Practico? Es algo maravilloso. Es la defensa perfecta contra la Era Atómica. Escuche, la conversión del Oxígeno-18 en Oro-197 debería liberar ocho y pico positrones por cada átomo de Oxígeno. Eso significa ocho y pico rayos gamma tan pronto como cada positrón se aparee con un electrón. Y no le hemos encontrado rayos gamma tampoco. La Oca debe ser capaz de absorber los rayos gamma con toda impunidad.

Sometimos a la Oca a los rayos gamma. Al aumentarle el nivel, la Oca presento una ligera fiebre y nos detuvimos llenos de pánico. Pero era una simple calentura, no la enfermedad de la radiación. Paso un día, bajó la fiebre, y la Oca estaba como nueva.

-¿Comprenden ustedes lo que tenemos? -pregunto Billings.

-Una maravilla científica -replico Finley- Hombre, ¿No ve usted las aplicaciones practicas? Si pudiéramos descubrir el mecanismo y reproducirlo en el tubo de ensayo, habríamos logrado el método perfecto para la eliminación de cenizas radiactivas. El inconveniente mas importante que nos impide llevar adelante una economía atómica total son los quebraderos de cabeza de no saber que hacer con los isótopos radiactivos residuales. El librarse de ellos haciéndoles ir a parar a grandes tanques de un preparado enzimático seria ideal. Descubran el mecanismo, señores, y podrán dejar de preocuparse por las lluvias radiactivas. Encontraríamos una protección contra la enfermedad de la radiación. Y modifiquen el mecanismo de algún modo, y podremos obtener ocas que excreten cualquier elemento que necesitemos. ¿Que les parecería cáscaras de huevo de Uranio-235?

¡El mecanismo! ¡El mecanismo! Estábamos allí sentados, todos nosotros, contemplando a la Oca.

Si al menos se pudieran incubar los huevos... Si pudiéramos obtener una casta de gansos reactores nucleares.

-Tiene que haber sucedido ya alguna vez -dijo Finley-. Las leyendas sobre esos gansos han debido empezar de algún modo.

-¿Quiere esperar? -pregunto Billings.

Si tuviéramos ocas de este tipo en grandes cantidades podríamos empezar a abrir unas cuantas. Podríamos estudiar sus ovarios. Podríamos preparar láminas de tejidos y homogenizados de tejidos.

Puede que no sirviera de nada. El tejido de biopsia del hígado no reacciono al Oxígeno-18 bajo ninguna de las condiciones en que lo intentamos.

Pero entonces podríamos rociar de Oxígeno-18 un hígado intacto. Podríamos estudiar embriones intactos, esperar a que uno desarrollara el mecanismo.

Pero con una oca nada mas no podíamos hacer nada de eso.

No nos atreveríamos a matar a la Oca de los Huevos de Oro.

El secreto estaba en el hígado de esa oca bien cebada.

-¡Hígado de oca gorda!, ¡Pate de foie-gras!, ¡Para nosotros no era ninguna exquisitez!

-Necesitamos una sugerencia -dijo Nevis pensativo-. Una salida radical. Una idea que sea decisiva.

-Con decirlo no lo vamos a encontrar -dijo Billings desalentado.

Y en un pobre intento de hacer un chiste, dije yo:

-Podríamos anunciarlo en los periódicos -y eso me dio una idea-. ¡Ciencia ficción! -exclamé.

-¿Que? -dijo Finley.

-Miren, las revistas de ciencia ficción publican artículos en plan de broma. Los lectores lo consideran divertido. Se sienten interesados.

Les hablé de numerosos artículos que había escrito Asimov y que yo había leído. La atmósfera era de fría desaprobación.

-Ni siquiera quebrantaríamos las medidas de seguridad -dije-, porque nadie lo creerá. Les conté la vez que en 1944, escribió Cleve Cartmill un relato describiendo la bomba atómica un año antes de la primera experiencia nuclear y el FBI mantuvo la calma.

-Y los lectores de ciencia ficción tienen ideas -dijo-. No les subestimen. Aunque ellos estén convencidos de que es un articulo escrito en broma, enviarán sus opiniones al editor Y puesto que a nosotros no se nos ocurre nada puesto que estamos en un callejón sin salida, ¿que podemos perder?

Pero seguían sin aceptarlo. Así que añadí:

-Y ustedes lo saben... la Oca no vivirá eternamente.

No se por que, pero eso fue lo que hizo efecto. Tuvimos que convencer a Washington; luego me puse en contacto con John Campbell, editor de la revista, y el habló con Asimov.

Ahora el articulo esta escrito. Lo he leído, lo apruebo y les ruego a todos ustedes que no lo crean. No, por favor.

Solo que...

¿Se les ocurre alguna idea?

Polvo Mortal[6]

PROLOGO

En un principio había planeado hacer que esta fuera otra historia de Wendell Urth, pero estaba a punto de publicarse una nueva revista y quería estar representado en ella con algo que no pareciera un resto de otra publicación. Hice las variaciones oportunas. Ahora estoy un poco arrepentido; le he estado dando vueltas a la idea de escribir de nuevo el relato para este volumen y volver a incluir al doctor Urth, pero la desidia es la que ha triunfado al final.

Como todos los hombres que trabajaban para el gran Llewes, Edmund Farley llegó al punto en que pensaba con vehemencia en el placer que le daría matar al tal gran Llewes.

Ningún hombre que no haya trabajado para Llewes Podría entender completamente ese sentimiento. Llewes (los hombres se olvidaban de su nombre de pila, o llegaban a pensar casi inconscientemente que era Grande; así, con G mayúscula) era el prototipo que todo el mundo imaginaba de gran investigador de lo desconocido: a la vez implacable y brillante, no se rendía ante el fracaso ni dejaban de ocurrírsele jamás nuevos y más ingeniosos modos de abordar el problema.

Llewes era un especialista en química orgánica que había puesto el Sistema Solar al servicio de su ciencia. El fue el primero en utilizar la Luna para llevar a cabo reacciones a gran escala que debían realizarse en el vacío, a temperaturas de ebullición o de licuación del aire, según la época del mes. La fotoquímica se convirtió en algo nuevo y maravilloso cuando se enviaron aparatos cuidadosamente diseñados para que flotaran libremente en órbita alrededor de las estaciones espaciales.

Pero, a decir verdad, Llewes era un ladrón de méritos, pecado casi imposible de perdonar. Cuando a un estudiante desconocido se le ocurrió por primera vez montar un aparato en la superficie lunar, o un técnico diseñó el primer reactor espacial autónomo, no se sabe cómo, ambos logros acabaron asociándose al nombre de Llewes.

Y no se podía hacer nada. Si un empleado, en su indignación, llegaba a renunciar a su empleo, perdía su recomendación y se encontraba en dificultades para conseguir otro trabajo. Sin pruebas, su palabra no tenía ningún valor frente a la de Llewes. Por otra

[6] Título original: «The Dust of Death»

parte, aquellos que seguían con él, los que aguantaban y se marchaban finalmente con su favor y su recomendación, tenían asegurado su éxito futuro.

Pero mientras permanecían allí, disfrutaban al menos del dudoso placer de contarse entre sí el odio que le tenían.

Y Edmund Farley tenía sobrados motivos para unirse a este coro. Había vuelto de Titán, el mayor satélite de Saturno, donde había instalado él solo -ayudado únicamente por robots- un equipo para utilizar con pleno rendimiento la reducida atmósfera de dicho satélite. Los planetas mayores tienen sus atmósferas compuestas de hidrógeno y metano en su mayor parte; pero Júpiter y Saturno eran demasiado grandes para habérselas con ellos, y Urano y Neptuno resultaban muy caros todavía por alejados que estaban. Titán, sin embargo, era del tamaño de Marte; es decir, era lo bastante pequeño como para poder trabajar en él y lo bastante grande y frío como para conservar una atmósfera entre media y enrarecida de hidrógeno y metano.

Las reacciones a gran escala podían llevarse a cabo fácilmente en esa atmósfera de hidrógeno, mientras que en la Tierra, esas mismas reacciones ofrecían dificultades cinéticas. Durante medio año había estado Farley trazando una y otra vez los planos de Titán y soportando sus condiciones, y había regresado a la Tierra con una serie de datos sorprendentes. Sin embargo, sin saber cómo, casi inmediatamente después, Farley tuvo ocasión de ver cómo sus datos se fragmentaban y empezaban a adquirir nueva forma, como si fueran un logro de Llewes.

Los demás le compadecieron, se encogieron de hombros y le brindaron su amistad. A Farley se le puso tenso su rostro marcado por el acné, apretó sus finos labios y escuchó cómo tramaban los demás acciones violentas.

Jim Gorham era el más hablador. Farley sentía cierto desprecio por él porque era un «hombre del vacío», que jamás había salido de la Tierra.

-Llewes es un hombre fácil de matar por lo metódico de sus costumbres -dijo Gorham-. Podéis contar con eso. Por ejemplo, fijáos en ese empeño que tiene de comer a solas. Cierra su despacho a las doce exactamente Y lo abre a la una en punto. ¿No es así? Nadie entra en su despacho durante ese intervalo, de modo que el veneno tiene tiempo de sobra para hacer su efecto.

-¿Veneno? -preguntó Belinsky dubitativo.

-Es fácil. Aquí hay venenos de todas clases. Pide el que quieras; verás como lo tenemos. Bien. Llewes toma un queso suizo untado en pan de centeno, con una clase especial de condimento que tiene un fuerte sabor a cebolla. Todos lo sabemos, ¿no? Estamos cansados de notarle el olor durante toda la tarde, y recordamos también el grito de desencanto que lanzó cuando se agotó el condimento en el comedor una vez, la primavera pasada. Nadie se atreve ya a tocar el condimento ese, así que el veneno que se le echara mataría a Llewes y a nadie más...

Todo eso no era más que una especie de fantasía durante el almuerzo, pero no para Farley.

Siniestramente, y en serio, decidió asesinar a Llewes.

Se convirtió para él en una obsesión.- La sangre le producía cosquilleos cuando imaginaba a Llewes muerto, y se veía a sí mismo adjudicándose los honores a los que tenía derecho por todos aquellos meses que había vivido en una pequeña burbuja de oxígeno y había tenido que andar por regiones de amoníaco helado, apartando productos y montando nuevas reacciones en los vientos tenues y fríos de hidrógeno y metano.

Pero tenía que ser algo que no pudiera hacerle daño a nadie más que a Llewes. Esto dificultaba la cuestión y enfocaba las cosas hacia la sala de las atmósferas de Llewes. Se trataba de una habitación larga y baja, aislada del resto de los laboratorios por bloques de cemento y puertas a prueba de fuego. Nunca entraba nadie en ella excepto Llewes, a no ser en presencia de éste y con permiso suyo. No es que la habitación estuviera realmente cerrada con llave. La férrea tiranía que Llewes había establecido hacía que el descolorido pedazo de papel en el que se leía «Prohibida la Entrada», firmado con sus iniciales, resultara una barrera más grande que cualquier cerradura... menos cuando el deseo de matar fuera superior a todo lo demás.

Entonces, ¿qué posibilidades ofrecía la sala de las atmósferas? Las comprobaciones habituales de Llewes, sus precauciones casi infinitas, no dejaban nada al azar. Cualquier manipulación que se hiciera en el equipo, a menos, que fuera excepcionalmente sutil, sería descubierta con toda seguridad.

¿Un incendio entonces? En la sala de las atmósfera, había cantidades de material inflamable, pero Llewes no fumaba y estaba perfectamente preparado para un caso de peligro de incendio. Nadie estaba tan apercibido como él para esa eventualidad.

Farley pensó con impaciencia en el hombre de quien tan difícil parecía tomarse justa venganza, en ese ladrón que jugaba con sus pequeños tanques de metano e hidrógeno, cuando Farley los había usado por millas cúbicas. Llewes, con sus pequeños tanques, había alcanzado la fama; Farley, manejando millas cúbicas, había quedado en el olvido.

Todos esos pequeños depósitos de gas, cada uno de un color, constituían cada uno una atmósfera sintética. El gas de hidrógeno estaba en los depósitos marrones, y el dióxido de carbono que contenían los plateados formaba la atmósfera de Venus. Los depósitos amarillos de aire comprimido y los verdes de oxígeno estaban para cuando necesitaba operar con la química terrestre. Era un desfile de colores como el arco iris, y cada color se había convenido siglos atrás.

Entonces le vino la idea. No llegó a ella penosamente, sino que se le ocurrió de repente. En un instante había cristalizado todo en el espíritu de Farley y se dio cuenta de lo que tenía que hacer.

Farley esperó un penoso mes hasta el 18 de septiembre, que era el Día del Espacio. Era el aniversario del primer vuelo espacial tripulado, y nadie trabajaría esa noche. El Día del Espacio era, de todas las fiestas, la más significativa para los científicos, y hasta el laborioso Llewes iría a divertirse.

Farley entró esa noche en los laboratorios Orgánicos Centrales -por llamarlos por su nombre oficial- seguro de pasar inadvertido. Los laboratorios no eran bancos o museos.

No había peligro de robo, y los vigilantes nocturnos se tomaban su cometido con mucha filosofía.

Farley cerró la puerta principal cuidadosamente tras de sí y avanzó con cautela por los pasillos oscuros hacia la sala de las atmósferas. Iba provisto de una linterna, un frasquito de polvo negro y un pincel que había comprado en una tienda de artículos de pintura al otro lado de la ciudad, tres semanas antes. Llevaba puestos unos guantes.

Lo más difícil de todo fue entrar realmente en la sala de las atmósferas. La prohibición de la puerta le coartaba más que la prohibición general de asesinar. Sin embargo, una vez que hubo entrado, una vez pasado el riesgo mental, el resto fue fácil.

Cubrió la linterna y encontró el depósito sin un titubeo. El corazón le latía tan fuerte que casi le ensordecía, mientras su respiración se hacía más agitada y las manos le temblaban.

Se puso la linterna debajo del brazo y metió la punta del pincel en el polvo negro. Una vez impregnado, Farley apuntó con él al interior de la boquilla del manómetro sujeto al depósito. Tardó unos segundos, largos como milenios, en meter la temblorosa punta del pincel en la boquilla.

Farley lo movió con cuidado, lo mojó de nuevo en el polvo negro y lo introdujo una vez más en la boquilla. Repitió la operación una y otra vez, casi hipnotizado por la intensidad de su propia concentración. Finalmente, haciendo uso de un trocito de pañuelo de papel mojado con saliva, empezó a limpiar el anillo exterior de la boquilla, enormemente aliviado de ver que había terminado el trabajo y que no tardaría en salir de allí.

Fue entonces cuando se le quedó paralizada la mano y le invadió la angustiosa incertidumbre del miedo. Lo linterna se le cayó estrepitosamente al suelo.

¡Idiota! ¡Perfecto y desdichado idiota! ¡No lo había pensado bien!

¡Bajo la violencia de su emoción y ansiedad, había elegido el depósito que no era!

Agarró la linterna, la apagó y con el corazón latiéndole violentamente, prestó atención por si sonaba algún ruido

En el prolongado silencio de muerte, fue recobrando parcialmente el dominio de sí y se esforzó por considerar que lo que había podido hacer una vez podía repetirlo de nuevo. Puesto que había estado manipulando el' el depósito que no era, hacerlo en el que era sólo le llevaría un par de minutos más.

Otra vez entraron en acción el pincel y el polvo negro.

Al menos no se le había caído el frasco de polvo; el polvo mortal y abrasador. Esta vez no se había equivocado de depósito.

Terminó y limpió de nuevo la boquilla con mano terriblemente temblorosa. Paseó entonces la luz de la linterna a su alrededor y la detuvo sobre una botella reactiva de

tolueno. Eso le serviría. Desenroscó el tapón de plástico, derramó un poco de tolueno por el suelo, y dejó la botella abierta.

A continuación salió a trompicones del edificio como en un sueño, echó a correr hacia la residencia y se refugió en su propia habitación. A lo que a él se le alcanzaba, nadie había reparado en él durante todo este tiempo.

Se deshizo del pañuelo que había empleado para limpiar las boquillas de los depósitos de gas metiéndolo en el desintegrador de basuras, donde no tardó en sufrir una descomposición molecular. Lo mismo ocurrió con el pincel que arrojó a continuación.

No podía desembarazarse del frasco de polvo de igual manera, a no ser que hiciera algunos ajustes en el desintegrador de basuras, cosa que le parecía muy arriesgada. Iría andando al trabajo, como hacía a menudo, y lo tiraría desde el puente de la Calle Central...

A la mañana siguiente, Farley se contempló en el espejo y se preguntó si se atrevería a ir a trabajar. La idea era una estupidez; a lo que no se atrevería era a no ir a trabajar. No debía hacer nada que pudiera atraer la atención hacia sí en este día tan especial.

Con sorda desesperación, puso todo su empeño en reproducir sus actos normales insignificantes que ocupaban la mayor parte del día. Era una mañana cálida y agradable, y fue andando al trabajo. No necesitó más que un simple movimiento de muñeca para deshacerse del frasco. Provocó una pequeña salpicadura en el río, se llenó de agua y se hundió.

Poco más tarde, se hallaba sentado en su mesa de despacho contemplando fijamente su computador manual. Mora que ya estaba hecho, ¿daría resultado? Puede que a Llewes le pasara inadvertido el olor a tolueno. ¿Por qué no? El olor no era agradable, pero tampoco repugnante. Los químicos orgánicos estaban acostumbrados a él.

Luego, si Llewes seguía interesado en los procedimientos de hidrogenación que Farley había traído de Titán, no tardaría en poner en funcionamiento el depósito de gas. No tenía más remedio. Después de un día de fiesta, Llewes estaría más ansioso que de costumbre por volver al trabajo.

Entonces, tan pronto como hiciera girar la llave del manómetro, se escaparía un poco de gas y se convertiría en una lengua de fuego. Si había la cantidad apropiada de tolueno en el aire, se transformaría inmediatamente en una explosión...

Tan sumido estaba Farley en sus meditaciones que aceptó el sordo estampido a distancia como un producto de su propia imaginación, un contrapunto de sus pensamientos, hasta que oyó ruido de pasos.

Farley levantó la vista, y con la garganta seca, gritó:

-Qué... qué...

-No sé -le contestó a voces el otro-. Algo ha ocurrido en la sala de las atmósferas. Una explosión. Hay un lío de mil diablos.

Habían puesto en marcha los extintores; apagaron las llamas y sacaron de entre las ruinas a un Llewes destrozado y lleno de horribles quemaduras. No le quedaba más que un soplo de vida, y murió antes de que el doctor tuviera tiempo de predecirlo.

Edrnund Farley se mantuvo apartado del grupo que rondaba en torno al lugar del suceso con insaciable y tremenda curiosidad. Su palidez y el brillo del sudor de su rostro no le distinguieron, en ese momento, de entre los demás. Volvió temblando a su despacho. Ahora se podía permitir el caer enfermo. A nadie le chocaría.

Pero, no se sabe por qué, no ocurrió así. Terminó el día, y por la noche empezó a quitársele el peso de encima. accidentes son los accidentes, ¿no? Había riesgos de tipo profesional que todos los químicos corrían, especialmente aquellos que manejaban compuestos inflamables. Nadie sospecharía lo que había pasado.

Y si alguien llegaba a sospecharlo, ¿qué posibilidades tenía de llegar hasta Edmund. Farley? El no tenía más que seguir como si nada hubiera ocurrido.

¿Nada? Dios mío, el mérito por lo de Titán sería ahora suyo. Sería un hombre famoso.

Efectivamente, se le quitó el peso de encima, y esa noche durmió.

Jim Gorham había desmejorado un poco en veinticuatro horas. Se le habían quedado tiesos los rubios pelos de la cabeza, y sólo el color claro de su barba disimulaba la necesidad que tenía de un buen afeitado.

-Todos hablábamos de asesinarle -dijo.

H. Seton Davenport, de la Oficina Terrestre de Investigación, daba metódicos golpecitos sobre el tablero de la mesa, tan quedos que no se podían oír. Era un hombre fornido, de rostro firme y pelo negro; su nariz afilada y prominente estaba hecha más para utilizarla que para adornar; y tenía una cicatriz en la mejilla en forma de estrella.

-¿En serio? -preguntó.

-No --dijo Gorham, negando violentamente con la cabeza . Al menos, a mí no me lo parecía. Los planes que trazábamos eran disparatados: untarle los bocadillos de veneno y ponerle ácido en el helicóptero. Sin embargo, alguien ha debido tomarse en serio la cuestión... i Qué loco! ¡Por qué lo habrá hecho!

-Según lo que usted ha dicho --dijo Davenport-, creo que porque el muerto se apropiaba del trabajo de Otras personas.

-¿Y qué? -exclamó Groham-. Era el precio que cobraba por lo que hacía. El mantenía unido a todo el equipo. Era los músculos y las tripas del grupo. Llewes era el que se enfrentaba con el Congreso y conseguía la subvención. El era el que obtenía permiso para llevar a cabo los proyectos del espacio y enviar hombres a la Luna o adonde fuera.

Convencía a las Compañías de Líneas espaciales e industriales para que emprendieran trabajos de millones de dólares para nosotros. El dirigía el Organo Central.

-¿Se ha dado cuenta de todo eso de la noche a la mañana?

-Realmente, no. Siempre lo he sabido; pero ¿qué podía hacer? He renunciado por miedo a los viajes espaciales; encontré excusas para evitarlos. Yo era un hombre del vacío, y ni siquiera he llegado a visitar jamás la Luna. La verdad es que tenía miedo, pero lo que más miedo me daba era que los demás me lo notaran --dijo como escupiendo desprecio por sí mismo.

-¿Y quiere encontrar ahora a alguien a quien castigar? --dijo Davenport-. ¿Quiere compensar al Llewes muerto de ese crimen que usted cometió contra el Llewes vivo?

-¡No! No mezcle usted en esto a la psiquiatría. Le aseguro que es un asesinato. Tiene que serlo. Usted no conocía a Llewes. Era un monomaníaco de la seguridad. No había posibilidad de que ocurriera ninguna explosión cerca de él, a menos que la hubieran preparado cuidadosamente.

-¿Qué es lo que estalló, doctor Gorham? -preguntó Davenport encogiéndose de hombros.

-Pudo ser cualquier cosa. El manejaba sustancias orgánicas de todas clases: benceno, éter, piridina... y todos ellos inflamables.

-Yo estudié química hace tiempo, doctor Gorham, Y ninguno de esos líquidos puede explotar a la temperatura ambiente, según recuerdo. Tiene que haber alguna clase de calor, una chispa, una llama.

-Desde luego, hubo fuego.

-¿Cómo se produjo?

-No tengo ni idea. No había mecheros ni cerillas en la sala. Los equipos eléctricos estaban todos fuertemente protegidos. Incluso las cosas más corrientes, corno las pinzas, estaban fabricadas especialmente de bírilío y cobre, u otras aleaciones que no producen chispas. Llewes no fumaba, y habría despedido inmediatamente a cualquiera que se acercara a cien metros de la sala con un cigarrillo encendido.

-¿Qué fue, entonces, lo último que manejó él?

-Es difícil decirlo. La sala parecía una auténtica leonera.

-Pero ya la habrán ordenado, supongo.

-No ---contestó el químico con repentina ansiedad-. Me cuidé de que no lo hicieran. Dije que teníamos que investigar las causas del accidente para comprobar que no fue una negligencia. Ya sabe, para evitar la mala publicidad. Así que está intacta.

-Muy bien -asintió Davenport-. Vamos a echarle una mirada.

Ya en la sala ennegrecida y destrozada, dijo Davenport:

-¿Qué es lo más peligroso del equipo que hay aquí?

Gorham miró a su alrededor.

-Los tanques de oxígeno comprimido ---dijo señalándolos.

Davenport miró los depósitos de diversos colores pegados a la pared y sujetos con una cadena. Algunos descansaban pesadamente contra la cadena, torcidos por la fuerza de la explosión.

-¿Qué me dice de éste? --- dijo Davenport. Dio una

Patada a un depósito rojo que estaba volcado en el suelo
en medio de la habitación. Era pesado y no se movió.

-Ese es de hidrógeno --dijo Gorham.

-El hidrógeno es explosivo, ¿no?

-Es cierto... cuando se le enciende.

-Entonces, ¿por qué dice que el oxígeno comprimido es el más peligroso? El oxígeno no explota, ¿no es cierto?

-No. Ni arde tampoco, pero favorece la combustión. Las cosas se queman en él.

-¿Y?...

-Bueno mire -la voz de Gorham pareció animarse ligeramente ahora era el científico explicando algo sencillo a un profano inteligente-. Se puede dar el caso de que alguien engrase la válvula antes de enroscarla en el depósito, para que cierre más herméticamente. 0 untarla de algo inflamable por equivocación. Entonces, al abrir la válvula, estallaría y la haría saltar. Entonces el oxígeno del depósito saldría a chorro con la fuerza de un reactor en miniatura y derribaría la pared; el calor de la exploxión podría hacer arder los líquidos inflamables de alrededor,

-¿Están intactos los tanques de oxígeno en este lugar?

-Sí, lo están.

Davenport le dio una patada al depósito de hidrógeno que tenía a sus pies.

-El manómetro de este depósito marca cero. Supongo que eso significa que se estaba utilizando en el momento de la explosión y que se ha ido vaciando después.

-Supongo que sí -asintió Gorham.

-¿Se podría hacer estallar el hidrógeno untando aceite en el manómetro?

-Desde luego que no.

Davenport se frotó la barbilla.

-¿Hay algo que pueda hacer arder el hidrógeno, aparte de cualquier chispa?

-Un catalizador -murmuró Gorharn---. El polvo negro de platino es el mejor. Se trata de platino en polvo.

Davenport pareció sorprenderse.

-Jienen ustedes polvo de ese?

-Por supuesto. Es caro, pero no hay nada mejor para catalizar hidrogenaciones -se quedó en silencio y contempló el depósito de hidrógeno durante largo rato- Polvo negro de platino -murmuró finalmente- Me pregunto...

-Entonces, el polvo negro de platino podría hacer arder el hidrógeno, ¿no?

-Sí, claro. Da lugar a que se combinen el hidrógeno Y el oxígeno a temperatura ambiente. No es necesario el calor. La explosión ocurriría igual que si hubiera sido causada por el calor, exactamente igual...

La excitación fue subiendo de tono en la voz de Gorham, y cayó de rodillas junto al depósito de hidrógeno. Pasó el dedo por el extremo ennegrecido. Puede que no fuera más que hollín, pero también podía ser...

Se puso en pie.

- Señor, así es como han debido hacerlo. Voy a sacar las partículas que pueda de esa sustancia extraña que tiene la boquilla y hacerle un análisis espectrográfico.

-¿Cuánto tardará?

-Deme unos quince minutos de tiempo.

Gorham volvió a los veinte minutos. Davenport había hecho una meticulosa inspección por el laboratorio incendiado. Levantó la vista.

-¿Y bien?

-Lo hay --dijo Gorham triunfante---. No mucho, pero lo hay.

Mostró un trozo de negativo en el que se veía a contraluz una serie de pequeñas líneas blancas y paralelas, irregularmente espaciadas y con distintos grados de brillantez.

-La mayor parte es materia extraña, pero ¿ve usted estas líneas?...

Davenport lo observó de cerca.

-Son muy débiles. ¿Podría jurar usted ante un tribunal que se trata de platino?

-Sí --contestó Gorham inmediatamente.

-¿Lo juraría otro químico? Si se le mostrara esta foto a un químico contratado por la defensa, ¿podría alegar éste que las líneas son demasiado débiles para que pueda constituir una prueba evidente?

Gorham guardó silencio.

Davenport se encogió de hombros.

-Pero si está aquí --exclamó el químico-. El chorro de gas y la explosión han debido hacerlo desaparecer casi todo. No se puede esperar que quede mucho. Lo comprende, ¿no?

Davenport miró pensativo a su alrededor.

-Sí. Admito que existe una posibilidad bastante razonable de que sea un asesinato. Así que busquemos ahora nuevas y mejores pruebas. ¿Es este, a su juicio, el único depósito que han manipulado?

- No lo sé.

-Entonces, lo primero que vamos a hacer es comprobar los demás depósitos de la sala. Y lo demás, también Si hay un asesino, es posible que haya preparado otras trampas en la sala. Hay que comprobarlo.

- Empezaré... ---comenzó a decir Gorham ansioso.

-No... usted, no -dijo Davenport-. Mandaré a un hombre de nuestros laboratorios para que lo haga.

A la mañana siguiente, Gorham estaba de nuevo en el despacho de Davenport. Esta vez le habían llamado.

-Tenía usted razón, se trata de un asesinato -dijo Davenport- Había otro depósito en las mismas condiciones.

-¡Lo ve!

- Un depósito de oxígeno. Encontramos polvo negro de platino en el extremo interior de la boquilla. Había bastante.

- ¿Polvo de platino? ¿En el depósito de oxígeno?

-Eso es -asintió Davenport-. ¿Por qué supone usted que harían tal cosa?

Gorham hizo un gesto negativo con la cabeza.

-El oxígeno no habría ardido, nada lo habría hecho arder. Ni siquiera el polvo negro de platino.

-Por tanto, el asesino debió de ponerlo en el depósito de oxígeno por equivocación, con el nerviosismo del momento. Seguramente se dio cuenta después y lo puso en el depósito que había pensado, pero con eso nos ha dejado la prueba definitiva de que es un asesinato y no un accidente.

-Sí. Ahora solamente es cuestión de encontrar al autor.

-¿Solamente, doctor Gorham? ¿Y cómo lo haremos? Nuestra pieza no nos ha dejado su tarjeta de visita. Hay un montón de personas en los laboratorios con motivos para hacerlo, y un número mayor aún con los necesarios conocimientos químicos para cometer el crimen y la oportunidad de llevarlo a cabo. ¿Hay alguna posibilidad de seguirle la pista al polvo de platino?

-No --dijo Gorham inseguro-. Hay una veintena de personas que pueden haber entrado sin dificultad en el almacén especial. ¿Hay coartadas?

- ¿Para qué momento?

- Para la noche anterior.

Davenport se inclinó sobre su mesa.

-¿Cuándo fue la última vez, antes del momento fatal, que el doctor Llewes utilizó el depósito de hidrógeno?

-Pues... no lo sé. Trabajaba solo. Muy en secreto. Era parte de su modo de adjudicarse el mérito él solo.

-Sí, lo sé. Hemos hecho nuestras propias indagaciones. Así que el polvo negro de platino pudieron haberlo colocado en el depósito una semana antes, por lo que nosotros sabemos.

-Entonces, ¿qué hacemos? -murmuró Gorham con desaliento.

-El único punto que se puede abordar ---dijo Davenport--, a mi juicio, es el del polvo negro de platino en el depósito de oxígeno. Es un hecho irracional y en su explicación podemos encontrar la solución. Pero yo no soy químico y usted sí; así que, si la respuesta ha de venir de alguna parte, tiene que ser de usted. ¿Pudo haber sido un error?... ¿Pudo el asesino haber confundido el oxígeno con el hidrógeno?

Gorham negó inmediatamente con la cabeza.

-No. Ya sabe usted lo de los colores. Un tanque pintado de verde es de oxígeno, un tanque pintado de rojo es, de hidrógeno.

-¿Y si fuera daltónico? -preguntó Davenport

Esta vez Gorham se tomó más tiempo.

-No ---contestó finalmente---. Los que padecen daltonismo no se dedican a la química, por lo general. El distinguir los colores en las reacciones químicas es demasiado importante. Y sí alguien de esta organización fuera daltónico, tendría bastantes problemas entre unas cosas otras, de modo que los demás lo sabríamos.

Davenport asintió. Se tocó la cicatriz de la mejilla con aire distraído.

-Muy bien. Si no untaron el depósito de oxígeno por ignorancia y por accidente, ¿pudieron hacerlo a propósito? ¿De una manera deliberada?

-No lo comprendo.

-Quizá el asesino tenía un plan lógico en su mente cuando untó el depósito de oxígeno y luego cambió de plan. ¿Existe alguna circunstancia bajo la cual el polvo negro de platino pueda ser peligroso en presencia del oxígeno? ¿Alguna circunstancia? Usted es químico, doctor Gorham.

El semblante del químico adoptó una expresión de desconcierto. Negó con la cabeza.

-No, ninguna. Imposible. A menos...

-¿A menos?

-Bueno, ese es ridículo, pero si se produce el chorro de oxígeno en un tanque de gas de hidrógeno, el polvo negro de platino del depósito puede resultar peligroso. Naturalmente, se necesitaría un tanque de grandes dimensiones para lograr una explosión satisfactoria.

-Supongamos --,dijo Davenport- que nuestro asesino hubiera planeado llenar la habitación de hidrógeno y abrir luego el tanque de oxígeno.

Gorham, con media sonrisa en la boca, dijo:

-Pero, ¿para qué molestarse con la atmósfera de hidrógeno cuando...? -la media sonrisa se le borró por completo, viniendo a sustituirla una intensa palidez. Y exclamó-: ¡Farley! ¡Edrnund Farley!

-¿Qué ocurre?

-Farley acaba de regresar después de una estancia de seis meses en Titán---dijoGorham con una creciente excitación-. Titán tiene una atmósfera de hidrógenometano. Es el único hombre de aquí que ha realizado experiencias en una atmósfera de este tipo, y todo tiene sentido ahora. En Titán, un chorro de oxígeno se combinaría con el hidrógeno que le rodea si se calentara, o se tratara con polvo negro de platino. Un chorro de hídrógeno no se quemaría. La situación sería exactamente la opuesta a la existente en la Tierra. Tiene que haber sido Farley. Cuando entró en el laboratorio de Llewes para

preparar la explosión, puso el polvo negro de platino en el oxígeno debido a su reciente costumbre. Cuando se dio cuenta de que la situación en la Tierra era al revés, ya no tenía remedio.

Davenport asintió con severa satisfacción.

- Sí, eso parece que encaja.

Alargó la mano a un intercomunicador y dijo a un invisible escucha del otro extremo:

- Envíe a un hombre a buscar al doctor Edmund Farley, de la Central Orgánica.

Una Estratagema Inédita[7]

No cabía duda de que Montie Stein había robado, valiéndose de un fraude inteligente, más de 100.000 dólares. Tampoco cabía la menor duda de que le habían detenido al día siguiente de haber expirado el estatuto de limitaciones.
Fue su manera de evitar el arresto durante ese intervalo lo que provocó el caso memorable del Estado de Nueva York contra Montgomery Harlow Stein, con todas sus consecuencias. Introdujo la ley en la cuarta dimensión.

Porque sepan ustedes que, después de cometer el fraude y apoderarse de cien de los grandes o más, Stein entró tranquilamente en una máquina del tiempo que poseía ilegalmente, y dispuso los controles hacia el futuro para avanzar siete años y un día.

El abogado de Stein lo expuso con sencillez. Ocultarse en el tiempo no era fundamentalmente diferente a ocultarse en el espacio. Si las fuerzas de la ley no habían descubierto a Stein en el intervalo de esos siete años, mala suerte para ellos.

El fiscal del distrito señaló que el estatuto de limitaciones no estaba pensado para que fuera un juego entre la ley y el criminal. Era una medida de clemencia ideada para proteger al delincuente del miedo indefinidamente prolongado al arresto. Para ciertos crímenes, determinado período de aprensión a la aprehensión -por así decirse consideraba castigo suficiente. Pero Stein, insistía el fiscal, no había sufrido período de aprensión de ninguna clase.

El abogado de Stein permaneció inconmovible. La ley no decía nada sobre que hubiera que medir la magnitud del miedo y angustia del culpable. Simplemente establecía un límite de tiempo.

El fiscal del distrito dijo que Stein no había vivido hasta ese límite.

La defensa afirmó que Stein era siete años más viejo que en el momento del crimen, y que, por tanto, había vivido hasta ese límite.

[7] Título original: A Loint of Paw».

El fiscal del distrito recusó la afirmación y la defensa presentó el certificado de nacimiento de Stein. Había nacido en el año 2973. Cuando cometió el delito, era el año 3004, tenía treinta y un años. Ahora, en 3011, tenía treinta y ocho.

El fiscal del distrito exclamó acalorado que Stein no tenía fisiológicamente treinta y ocho años, sino treinta y uno.

La defensa señaló fríamente que la ley, una vez que se admitía que el individuo era mentalmente sano, reconocía tan sólo la edad cronológica, que sólo se podía hallar restando la fecha de nacimiento a la fecha presente.

El fiscal, aún más acalorado, juró que si a Stein se le permitía salir libre, la mitad de las leyes escritas en los códigos resultarían inútiles.

Entonces cambien las leyes, dijo la defensa, para tener en cuenta los viajes en el tiempo. Pero hasta tanto se cambien, hay que aplicarlas como están escritas.

El juez Neville Preston tardó una semana en considerarlo, y luego entregó su decisión. Marcó un hito decisivo en la historia del Derecho. Es una pena, pues, que algunas personas sospechen que el juez Preston se sintiera influido en su criterio por el irresistible impulso de formular su decisión tal como lo hizo.

Porque esa decisión, en suma, fue:

«A Stein le salva un nicho en el tiempo.»

EPILOGO

Si esperan que me excuse por esto es que no me conocen. Estimo que un juego de palabras es la forma más noble del ingenio, así que...

Estoy en Puertomarte sin Hilda[8]

PROLOGO

Este es un relato tipo James Bond, escrito antes de que se supiera siquiera la existencia de éste.
De hecho, todos los que conocen mis escritos saben que nunca introduzco motivos picantes en mis relatos. Pueden comprobarlo en los demás relatos de este volumen.
Sin embargo, un editor -no mencionaré su nombre- me dijo una vez que sospechaba que nunca introduciría escenas amorosas en mis relatos porque era incapaz de escribirlas.

[8] Título original: «I'm in Marsport Without Hilda»

Naturalmente, rechacé esa insinuación con el desprecio y ofensa que se merecía, y afirmé con calor que era simplemente mi natural pureza y carácter sano lo que me impedía hacerlo.
Puesto que la expresión de su rostro era de evidente incredulidad, dije:
-Se lo demostraré. Escribiré un relato amoroso de ciencia ficción, pero no para publicarlo.
Pero resultó ser también de tema policíaco, y me sentí tan contento de cómo me quedó que dejé que lo publicaran.
De cualquier modo, demuestra que puedo hacerlo si quiero. Lo que pasa es que generalmente no quiero.

Para empezar, diré que todo sucedió como en un sueño. No tuve que tomar disposiciones de ninguna clase. No tuve que hacer nada. Sólo me limité a ver cómo resultaban las cosas. Quizá fue entonces exactamente cuando debí haberme olido la catástrofe.

Empezó con mi acostumbrado mes de descanso entre dos misiones. Un mes de trabajo y un mes de descanso es la rutina correcta y adecuada para el Servicio Galáctico. Llegué a Puertomarte, donde, como de costumbre, debía permanecer tres días antes de dar el corto salto a la Tierra.

Generalmente, Hilda, Dios la bendiga, la esposa más dulce que pueda tener jamás hombre alguno, solía esperarme allí y juntos disfrutábamos de esos tres días; era un agradable interludio para los dos. El único inconveniente estaba en que Puertomarte es el lugar más endiabladamente bullicioso del sistema, y un agradable interludio no es exactamente lo que encaja allí.

Sólo que, ¿cómo le explico eso a Hilda, eh?

Bueno, en esta ocasión mi suegra -que Dios la bendiga, para variar- se puso enferma dos días antes de que yo llegara a Puertomarte y, la noche antes de mi aterrizaje, recibí un espaciograma de Hilda en el que me decía que se quedaba en la Tierra con su madre y que no se reuniría conmigo por esta vez.

Le transmití mi pesar de enamorado y mi febril preocupación por la salud de su madre; y cuando aterricé, me di cuenta de mi situación:

¡Estaba en Puertomarte sin Hilda!

Eso no era nada todavía, ya verán. Eso era el marco del cuadro, los huesos de la mujer. Ahora viene la cuestión de las líneas y el colorido de la tela; la piel y la carne que recubren esos huesos.

Así que llamé a Flora -la Flora de ciertos episodios poco frecuentes de mi pasado-, y para ello utilicé una cabina de vídeo. Qué importaba el gasto; me había embalado.

Para mis adentros, aposté diez contra uno a que no estaría en casa, que estaría ocupada y con el vídeo desconectado, o que estaría muerta, incluso.

Pero estaba en casa, con el videófono conectado y muy lejos de estar muerta.
Tenía mejor aspecto que nunca. Como alguien dijo una vez, los años no pueden marchitarla ni los hábitos pueden agostar su infinita variedad. Y la bata que vestía
-o más bien que casi no vestía- la ayudaba mucho.

¿Se alegraba de verme?

-¡Max! -chilló-. Cuántos años.

-Lo sé, Flora; pero aquí estoy, si estás disponible. Porque, adivina, estoy en Puertomarte sin Hilda.

-¡Qué maravilla! -gritó de nuevo-. Entonces ven.

Me quedé un poco asombrado. Era demasiado.

-¿Quieres decir que estás disponible?

Debo decirles que Flora no podía disponer jamás de un momento sin tener que aplazar antes un montón de citas. Bueno, era lo que se dice una mujer de rompe y rasga.

-La verdad es que tenía un pequeño compromiso, Max, pero ya lo arreglaré. Tú ven.

Flora era una chica de clase... En fin, les diré que tenía sus habitaciones bajo gravedad marciana, que es 0,4 de la normal en la Tierra. El dispositivo que tenía para librarse del campo de pseudogravedad de Puertomarte era caro, por supuesto, pero les diré de pasada que valía la pena, y ella no tenía ninguna dificultad para pagárselo. Si alguna vez han tenido ustedes en sus brazos a una joven a 0,4 ges, no necesitan que se lo explique. Y si no la han llegado a tener, tampoco les valdría de nada que yo lo explicara. Lo siento también por ustedes.

Es como flotar entre nubes...

Y tengan esto presente: la joven tiene que saber manejar la baja gravedad. Pero Flora sabía manejarla. En cuanto a mí, no quiero cantar mis propias alabanzas, comprendan; pero Flora no se puso a gritar que fuese a verla y a romper los compromisos que ya tenía sólo porque fuera atolondrada. Ella nunca obraba con atolondramiento.

Corté la conexión, y sólo la perspectiva de verlo todo en carne y hueso -¡y qué carne!- pudo hacerme cerrar la imagen con esa presteza. Salí de la cabina.

Y en ese momento, en ese preciso momento, en ese mismo instante, me llegó el primer barrunto de la catástrofe.

Dicho primer barrunto no era sino la pelada cabeza de ese maldito Rog Crinton de las oficinas de Marte, que brillaba sobre su rostro redondo, de pálidos ojos azules, de pálida tez amarillenta, y de pálido bigote color castaño. Era el mismo Rog Crinton, con cierta ascendencia eslava entre sus antepasados, de quien la mitad de la gente destinada a trabajos del campo pensaba que tenía, entre el nombre y el apellido, un calificativo que sonaba algo así como Hideperra.

No me molesté en ponerme a gatas y dar con la frente en el suelo, porque mis vacaciones habían empezado desde el momento en que salí de la nave.

-¿Qué demonios quieres? -dije sólo con la cortesía normal-. Tengo prisa. Tengo una cita.

-La cita la tienes conmigo -dijo-. Tengo un trabajito para ti.

Me reí y le dije con todo el necesario detalle anatómico dónde podía meterse el trabajito, y le ofrecí prestarle un mazo como ayuda.

-Es mi mes de descanso, amigo -dije.

-Alerta roja de emergencia, amigo -me contestó.

Eso significaba que ya podía despedirme de mi mes de vacaciones; así de sencillo. No podía creerlo.

--Tonterías, Rog --dije-. Ten corazón. Tengo una emergencia particular a la que acudir.

-Esto es antes.

-Rog -supliqué-, ¿no puedes buscar a otro? ¿El que sea?

-Eres el único agente de Clase A que se encuentra en Marte.

-Pídelo a la Tierra entonces. En el cuartel general almacenan agentes como si fueran micropilas.

-Esto hay que hacerlo antes de las once de la noche. ¿Qué pasa? ¿No dispones de tres horas?

Me sujeté la cabeza. El muchacho no sabía nada.

-Déjame hacer una llamada, ¿quieres?

Volví a la cabina, le dirigí una mirada y le dije:

-¡Es privado!

Flora apareció de nuevo en la pantalla como un espejismo en un asteroide.

-¿Ocurre algo, Max? No me digas que no puedes venir. Ahora que he anulado mis otros compromisos.

-Flora, chiquilla, claro que iré -dije-. Pero ha surgido una dificultad.

Hizo la natural pregunta en un dolido tono de voz, y dije:

-No, no se trata de otra chica. Estando tú en la misma ciudad, las demás chicas no cuentan. Como hembras, puede. Como chicas, no. ¡Nena! ¡Dulzura! Se trata de trabajo. Espérame. No tardaré mucho.

-Muy bien --contestó; pero lo dijo con un tono como si aquello no le gustara un pelo. A mí me dieron escalofríos.

Salí de la cabina, y dije:

-Muy bien, Rog Hideperra, ¿qué clase de lío me tienes preparado?

Fuimos al bar del puerto espacial y nos sentamos en una mesa apartada:

-El Gigante de Antares va a llegar de Sirio exactamente dentro de media hora; a las ocho de la tarde, hora local.

-Bien:

-Bajarán tres hombres, entre los demás pasajeros, que esperarán al Devorador del Espacio, que llegará de la Tierra a las once y saldrá hacia Capella poco después. Los tres hombres entrarán en el Devorador del Espacio y a partir de entonces estarán fuera de nuestra jurisdicción.

-¿Y?...

-Por tanto, entre las ocho y las once estarán en una sala de espera especial y tú estarás con ellos. Tengo una imagen tridimensional de cada uno para ti, así sabrás
quiénes son y demás. De las ocho a las once dispones de tiempo para averiguar quién lleva el contrabando.

-¿Qué clase de contrabando?

-Del peor. Espaciolina alterada.

-¿Espaciolina alterada?

Me había vencido. Sabía lo que era la espaciolina. Si ustedes han realizado un vuelo espacial lo sabrán también. Y si no han salido de la Tierra, el hecho es que
todo el mundo la necesita en el primer viaje espacial; casi todo el mundo la necesita durante la primera docena de viajes, y numerosas personas la necesitan además en todos sus viajes. Sin ella, uno siente vértigos acompañados de desvanecimientos, terrores y trastornos mentales casi crónicos. Tomándola, no pasa nada, no importa nada. Y no crea hábito ni tiene efectos secundarios perjudiciales. La espaciolina es ideal, esencial, insustituible. En caso de duda, tómenla.

-Eso es, espaciolina alterada -dijo Rog-. Mediante una simple reacción, que puede llevarse a cabo en cualquier sótano, es posible cambiar sus propiedades químicas haciendo de ella una droga capaz de provocar una tremenda dependencia,

convirtiéndose entonces en hábito desde la primera vez. Se puede equiparar a los alcaloides más peligrosos que conocemos.

-¿Y se ha descubierto ahora todo eso?

-No. El Servicio lo sabe desde hace años, pero hemos evitado que se sepa, sofocando todos los descubrimientos. Ahora, sin embargo, el descubrimiento ha ido demasiado lejos.

-¿En qué sentido?

-Uno de los hombres que se detendrá en este puerto espacial lleva consigo cierta cantidad de espaciolina alterada. Los químicos del sistema de Capella, que no pertenecen a la Federación, la analizarán y construirán equipos para elaborar más. Después de eso, o bien nos enfrentaremos con la peor amenaza de drogas que jamás se ha visto, o suprimiremos el asunto suprimiendo su origen.

-¿Te refieres a la espaciolina?

-Exacto. Y si suprimimos la espaciolina, suprimimos los viajes espaciales.

Decidí poner el dedo en la llaga.

-¿Quién de los tres la lleva?

-Si lo supiéramos -contestó Rog con una sonrisa desagradable-, ¿crees que te necesitaríamos a ti? Eres tú quien tiene que descubrir cuál de los tres la lleva.

-¿Me estás requiriendo para que haga un estúpido trabajo de registro?

-Si tocas al que no la lleva corres el riesgo de que te corten el pelo por la laringe. Cada uno de ellos es una personalidad en su propio planeta. Uno es Edward Harponaster; otro es Joaquín Lipsky, y el tercero es Andiamo Ferrucci. ¿Está claro?

Tenía razón. Había oído hablar de todos ellos. Es probable que ustedes también. Eran señores importantes, muy importantes, y no se podía tocar a ninguno sin tener pruebas de antemano.

-¿Se atrevería alguno de ellos a meterse en un asunto como... ?

-Hay metidos trillones en este asunto -replicó Rog-, lo que significa que cualquiera de los tres lo haría. Y uno de ellos lo ha hecho, porque Jack Hawk llegó hasta ese punto, antes de que le mataran...

-¿Jack Hawk ha muerto?

—Sí, y uno de esos tipos lo arregló para que le mataran. Tú tienes que descubrir quién. Si señalas antes de las once al culpable se te concederá una promoción y

aumento de sueldo; habrás vengado al pobre Jack Hawk y habrás salvado a la Galaxia. Si señalas al que no es, se producirá una desagradable situación interestelar, te sacarán de una oreja y figurarás además en todas las listas negras de aquí a Antares.

-¿Y si no señalo a nadie? -dije.

-Eso sería igual que señalar al que no es, por lo que al Servicio se refiere.

-Tengo que señalar a uno, pero sólo al culpable, o me pondrán en las manos mi propia cabeza, ¿no?

-Cortada a rodajas. Estás empezando a comprenderme, Max.

A pesar de que Rog Crinton me había parecido feo toda la vida, nunca me lo había parecido tanto. El único consuelo que sentía al mirarle era el pensar que él también estaba casado, y que vivía con su esposa en Puertomarte durante todo el año. ¡Cómo se lo merecía! Puede que sea duro con él, pero se lo merece.

Hice una rápida llamada a Flora, tan pronto como perdí de vista a Rog.

-¿Qué? -dijo ella. Los bordes magnéticos de su bata estaban abiertos, justo lo suficiente, y su voz era tan conmovedoramente suave como su aspecto.

-Chiquilla, dulzura -dije--. Se trata de algo que no puedo contarte, pero que no tengo más remedio que hacer, ¿comprendes? Espérame, lo acabaré aunque tenga
que cruzar en paños menores el Gran Canal helado, ¿comprendes? Aunque tenga que arrancar a Fobos del cielo. Aunque tenga que cortarme en pedazos y enviarme
a mí mismo en paquete postal.

-Vaya -dijo ella-. De haber sabido que iba a tener que esperar...

Di un respingo. Ella no era precisamente de las que responden a la poesía. En realidad, era una simple criatura de acción... pero después de todo, si yo iba a flotar
con Flora a baja gravedad en un mar de perfume de jazmín, el responder a la poesía no era la cualidad que yo consideraría más indispensable.

-Espérame, Flora -le supliqué--. No tardaré nada en absoluto. Te compensaré.

Me sentía molesto, desde luego, pero todavía no estaba preocupado. No había hecho Rog más que dejarme, cuando se me ocurrió exactamente el modo de descubrir al culpable.

Era fácil. Debía haber llamado de nuevo a Rog para decírselo, pero no hay ninguna ley que prohíba que cada uno escoja lo mejor para sí. Terminaría en cinco minutos,
y luego me iría con Flora; un poco más tarde, quizá, pero con una promoción, un aumento y un baboso beso del Servicio en cada mejilla.

Miren, la cosa es así: los grandes industriales no suelen viajar mucho por el espacio; utilizan la recepción del transvídeo. Cuando tienen que asistir a alguna conferencia

interestelar de alto nivel, donde probablemente iban esos tres, toman espaciolina. Por un lado, no tienen la suficiente experiencia en viajes como para arriesgarse a pasarse sin ella. Por otro, con la espaciolina el viaje resulta caro y los industriales hacen las cosas a lo caro. Pero el que llevaba el contrabando no podía aventurarse a tomar espaciolina, aun a riesgo de sufrir el mareo del espacio. Bajo la influencia de la espaciolina, podía tirar la droga, o dársela a alguien, o ponerse a hablar de ella sin darse cuenta. Tenía que conservar el control de sí mismo.

Era así de sencillo.

El Gigante de Antares llegó puntual. Hicieron entrar primero a Lipsky. Tenía unos labios gruesos y rojizos, carrillos redondos, cejas muy negras y pelo de un gris incipiente. Se limitó a mirarme y se sentó. Nada. Estaba bajo los efectos de la espaciolina.

-Buenas tardes, señor -dije.

Con voz soñadora, respondió:

-Surrealismo de Panamy corazones en tres cuartos de tiempo para una taza de cafacilidad de palabra.

Era la espaciolina, sin ninguna duda. Los resortes de la mente humana se hallaban sueltos. Cada sílaba sugería la siguiente en libre asociación.

Andiamo Ferrucci entró a continuación. Bigote negro, largo y enlustrado, color aceitunado, rostro marcado de viruela. Se sentó.

-¿Buen viaje? -pregunté.

-Viaje la luz fantastic toc el reloc cacareala del pájaro.

-Pájaro al tipo listo del libro de todo sitio de todo el mundo -añadió Lipsky.

Sonreí. Sólo quedaba Harponaster. Tenía la pistola de aguja cuidadosamente escondida, y la cuerda magnética lista para agarrarle.

Y entonces entró Harponaster. Era delgado, curtido y, aunque estaba casi calvo, bastante más joven de lo que parecía en su imagen tridimensional. Y estaba espaciolinado hasta la barbilla.

-¡Maldito! -exclamé.

-Malditono clave habla la última vez que te viento mueve la planta -replicó Harponaster.

Ferrucci añadió:

-Planta la semilla el territorio bien en andar dar a un ruiseñor.

Lipsky dijo:

-Señor alegre galopín pon pelota.

Paseé la vista de uno a otro mientras el disparate proseguía a ráfagas cada vez más cortas hasta que todos quedaron en silencio.

En seguida me di cuenta de la situación. Uno de ellos estaba fingiendo. Lo había previsto de antemano al comprender que si prescindía de la espaciolina se delataría. Debió de sobornar a un oficial para que le inyectara una solución salina o se las había arreglado para simularlo de algún otro modo.

Uno de ellos estaba fingiendo. No era difícil simularlo. Los comediantes sunetéricos incluían normalmente en sus repertorios un número sobre la espaciolina. Eran sorprendentes las libertades que podían tomarse en el código
moral de esa manera. Ustedes les habrán oído.

Me quedé mirándoles, y sentí el primer pinchazo en la base del cráneo que me decía:

-¿Y si no descubres al culpable?

Eran las ocho y media; me jugaba mi trabajo, mi reputación y mi cabeza, que empezaba a sentirse insegura sobre mi cuello. Lo dejé todo para luego y pensé en
Flora. No me iba a estar esperando eternamente. De hecho, era muy posible que no me esperara ni media hora.

Me pregunté si el que estaba fingiendo podría mantener esa asociación incoherente de palabras si la conducía suavemente a un terreno peligroso.

-Aquel señor lleva una hermosa toga --dije, haciendo que la última palabra sonara algo así como «droga».

Lipsky dijo:

-Droga desde abajo el todo re mi fa sol que está salvado.

-Salvado del raspado por encima de la manada ordenada del unicornio cursi como Kansas blanco como la nieve -dijo Ferrucci.

-Nieve y viento los dos por cuatro ochavocación y sensibilidad juntas -añadió Harponaster.

-Juntas y costurones -dijo Lipsky.

-Uronamente -continuó Ferrucci.

-Mentación -dijo Harponaster.

Hubo unos gruñidos más, y se quedaron en silencio.

Lo intenté de nuevo, procurando hacerlo con cautela.

Ellos recordarían después todo cuanto yo dijese, así que debía ser algo inofensivo.

-Esta es una estupenda espacio-línea -dije.

-Líneas y tigres y elefantes de la pradera de los perros que ladran guauguau...

Le interrumpí, mirando a Harponaster.

-Una estupenda espacio-línea.

-Alinea la cama y descansa un poco a oscura sospecha de falta echar el cierre de un día perfecto -contestó Harponaster.

Interrumpí de nuevo, mirando a Lipsky.

-Buena espacio-linea.

-Lino cálido y no voya ser loquetú y doblo la apuesta y la patata y la pata.

Alguien añadió:

-La pata del enfermotario es necesario y lloro parpadeante.

-Ante corriendo.

-Ya voy.

--Oigo.

-Goma de sello.

-Ello.

Lo intenté unas cuantas veces más y no conseguí nada. El farsante, quienquiera que fuese, había practicado o tenía talento natural para hablar con libre asociación.
Había desconectado su cerebro y dejaba que sus palabras salieran de cualquier modo. Y sin duda lo hacía así porque sabía exactamente lo que yo buscaba. Si «droga» no lo había dejado claro, el repetirle tres veces «espacio-línea» debió dejárselo de sobra. Yo no corría peligro con los otros dos, pero él lo sabía.

Y se estaba divirtiendo conmigo. Los tres estaban diciendo frases que podían haber delatado un profundo sentimiento de culpabilidad: «alma que salvar», «oscura-sospecha de culpa», «droga desde abajo», etc. Dos decían esas cosas involuntariamente, al azar. El tercero se estaba divirtiendo.

Entonces, ¿cómo descubrir a ese tercero? Experimentaba un febril sentimiento de odio contra él, y se me crispaban los nervios. Aquel bastardo estaba trastornando la Galaxia. Lo que es más, me estaba impidiendo ir a ver a Flora.

Podía encararme con cada uno de ellos y empezar a registrarles. Los dos que estaban verdaderamente bajo los efectos de la espaciolina no harían ningún movimiento para detenerme. No podían sentir ninguna emoción, ansiedad, odio, pasión, ni deseo de autodefensa. Y si uno hacía el más ligero movimiento de resistencia, yo habría encontrado a mi hombre.

Pero los inocentes lo recordarían después.

Suspiré. Si lo intentaba, desde luego descubriría al criminal, pero después me convertiría en la cosa más parecida a un picadillo que haya existido jamás. Se produciría una conmoción en el Servicio, habría un lío tan grande como la Galaxia, y con la excitación y la confusión, el secreto de la espaciolina alterada se descubriría y entonces se iría todo al traste.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que el primero que tocara fuese el que buscaba. Había una probabilidad entre tres. Yo no tendría más que una, y sólo Dios podía hacer que acertara.

¡Maldita sea!, algo les había hecho empezar a hablar mientras yo razonaba conmigo mismo, y la espaciolina es contagiosa como el demonio...

Miré desesperado el reloj y vi que eran las nueve y cuarto.

¿Adónde demonios se iba el tiempo?

¡Ah, rayos; ah, diablos; ah, Flora!

No tenía elección. Me dirigí a la cabina para hacer otra rápida llamada a Flora. Cuestión de un segundo nada más, comprendan; lo bastante para mantener vivo el interés, suponiendo que no estuviera ya muerto.

Me repetía a mí mismo: no va a contestar.

Traté de prepararme para ello. Había otras chicas, había otras...

Demonios, no había otras chicas.

Si Hilda hubiera estado en Puertomarte, en primer lugar nunca se me habría pasado Flora por la imaginación y no me habría importado. Pero estaba en Puertommarte
sin Hilda y había concertado una cita con Flora; Flora y su cuerpo, hecho de todo lo más suave, fragante y firme; Flora y su habitación de baja gravedad y su manera de moverse en él que hacía que uno sintiera como si se precipitase en un océano respirable de crema achampañada...

La señal sonaba y sonaba, y no me decidía a colgar.

¡Contesta! ¡Contesta!

Y contestó.

-¡Eres tú! -exclamó.

-Pues claro, cariño, ¡quién más podía ser!

-Infinidad de personas. Y desde luego, cualquiera de ellas vendría.

-Tengo que terminar este pequeño asunto, tesoro.

-¿Qué asunto? ¿El de los plastones? --casi estuve a punto de corregirle su gramática, pero me pregunté qué era eso de los plastones.

Entonces recordé. Le dije una vez que yo era vendedor de plaston. Fue aquella vez que le lleve un camisón de plaston que era una monada. Sólo el pensar en ello hacía que me doliera aún más el corazón.

-Escucha -dije-, dame otra media hora...

Sus ojos se humedecieron.

-Estoy sentada aquí yo sola.

-Te compensaré por ello.

Para demostrarle lo desesperado que me estaba sintiendo, mis pensamientos empezaron a tomar definitivamente unos derroteros que sólo podían conducir a la joyería, aunque a riesgo de hacerle una considerable mella a mi cuenta bancaria, cosa que la aguda vista de Hilda detectaría como si fuese la Nebulosa de la Cabeza del Caballo irrumpiendo en la Vía Láctea.

-Tenía una cita estupenda y la rompí -dijo.

-Dijiste -protesté- que se trataba tan sólo de un pequeño compromiso sin importancia.

Fue un error por mi parte. Lo comprendí en el momento de decirlo.

-¡Un compromiso sin importancia! -exclamó. Era lo que ella había dicho. Pero el tener la verdad de nuestra parte no hace sino empeorar las cosas cuando se discute
con mujeres. Si lo sabré yo-. Hablar así de un hombre que me ha prometido una finca en la Tierra...

Siguió y siguió hablando sobre esa finca en la Tierra. No había ni una chica en Puertomarte que no suspirara por una propiedad terrestre, y no había una sola que la consiguiera. Pero la esperanza brota eternamente en el pecho humano, y Flora tenía amplio espacio para que creciera.

Traté de hacerla callar. Estuve haciéndome mieles con ella hasta el punto de parecer que todas las abejas del planeta Tierra la estaban acumulando más y mejor.
No sirvió de nada. Finalmente dijo:

-Y yo aquí, completamente sola, sin nadie; ¿qué te imaginas que significará eso para mi reputación? -y cortó la comunicación.

Bueno, ella tenía razón. Me sentía el ser más inferior de la Galaxia. Si se corría la voz de que la habían dejado plantada, también se comentaría que era posible hacer tal cosa, y que estaba perdiendo su antiguo tacto.

Una cosa así puede arruinar a una chica.

Volví a la sala de espera. Un subordinado que había junto a la puerta me saludó al entrar.

Me quedé mirando a los tres magnates y me puse a pensar en qué orden los estrangularía, si me dieran permiso para hacerlo. Harponaster el primero, quizá. Tenía un cuello delgado, fibroso, que podía rodear perfectamente con los dedos y una puntiaguda nuez contra la que podrían sujetarse los pulgares.

Esto me animó hasta el punto que murmuré: «¡Muchacho! », de las ganas que me daban.

Eso les puso en marcha inmediatamente.

-Mucha agua del caño va a la nieve para estornudar de vino... -dijo Ferrucci.

-El sobrino y la sobrina no sorben como el gato rayado -añadió Harponaster, el del cuello flaco y huesudo.

-Ganado para embarquentrando en casa un buen bocado y bebida bocharro -dijo Lipsky.

-Borra el pasaje anterior.

-Feroz animal de presa.

-Regresa a Chicago.

-Hago.

-Goma.

-Marbol.

-Bol.

Luego nada.

Se me quedaron mirando. Yo les miré a ellos. Ellos estaban vacíos de emoción -o al menos lo estaban dos-, y yo estaba vacío de ideas. Y el tiempo pasaba.

Les miré un poco más y pensé en Flora. Se me ocurrió que no tenía nada que perder que no hubiera perdido ya. Poco importaba que hablara de ella.

-Caballeros -dije-, hay una chica en esta ciudad cuyo nombre no mencionaré por temor a comprometerla. Permítanme que se la describa.

Y así lo hice. Por decirlo así, las dos horas pasadas me habían agudizado hasta el extremo de ser un campo de fuerza tan puro que la descripción de Flora adquirió una especie de poesía que parecía proceder de algún manantial de fuerza masculina en las profundidades del subsótano de mi inconsciencia.

Y ellos permanecieron sentados inmóviles, como si estuvieran escuchando, y sin apenas interrumpir. Las personas bajo los efectos de la espaciolina manifiestan una especie de cortesía. No hablan cuando alguien está hablando. Por eso hablan siguiendo un turno.

A veces, por supuesto, me detenía un momento porque lo conmovedor del tema me obligaba a hacer una pausa, y entonces alguno de ellos podía decir unas pocas palabras antes de que yo pudiera recuperarme y continuar.

-Rosa de champán, pan y vino.

-Alrededor de y o las arenosas playas.

-Pimienta y sal to del leopardo.

Les hice callar y continué hablando.

-Esa joven, señores -dije-, tiene un apartamento equipado con baja gravedad. Pueden ustedes preguntarse para qué sirve la baja gravedad. Tengo intención de contárselo a ustedes, señores, porque si nunca han tenido ocasión de pasar una tranquila noche con una prima donna de Puertomarte en privado, no se lo podrán imaginar.

Pero intenté que no les fuera necesario imaginárselo; por el modo como lo conté era como si estuvieran allí. Recordarían todo eso después, pero dudaba mucho que ninguno de los dos inocentes tuviera nada que objetar cuando reflexionara más tarde. Lo más probable era que me buscaran para pedirme el número de teléfono de la chica.

Seguí hablándoles con todo lujo de detalles y una especie de sentida tristeza en la voz, hasta que el altavoz anunció la llegada del Devorados del Espacio.

Había llegado el momento.

-Levántense, señores --dije en voz alta.

Se levantaron a la vez, se pusieron frente a la puerta y empezaron a caminar y, cuando Ferrucci pasó junto a mí, le di un golpecito en el hombro.

-Usted no, bicho asesino -y mi espiral magnética rodeó su muñeca antes de que tuviera tiempo a hacer el menor movimiento.

Ferrucci luchó como un demonio. No estaba bajo influencia de la espaciolina. Se le encontró la espaciolina alterada en unos rellenos delgados, unas almohadillas de plástico de color carne, sujetas a la parte interna de los muslos, con pelos y todo, de modo que imitaban asombrosamente el cuerpo natural. No se distinguía lo que eran en absoluto; sólo al tacto, y aun así se necesitó un cuchillo para estar seguros.

Después, Rog Crinton, sonriendo y medio loco de alivio, me agarró por la solapa casi con brutalidad.

-¿Cómo lo conseguiste? ¿Cómo llegaste a descubrirle?

-Uno de los tres simulaba los efectos de la espaciolina -dije, intentando zafarme-. Estaba seguro. Así que les conté... -me mostré cauteloso. Como ustedes pueden imaginar, no tenía por qué contarle detalles a este pesado-. Esto... bueno, historias verdes; y dos de ellos no reaccionaban en absoluto, así que estaban bajo los efectos de la espaciolina. Pero la respiración de Ferrucci se aceleró y le aparecieron en la frente gotas de sudor. Les hice una descripción lo más emocionante que pude, y él reaccionó, por tanto no estaba bajo los efectos de la espaciolina. Y cuando todos se pusieron de pie para dirigirse a la nave, sabía con seguridad quién era el hombre que buscaba y le detuve. ¿Me dejas irme ahora?

Me soltó y casi me caí de espaldas.

Estaba listo para irme. Mis pies me llevaban ya sin yo proponérmelo; pero me volví otra vez y le dije:

-Oye, Rog, ¿puedes firmarme un vale por mil créditos sin que aparezca en el registro... por los servicios prestados al Servicio?

Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba me-dio loco de alivio y lleno de transitoria gratitud, porque dijo:

-Desde luego, Max; no faltaba más. Y por diez mil créditos si quieres.

-Pues quiero -dije-. Quiero. Quiero.

Rellenó un vale oficial del Servicio por diez mil créditos, tan bueno como el dinero en efectivo por lo menos en media Galaxia. De hecho, sonrió al entregármelo y pueden apostar a que yo sonreí también al recibirlo.

Cómo justificaría él después el dinero que me entregaba era cuenta suya. La cuestión era que yo no tendría que rendirle cuentas a Hilda.

Me metí por última vez en la cabina y llamé a Flora. No me atrevía a dejar así las cosas hasta que estuviera en su casa. La media hora adicional podía darle el tiempo justo para quedar con algún otro, si no lo había hecho ya.

Que conteste. Que conteste. Que...

Contestó, pero llevaba puesta ropa de calle. Se disponía a salir y era evidente que la había cogido en su casa por los pelos.

-Voy a salir -anunció-. Aún hay hombres que se portan con decencia. Así que no quiero verle de aquí en adelante. No quiero volver a verle más el pelo. Y me hará usted un gran favor, señor Como-se-llame, si desconecta mi línea y no la contamina...

Yo no decía nada. Me limitaba a estar allí delante, conteniendo el aliento y sosteniendo el vale en alto, de modo que ella pudiera verlo. Eso nada más. Con el vale en la mano.

Efectivamente, a la vez que decía «contamine» se acercó para ver qué le enseñaba. No era una muchacha muy instruida, pero podía leer «diez mil créditos» más de prisa que cualquier graduada de Universidad en todo el Sistema Solar.

-¡Max! ¿Es para mí? -preguntó.

-Todo para ti, chiquilla -contesté-. Te dije que tenía que terminar un pequeño asunto. Quería darte la sorpresa.

-¡Oh, Max, qué amable eres! No estaba hablando en serio. Lo decía en broma. Bueno, vente inmediatamente para acá -se quitó el abrigo, lo que en Flora resulta un gesto muy interesante de observar.

-¿Qué hay de tu cita? -dije.

-Ya te he dicho que estaba bromeando -contestó. Dejó caer suavemente el abrigo al suelo y jugueteó con un broche que parecía sostener lo poco que constituía su vestido.

-Voy -dije débilmente.

-Con todos y cada uno de esos créditos --dijo con picardía.

-Con todos y cada uno.

Corté la comunicación y salí de la cabina.; por fin podía disponer de mí mismo, pero disponer de verdad.

Oí que gritaban mi nombre desde atrás.

-¡Max! ¡Max! -alguien corrió hacia mí-. Rog Crinton me dijo que te encontraría aquí. Mamá se puso buena por fin, así que saqué un pasaje especial en el Devorador del Espacio. Bueno, ¿y qué es eso de los diez mil créditos?

No quise volverme.

-Hola, Hilda -dije.

Me mantuve impasible como una roca.

Luego me volví e hice la cosa más heroica que he logrado hacer en toda mi maldita e inútil vida de recorrer los espacios:

Sonreí.

Nota Necrológica[9]

PROLOGO

Me avergüenza confesar que la trama de este cuento se me ocurrió cuando leí en el New York Times la nota necrológica de un colega, escritor de ciencia ficción, y empecé a preguntarme si, cuando llegue el momento, será igual de larga mi propia nota necrológica. De ahí a este relato sólo va un pequeño paso.

Mi marido, Lancelot, lee siempre el periódico durante el desayuno. Nada más aparecer, lo primero que miro es su rostro flaco y abstraído con su eterna expresión de enfado y de perpleja frustración. No me saluda; coge el periódico, que le he preparado cuidadosamente junto a su desayuno, y lo levanta delante de su rostro.

A partir de ese momento, sólo veo su brazo, que surge de detrás del periódico en busca de una segunda taza de café, a la que le pongo yo la obligada cucharadita rasa de azúcar -ni colmada ni escasa-, so pena de ganarme una mirada furibunda.

Ya no me quejo de esto. Al menos, tenemos una comida tranquila.

Sin embargo, esa mañana se rompió la calma cuando Lancelot saltó de repente:

-¡Válgame Dios! Ese chiflado de Paul Farber ha muerto. ¡Un ataque!

Me sonaba ese nombre. Lancelot lo había mencionado alguna vez, así que sin duda se trataba de un colega suyo, de otro físico teórico. A juzgar por el amargo epíteto con que le calificó mi marido, comprendí que debía ser alguien de cierto renombre, alguien que había conseguido el éxito que Lancelot no lograba.

Dejó el periódico y me miró irritado.

-¿Por qué llenarán las notas necrológicas con ese cúmulo de mentiras? -preguntó-. Le presentan como si fuera un segundo Einstein, y sólo por el hecho de haber muerto de un ataque.

Si había un tema que yo había aprendido a evitar era el de las notas necrológicas. No me atreví ni a hacer un gesto de asentimiento.

[9] Título original: Obituary»

Tiró el periódico y salió de la habitación, dejando los huevos a medio terminar y sin tocar la segunda taza de café.

Suspiré. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué otra cosa he podido hacer jamás?

Naturalmente, el nombre de mi esposo no es Lancelot Stebbins, porque estoy cambiando, en todo lo que puedo, tanto el nombre como las circunstancias para proteger al culpable. Sin embargo, estoy convencida de que, aunque utilizara los nombres verdaderos, no reconocerían a mi esposo.

Lancelot tenía un talento especial a ese respecto... un talento para que le pasaran por alto, para pasar desapercibido. Sus descubrimientos son invariablemente anticipados o postergados por la presencia de algún descubrimiento más importante realizado simultáneamente. En los congresos científicos, es escasa la asistencia a la lectura de sus ponencias porque se está leyendo otra más importante en otra sección.

Naturalmente, esto repercutió en su manera de ser. Le cambió.

Cuando me casé con él, hace veinticinco años, tenía un chispeante atractivo. Vivía con holgura debido a su herencia y ya era un físico experto, ambicioso y lleno de promesas. Respecto a mí, creo que era bonita por entonces, pero eso no duró. Lo que duró fue mi natural retraimiento y mi fracaso en lograr la clase de éxito social que un ambicioso joven miembro del claustro de profesores espera de su esposa.

Puede que contribuyera a facilitar esa actitud de Lancelot para pasar inadvertido. Si se hubiera casado con otra clase de esposa, quizá ella hubiera logrado hacerle visible con su esplendor.

¿Lo comprendió así él, andando el tiempo? ¿Fue por eso por lo que se alejó de mí después de los dos o tres primeros años dicretamente felices? A veces creo que sí, y me lo reprocho amargamente.

Pero luego me dio por pensar que eso era debido a sus ansias de destacar, las cuales aumentaron al no verse satisfechas. Dejó la cátedra que tenía en la Facultad y montó un laboratorio propio fuera de la ciudad porque, según dijo, los terrenos eran baratos y así estaba más aislado.

El dinero no era problema. En su campo, el Gobierno era generoso con sus subvenciones y él las obtenía siempre. Y, además, echaba mano de nuestro propio dinero sin limitaciones.
Intenté resistirme. Le dije:

-Pero, Lancelot, esto no es necesario. No es como sí tuviéramos dificultades para subvencionar tus trabajos. No es como si se opusieran a que sigas perteneciendo al claustro de la Universidad. Además, lo único que quiero yo es tener hijos y llevar una vida normal.

Pero algo ardía en su interior que le cegaba para todo lo demás. Se volvió furioso contra mí:

-Hay algo que está antes que todo. El mundo de la ciencia debe reconocerme por lo que soy, un... un gran... un gran investigador.

Por entonces, todavía tenía reparos en aplicarse a sí mismo el apelativo de genio.

Fue inútil. La suerte siguió perpetua e invariablemente en contra suya. Su laboratorio ardía de actividad. Contrataba ayudantes con excelentes sueldos; se esclavizaba a sí mismo sin consideración ni piedad. Pero no sacó nada en limpio.

Yo seguí esperando que claudicara algún día, que volviéramos a la ciudad; que emprendiéramos una vida tranquila y normal. Yo esperaba; pero siempre, cuando podía haber admitido la derrota, emprendía alguna nueva batalla. Cada vez atacaba con la misma esperanza y retrocedía con igual desesperación.

Y siempre arremetía contra mí, porque si el mundo le pulverizaba a él, él siempre me tenía a mí para pulverizarme a su vez. No soy persona valerosa, pero estaba empezando a creer que debía abandonarle.

Y sin embargo...

Este año pasado era evidente que se estaba preparando para otra batalla. La última, pensé. Había algo en él más intenso, más inquieto que nunca. Se lo notaba por la forma de hablar consigo mismo en voz baja y de reírse brevemente por nada. Había veces en que se pasaba días enteros sin comer y noches sin dormir. Hasta le dio por guardar los cuadernos del laboratorio en la caja fuerte de la alcoba, como si desconfiara incluso de sus propios ayudantes.

Naturalmente, yo estaba fatalmente segura de que este nuevo intento suyo fracasaría también. Pero a lo mejor, si fracasaba, dada su edad, tendría que reconocer que había perdido su última oportunidad. Seguramente tendría que desistir...

Así que decidí esperar, armándome de toda la paciencia posible.

Pero el asunto de la nota necrológica en el desayuno vino a ser como el chispazo. Una vez, en una ocasión parecida, le hice observar que al menos él también podría contar con un cierto reconocimiento en su propia nota necrológica.

Supongo que no fue una observación muy inteligente, pero mis observaciones nunca lo son. Mi intención era animarle, sacarle de una creciente depresión durante la cual, como ya sabía yo por experiencia, llegaría a ponerse de lo más inaguantable.

Puede que me moviese también cierta inconsciente malevolencia. Sinceramente no lo puedo asegurar.

En cualquier caso, se volvió de lleno contra mí. Tembló su cuerpo delgado, y sus cejas oscuras descendieron sobre sus ojos hundidos, mientras me chillaba con voz de falsete:

-¡Pero yo jamás leeré mi esquela mortuoria! ¡Me veré privado incluso de eso!

Y me escupió. Me escupió deliberadamente. Corrí a mi dormitorio.

Nunca me llegó a pedir perdón, pero al cabo de unos días, durante los cuales le había evitado por completo, proseguimos como antes nuestra vida fría y distante. Ninguno de los dos mencionó jamás el incidente.

Ahora aparecía otra nota necrológica.

El caso es que, al quedarme sola en la mesa del desayuno, comprendí que esa nota había sido la gota que había hecho desbordar el vaso, la culminación de su prolongado derrumbamiento moral.

Me di cuenta de la crisis que se le avecinaba, y no sabía si temerla o desearla. Puede que después de todo la recibiera con gusto. Cualquier cambio que sobreviniera no podía empeorar las cosas.

Poco antes de comer, vino a verme al cuarto de estar, donde un intrascendente cesto de costura daba algo que hacer a mis manos y un poco de televisión distraía mis pensamientos.

-Necesitaré tu ayuda -dijo de repente.

Hacía veinte años o más que no me había dicho nada semejante, así que involuntariamente le miré con cierta dulzura. Estaba febrilmente excitado. Había un tinte rojo en sus mejillas habitualmente pálidas.

-Encantada, si hay algo que puedo hacer por ti -dije.

-Lo hay. He dado un mes de permiso a mis ayudantes. Se marcharán el sábado; a partir de entonces trabajaremos tú y yo solos en el laboratorio. Te lo digo ahora para que te abstengas de hacer cualquier otro plan para la semana que viene.

Me desilusioné un poco.

-Pero Lancelot, sabes que no te puedo ayudar en tu trabajo. No comprendo...

-Lo sé -dijo con absoluto desprecio-, pero no hace falta que comprendas mi trabajo. Sólo tienes que seguir unas pocas instrucciones, bien sencillas, y hacerlo con cuidado. La cuestión es que he descubierto, finalmente, algo que me situará donde me corresponde...

-¡Ay, Lancelot! -exclamé involuntariamente, pues le había oído eso muchas veces ya.

-Escúchame, estúpida, e intenta por una vez comportarte como una persona adulta. Esta vez lo he conseguido. Nadie se me puede adelantar en esta ocasión porque mi descubrimiento está basado en un concepto tan poco ortodoxo que ningún físico vivo, excepto yo, tiene el genio suficiente para pensar en él, al menos hasta dentro de una generación. Y cuando mi obra se conozca por ahí, me podrán reconocer como el científico más grande de todos los tiempos.

-Desde luego me alegro mucho por ti, Lancelot.

-Dije me podrán. También pueden no reconocerme como tal. Existe mucha injusticia en eso de reconocerle a uno sus méritos científicos. Me lo han hecho saber con demasiada frecuencia. Así que no bastará con anunciar sólo el descubrimiento. Si lo hago, todo el mundo se lanzará sobre este campo, y al cabo de un tiempo no seré más que un nombre en los libros de historia, y la gloria se la adjudicarán una serie de advenedizos.

Creo que la razón por la que me estaba hablando entonces, tres días antes de ponerse a trabajar en lo que quiera que planeara, era que no podía contenerse por más tiempo. Estaba exultante y yo era la única persona lo bastante insignificante como para ser testigo de ello.

-Quiero que se dramatice tanto sobre mi descubrimiento, y que la humanidad lo acoja con un aplauso tan clamoroso, que no haya lugar a que se mencione jamás a nadie al mismo tiempo que a mí.

Me pareció que iba demasiado lejos, y me asusté del efecto que haría en él otra desilusión. ¿Acaso no le podría trastornar el juicio?

-Pero, Lancelot -dije-, ¿qué necesidad tenemos de preocuparnos? ¿Por qué no dejamos todo esto? ¿Por qué no nos tomamos unas largas vacaciones? Ya vienes trabajando demasiado desde hace mucho tiempo, Lancelot. Podemos hacer un viaje a Europa. Siempre he querido...

Dio una patada.

-¿Quieres acabar con tus estúpidas lamentaciones? El sábado te vendrás conmigo al laboratorio.

Dormí mal durante las tres noches siguientes. Nunca le he visto comportarse así, pensé; nunca. ¿Habrá perdido ya el juicio, tal vez?

Puede que lo que tiene ahora no sea sino locura, pensé, locura nacida de su desencanto, que ya no puede soportar, y desencadenada por esa nota necrológica. Había hecho que se fueran sus ayudantes y ahora me quería a mí en el laboratorio. Nunca me había permitido entrar allí. Seguramente pretendía hacerme algo, someterme a algún loco experimento, o matarme en el acto.

Durante aquellas insoportables noches de terror, planeé llamar a la policía, escaparme, hacer... hacer lo que fuese.

Pero luego llegaba la mañana y pensaba que tal vez no estaba loco, que no me sometería a ninguna violencia. Ni siquiera fue un acto de verdadera violencia el escupirme aquella vez, como lo hizo, ni intentó jamás herirme físicamente.

Así que, al final, esperé hasta el sábado y caminé hacia lo que podía ser mi muerte, tan dócil como un cordero.

Juntos, en silencio, bajamos por el sendero que conducía desde nuestra vivienda al laboratorio.

El laboratorio en sí imponía cierto temor, así que entré cohibida; pero Lancelot me dijo:

-Bueno, deja de mirar a tu alrededor como si fueran a atacarte. Limítate a hacer lo que yo te diga y a mirar donde yo te indique.

-Sí, Lancelot.

Me había conducido a una pequeña habitación, cuya puerta estaba provista de un candado. Estaba casi abarrotada de objetos de aspecto muy extraño y de montones de alambres.

-Para empezar, ¿ves este crisol de hierro? -me preguntó Lancelot.

-Sí, Lancelot.

Era un recipiente pequeño pero profundo, hecho de grueso metal y algo oxidado por el exterior. Estaba cubierto con una tosca red de alambre.

Me instó a que me aproximara y vi que dentro había un ratón blanco, el cual sacaba sus patitas delanteras por la tela metálica y pegaba su hocico diminuto al alambre con temblorosa curiosidad, o tal vez ansiedad. Creo que di un salto, porque ver un ratón sin esperarlo resulta sobrecogedor, al menos para mí.

-No te hará daño -gruñó Lancelot-. Ahora ponte junto a la pared y observa lo que hago.

El miedo me volvió con tremenda violencia. Estaba horriblemente convencida de que de alguna parte saltaría una chispa y me carbonizaría, o aparecería alguna monstruosa criatura de metal y me aplastaría, o... o...

Cerré los ojos.

Pero no ocurrió nada; a mí por lo menos. Sólo oí un ¡pffft! ... como si hubiera fallado un pequeño petardo.

-¿Bien? -me preguntó Lancelot.

Abrí los ojos. Me estaba mirando radiante de orgullo. Miré sin comprender.

-Aquí, ¿no lo ves, idiota? Justo aquí.

A unos treinta centímetros del crisol había aparecido otro. No le había visto ponerlo allí.

-¿Quieres decir que este segundo crisol?... -pregunté.

-No se trata exactamente de un segundo crisol, sino de un duplicado del primero. Para todos los efectos, son el mismo crisol, átomo por átomo. Compáralos. Encontrarás que las marcas de herrumbre son idénticas.

-¿Has sacado el segundo del primero?

-Sí, pero sólo en cierto modo. Crear materia requeriría generalmente una enorme cantidad de energía. Se necesitaría la completa fisión de un centenar de gramos de uranio para crear un gramo de materia duplicada, incluso garantizando una eficacia perfecta. El gran secreto con el que me he enfrentado es que la duplicación de un objeto en un punto del tiempo futuro requiere muy poca energía, si ésta se aplica correctamente. Lo esencial de la hazaña, mi... mi amor, al crear tal duplicado y hacerlo retroceder al presente, es que he logrado llevar a cabo el equivalente del viaje en el tiempo.

Daba la medida de su triunfo y felicidad el hecho de haber empleado un término afectuoso al referirse a mí.

-Es fantástico -dije, porque, a decir verdad, me sentí impresionada-. ¿Ha regresado también el ratón?

Miré dentro del segundo crisol mientras preguntaba, y recibí otra desagradable sorpresa. Había un ratón blanco... pero estaba muerto.

Lancelot se ruborizó ligeramente.

-Ese es el inconveniente. Puedo hacer que regrese la materia viva, pero no como tal materia viva. Regresa muerta.

-¡Oh, qué lástima! ¿Por qué?

-No lo sé aún. Creo que las duplicaciones son absolutamente perfectas a escala atómica. Desde luego no existe daño visible. Las disecciones así lo demuestran.

-Puedes preguntar... -me detuve inmediatamente al ver que me miraba. Comprendí que sería mejor no sugerir colaboración de ninguna clase, porque sabía por experiencia que en ese caso el colaborador se llevaría invariablemente el mérito del descubrimiento.

-Ya he preguntado -dijo Lancelot con una triste sonrisa-. Un biólogo ha realizado autopsias en varios de mis animales y no ha encontrado nada Por supuesto no sabía de dónde procedía el animal y siempre he tenido la precaución de recobrarlo antes de que ocurriera algo que lo descubriera. ¡Vaya! siquiera mis ayudantes saben lo que he estado haciendo.

-Pero ¿por qué has de mantenerlo tan en secreto?

-Justamente porque no puedo hacer regresar vivos a los animales duplicados. Debe de haber alguna anomalía molecular. Si publicara mis resultados, algún otro podría descubrir el medio de evitar esa anomalía, añadir su pequeño retoque a mi descubrimiento básico, y llevarse todo el mérito, porque podría hacer regresar vivo a un hombre, el cual proporcionaría información sobre el futuro.

Lo comprendía muy bien. No se trataba ya de una mera hipótesis. Sabía que sucedería así. Inevitablemente. La verdad es que, hiciera lo que hiciese, a él no se le reconocería el mérito. Estaba segura.

-Sin embargo -prosiguió, más para sí mismo que para mí-, no puedo esperar más. Debo dar a conocer esto, pero de tal modo que quede indeleble y permanentemente asociado conmigo. Debo rodearlo de un drama tan espectacular que en el futuro no exista modo de mencionar el viaje en el tiempo sin mencionarme a mí, sin importar lo que otros - hombres puedan lograr en adelante. Voy a preparar este drama y tú representarás un papel en él.

-Pero ¿qué quieres que haga yo, Lancelot?

-Tú serás mi viuda.

Me agarré a su brazo.

-Lancelot, ¿quieres decir?... -no me es posible describir los sentimientos contradictorios que se agitaron en mi interior en ese momento.

Se soltó bruscamente.

-Sólo temporalmente. No voy a suicidarme. Sencillamente, voy a hacerme regresar desde un futuro de tres días.

-Pero entonces habrás muerto.

-Sólo el «yo» que regrese. El ayo» real estará tan vivo como siempre. Como esta rata blanca.

Sus ojos se dirigieron a un conmutador.

-¡Ah! La hora Cero va a ser dentro de pocos segundos -dijo-. Observa el segundo crisol y el ratón muerto.

Este desapareció ante mis ojos y se produjo de nuevo el . ipffft!...

-¿Adónde se fue?

-A ningún sitio -contestó Lancelot . No era más que un duplicado. En el momento en que pasamos el instante del tiempo en que se formó el duplicado, éste desaparece naturalmente. El primer ratón era el original, y sigue vivito y coleando. Lo mismo me ocurrirá a mí. El «yo» duplicado regresará muerto. El «yo» original estará vivo. Pasados tres días, llegaremos al instante en que se ha formado mi «yo» duplicado que ha llegado muerto. Una vez que pasemos este instante, el «yo» duplicado muerto desaparecerá y el «yo» vivo permanecerá. ¿Está claro?

-Me parece peligroso.

-No lo es. Una vez que aparezca mi cuerpo muerto, un médico me declarará difunto. Los periódicos informarán de mi muerte, el enterrador se dispondrá a enterrar el cadáver. Entonces regresaré a la vida y anunciaré lo que he hecho. Cuando eso suceda, seré más que el descubridor del viaje en el tiempo; seré el hombre que regresó de entre los muertos. El viaje en el tiempo y Lancelot Stebbins se darán a conocer tan ampliamente y de manera tan unida que nada podrá separar jamás mi nombre de la idea de viaje en el tiempo.

-Lancelot -dije suavemente-, ¿por qué no podemos anunciar simplemente tu descubrimiento? Ese es un plan demasiado complicado. Un sencillo anuncio te haría lo bastante famoso y entonces podríamos quizá trasladarnos a la ciudad...

-;Silencio! Harás lo que yo diga.

No sé cuánto tiempo llevaba Lancelot pensando en todo eso, antes de que la nota necrológica sacara a relucir el asunto. Naturalmente, no subestimo su inteligencia. A pesar de su excepcional mala suerte, no se puede poner en duda su brillantez.

Antes de que se marcharan, había informado a sus ayudantes de unos experimentos que tenía intención de llevar a cabo mientras ellos estuvieran fuera. Después que testificaran, parecería completamente natural que se hubiera enfrascado en determinada serie de reactivos químicos, y que muriera por envenenamiento de cianuro según todas las apariencias.

-Así que tú te ocuparás de que la policía se ponga en contacto con mis ayudantes inmediatamente. Tú sabes dónde se les puede encontrar. No quiero ninguna sospecha de asesinato o suicidio, ni nada que no sea puro accidente; un natural y lógico accidente. Quiero un rápido certificado de defunción del doctor y una rápida notificación a los periódicos.

-Pero Lancelot, ¿qué pasará si encuentran a tu auténtico «yo»?

-¿Por qué habrían de encontrarlo? -interrumpió-. Si te encuentras un cadáver, ¿empiezas a buscar también su duplicado vivo? Nadie me buscará; me encerraré en la cámara temporal durante esos días. La tengo equipada con todas las facilidades de higiene y puedo proveerme de suficientes bocadillos para mi manutención.

Y añadió con tristeza:

--Sin embargo, tendré que prescindir del café hasta que pase todo. No puedo arriesgarme a que alguien huela aquí un inexplicable olor a café cuando se supone que estoy muerto. Bueno, agua tengo de sobra, y sólo son tres días.

Crucé las manos nerviosa.

-Aunque te encuentren, ¿no sería lo mismo de todos modos? -dije-. Verían que había un «tú» muerto y un «tú» vivo.

Intentaba consolarme a mí misma y trataba de prepararme para la inevitable desilusión.

Pero él se volvió hacia mí, gritando:

-No, no sería lo mismo en absoluto. Se convertiría en una broma fracasada. Cobraría fama, pero sólo de estúpido.

-Pero Lancelot -dije con cautela-, siempre sale algo mal.

-Esta vez, no.

-Tú siempre dices «esta vez no», pero siempre hay algo...

Estaba blanco de rabia y los ojos se le saltaban de sus órbitas. Me cogió por el codo y me hizo un daño horrible, pero no me atreví a gritar.

-Sólo una cosa puede salir mal -dijo-, y es lo que hagas tú. Si lo descubren, si no representas perfectamente tu papel, si no sigues mis instrucciones punto por punto, soy capaz... soy capaz... -pareció buscar un castigo-, soy capaz de matarte.

Volví la cabeza aterrada e intenté soltarme, pero me sujetaba inflexiblemente. Era asombrosa la fuerza que tenía cuando se excitaba.

-¡Escúchame! -,dijo-. Me has hecho mucho daño con tu existencia; me lo he reprochado a mí mismo, en primer lugar por haberme casado contigo, y en segundo lugar por no encontrar nunca tiempo para divorciarme. Pero ahora tengo mi oportunidad, a pesar tuyo, de convertir mi vida en un triunfo resonante. Si me echas a perder esta oportunidad te mataré. Hablo completamente en serio.

Estaba segura de que era verdad.

-Haré todo lo que tú digas -murmuré, y me soltó.

Pasó el día enfrascado en su aparato.

-Nunca he hecho la prueba de transportar más de cien gramos -dijo absorto, con el ánimo sosegado.

Pensé: «No resultará. Es imposible que salga bien.»

Al día siguiente dispuso el aparato de modo que yo no tuviera más que apretar un botón. Me hizo repetir esa operación durante lo que a mí me pareció un número interminable de veces.

-¿Comprendes ahora? ¿Ves exactamente cómo se hace?

-Sí.

-Pero hazlo en el momento en que se encienda esta luz, ni un segundo antes.

«No resultará», pensé.

-Sí -dije.

Ocupó su puesto y guardó un silencio impasible. Llevaba puesto un delantal de goma sobre su bata de laboratorio.

Centelló la luz, y el haber practicado antes me fue de utilidad, porque apreté automáticamente el botón, antes de que el pensamiento pudiera detenerme o hacerme titubear.

Un instante después me encontré con que tenía dos Lancelots ante mí, uno junto a otro; el nuevo estaba vestido igual que el primero, aunque se le veía más arrugado. Y luego, el nuevo se derrumbó y se quedó inmóvil.

-Bien -exclamó el Lancelot vivo, abandonando el lugar cuidadosamente señalado-. Ayúdame. Cógele de las piernas.

Me dejó maravillada. ¿Cómo podía transportar su propio cuerpo muerto, su propio cadáver venido de un futuro de tres días, sin un gesto de aprensión? Muy al contrario, lo cogió por debajo de los brazos con la misma indiferencia con que habría cogido un saco de trigo.

Lo agarré por los tobillos y sentí que el estómago se me revolvía al contacto suyo. Aún estaba caliente; acababa de morir. juntos lo transportamos por un pasillo y subimos un tramo de escaleras, recorrimos otro pasillo y entramos en una habitación. Lancelot ya la tenía preparada. Una solución burbujeaba en un extraño aparato, todo de cristal, en el interior de una sección aislada, con una puerta corredera de cristal que hacía de tabique de separación.

Por la habitación había esparcidos otros aparatos para dar a entender que se estaba realizando un experimento. Sobre la mesa de despacho, destacando de entre los demás, había un frasco con una etiqueta en la que se leía perfectamente: «Cianuro potásico». Junto a él había unos cuantos granos derramados; supongo que serían de cianuro. Lancelot colocó cuidadosamente el cuerpo muerto como si se hubiera caído del taburete. Le pegó algunos granos a su mano izquierda, le espació unos cuantos más por el delantal de goma, y finalmente le adhirió unos pocos por la barbilla.

-Así deducirán lo que ha debido pasar -murmuró.

Echó una última mirada alrededor.

-Ya está todo -dijo-. Vuelve a la casa y llama al doctor. Le dirás que has venido a traerme un bocadillo porque era la hora de comer y yo estaba trabajando todavía. Aquí está -y me enseñó un plato roto y un bocadillo tirado donde se suponía que se me había caído de las manos-. Grita un poco, pero no exageres.

No me fue difícil gritar y llorar cuando llegó el momento. Hacía días que tenía ganas de hacer las dos cosas, y ahora era un alivio para mí dar rienda suelta al histerismo.

El doctor se comportó exactamente como Lancelot había previsto. Lo primero que vio, efectivamente, fue el frasco de cianuro.

-¡Válgame Dios!, señora Stebblins -dijo arrugando el ceño-. Era un químico bastante descuidado.

-Supongo que sí -dije llorando-. No debía haber estado trabajando, pero sus dos ayudantes están de vacaciones.

-Cuando un hombre maneja el cianuro como si fuese sal, malo -el doctor movió la cabeza con la gravedad de un moralista-. Ahora, señora Stebblins, tendré que llamar a la policía. Ha sido un envenenamiento accidental por cianuro, pero es una muerte violenta y la policía...

-¡Oh, sí, sí; llámela! -luego casi me habría pegado a mí misma por parecer sospechosamente ansiosa.

Vino la policía, y con ella un forense que gruñó con disgusto al ver los cristales de cianuro de la mano, el delantal y la barbilla; sólo hicieron preguntas referentes a nombres y edades. Preguntaron si yo podía arreglar la cuestión del entierro. Dije que sí y se marcharon.

Entonces llamé a los periódicos y a dos de las agencias de noticias. Dije que pensaba que ellos recogerían la noticia de la muerte a través del informe de la policía, y que esperaba que no hicieran hincapié en el hecho de que mi esposo era un químico descuidado, con el tono de quien espera que no se diga nada malo del muerto. Después de todo, seguí diciendo, él era físico nuclear más que químico y yo tenía últimamente la impresión de que parecía tener ciertas dificultades.

Seguí exactamente las instrucciones de Lancelot en esto, y también salió como él quería. ¿Un físico nuclear en dificultades? ¿Espías? ¿Agentes del enemigo?

Los periodistas empezaron a venir ansiosamente a preguntar. Les di un retrato de Lancelot joven, y un reportero sacó fotografías de los edificios del laboratorio. Les hice recorrer unas cuantas salas del laboratorio principal para que hicieran más fotografías. Nadie, ni la policía ni los reporteros, hizo preguntas acerca de la habitación cerrada, ni parecieron fijarse en ella siquiera.

Les entregué un montón de material profesional y biográfico que Lancelot me había preparado y les conté varias anécdotas destinadas a mostrar la combinación de humanidad e inteligencia que había en él. Intenté comportarme en todo al pie de la letra, y, sin embargo, no podía sentir confianza. Algo saldría mal; habría algo que fallaría.

Y cuando así fuera, sabía que él me echaría la culpa a mí. Y esta vez había prometido matarme.

Al día siguiente le llevé los periódicos. Los leyó una y otra vez con los ojos brillantes. Había logrado un recuadro completo, en el ángulo inferior de la izquierda, en la primera página del New York Times. El Times no daba mucha importancia al enigma de su

muerte, lo mismo que la A. P., pero un periódico sensacionalista presentó un alarmante titular en primera página: «UN SABIO ATOMICO MUERE MISTERIOSAMENTE.»

Se rió sonoramente mientras lo leía, y después de echarles a todos una ojeada, volvió a cogerlo.

-No te vayas -dijo alzando la vista hacia mí bruscamente-. Escucha lo que dicen.

-Ya los he leído, Lancelot.

-Escucha, te digo.

Me los leyó todos en voz alta, deteniédose en las alabanzas que le dirigían al difunto; luego me dijo, radiante de puro satisfecho de sí mismo.

-¿Aún crees que saldrá algo mal?

-Si la policía vuelve para preguntarme por qué creo que estabas en dificultades... -dije dudosa.

-Tú procura ser vaga en tus explicaciones. Diles que habías tenido malos sueños. Para cuando se decidan a llevar más lejos las investigaciones, si es que se deciden, será demasiado tarde.

Desde luego, todo estaba resultando bien, pero no podía esperar que siguieran las cosas así. Y, sin embargo, la mente humana es extraña: persiste en sus esperanzas aun cuando no las haya.

-Lancelot -dije-, cuando pase todo esto y te hagas famoso, verdaderamente famoso, podremos retirarnos, ¿verdad? Podremos regresar a la ciudad y llevar una vida tranquila.

-No seas idiota. ¿No comprendes que, una vez que se me reconozca, tendré que continuar? Acudirán a mí muchos jóvenes. Este laboratorio se convertirá en un gran Instituto de Investigación del Tiempo. Me convertiré en una leyenda. Elevaré mi grandeza a tal altura que después no habrá más que pigmeos intelectuales, al lado mío - se puso de puntillas, con los ojos brillantes, como si estuviera ya sobre el pedestal que le pondrían.

Así terminó mi última esperanza de alcanzar un trocito de felicidad personal. Dejé escapar un suspiro.

Le rogué al empresario de pompas fúnebres que dejaran el cuerpo con su ataúd en el laboratorio, antes de enterrarlo en el panteón que la familia Stebbins tenía en Long Island. Pedí que no lo embalsamaran, y me ofrecí a mantenerlo en la gran sala refrigerada a la temperatura de cuatro grados. Pedí que no lo trasladaran al establecimiento funerario.

Los empleados de pompas fúnebres llevaron el ataúd al laboratorio con fría desaprobación. Evidentemente, tal petición se reflejaría en la consiguiente factura. La explicación que le di de que quería tenerle cerca durante ese último período de tiempo y

que quería que sus ayudantes tuvieran oportunidad de verle, era un pretexto y sonó como tal.

Sin embargo, Lancelot había sido muy preciso en lo que yo tenía que decir.

En cuanto dejaron el cadáver donde yo había dicho, con la tapa del ataúd abierta aún, fui a ver a Lancelot.

-Lancelot -dije-, el empresario de pompas fúnebres se ha mostrado bastante molesto. Creo que sospecha que pasa algo raro.

-Bien -dijo Lancelot con satisfacción.

-Pero...

-Sólo tenemos que esperar un día más. No pasará nada por una simple sospecha, hasta que llegue el momento. Mañana por la mañana desaparecerá el cuerpo; al menos eso es lo que yo espero.

-¿Quieres decir que puede no desaparecer? Lo sabía, lo sabía.

-Puede que haya algún retraso, o algún adelanto. No he transportado nunca nada tan pesado y no estoy seguro de si se mantendrán inalterables mis ecuaciones. Una razón por la que quiero que el cuerpo esté aquí y no en el establecimiento funerario es la de poder hacer las observaciones necesarias.

-Pero si estuviera en una capilla ardiente desaparecería en presencia de testigos.

-Y aquí, ¿crees que sospecharían que se trata de un truco?

-Por supuesto.

Parecía divertirse.

-Dirán: ¿por qué mandó fuera a sus ayudantes? ¿Por qué se puso a hacer experimentos que puede hacer cualquier niño, y sin embargo se las arregla para matarse en el intento? ¿Por qué desapareció el cadáver sin testigos? Dirán: No es cierta esa historia absurda del viaje en el tiempo. Tomó drogas para provocarse un trance cataléptico y engañó a los médicos.

-Sí -dije débilmente. ¿Cómo habría llegado a comprender, todo eso?

-Y cuando yo continúe insistiendo -prosiguió- en que he resuelto el viaje en el tiempo, y que fui declarado indiscutiblemente muerto y no indiscutiblemente vivo, los científicos ortodoxos me denunciarán apasionadamente por farsante. Así, en una semana, mi nombre se habrá hecho familiar para todos los habitantes de la Tierra. No hablarán de otra cosa. Me ofreceré a hacer una demostración de viaje en el tiempo ante cualquier grupo de científicos que quiera presenciarla. Me ofreceré a hacer la demostración esa en circuito de TV intercontinental. La presión del público forzará a los científicos a asistir, y a que accedan a programarla las cadenas de televisión. No importa si el público mira

esperando ver un milagro o un linchamiento. ¡Mirarán! Y entonces triunfaré; y ¿quién podrá alcanzar en la ciencia una cota tan trascendental en toda su vida?

Me sentí deslumbrada durante un momento, pero había algo dentro de mí que me decía: demasiado largo, demasiado complicado; algo saldrá mal.

Esa tarde, llegaron sus ayudantes y trataron de estar respetuosamente apesadumbrados en presencia del cadáver. Serían dos testigos más que podrían jurar haber visto a Lancelot muerto; dos testigos más que contribuirían a aumentar la confusión y a elevar los acontecimientos a su cúspide estratosférica.

A las cuatro de la mañana siguiente, estábamos en la sala frigorífica, envueltos en abrigos y esperando el momento cero.

Lancelot, preso de gran excitación, comprobaba sus instrumentos y hacía no sé qué con ellos. Su computador de mesa funcionaba constantemente, pero no soy capaz de explicarme cómo podía hacer que sus fríos dedos manejaran las llaves con tanta agilidad.

Yo, por mi parte, me sentía muy desdichada. Era el frío, el cuerpo muerto en el ataúd, y la incertidumbre del futuro.

Me parecía una eternidad el tiempo que llevábamos allí; finalmente, dijo Lancelot:

-Funcionará. Funcionará tal como lo tengo previsto. Todo lo más, la desaparición tendrá cinco minutos de retraso debido a que intervienen setenta kilos de masa. Mi análisis de las fuerzas cronológicas es realmente magistral.

Me sonrió, pero también le sonrió a su propio cadáver con igual calor.

Noté que su bata de laboratorio (que llevaba constantemente desde hacía tres días y no se la quitaba ni para dormir, estoy segura) se le había puesto arrugada y andrajosa. Estaba casi como la que llevaba el segundo Lancelot, el muerto, cuando apareció.

Lancelot pareció darse cuenta de lo que yo estaba pensando, o tal vez se limitó a seguir la trayectoria de mis ojos, porque se miró la bata y dijo:

-¡Ah, sí, será mejor que me ponga el delantal de goma! Mi segundo «yo» lo llevaba puesto en el momento de aparecer.

-¿Qué pasaría si no te lo pusieras? -pregunté con voz neutra.

-Tengo que ponérmelo. Es necesario. Algo me lo hubiera recordado. Si no, no hubiera aparecido en el otro -sus ojos se estrecharon-. ¿Sigues pensando en que algo fallará?

-No sé -murmuré.

-¿Crees que el cuerpo no desaparecerá, o que seré yo quien desaparezca en su lugar?

Al ver que no contestaba, dijo casi gritando:

-¿No ves que mi suerte ha cambiado al fin? ¿No ves con cuánta facilidad está saliendo todo según había previsto yo? Seré el hombre más grande que ha existido jamás. Ven, calienta el agua para el café -de pronto había recobrado la calma otra vez--. Lo celebraremos cuando mi doble nos abandone y yo vuelva a la vida. No he probado el café desde hace tres días.

Era sólo el café instantáneo lo que le empujaba hacia mí, pero después de tres días, eso también serviría. Manipulé desmañadamente el infiernillo de gas del laboratorio con los dedos tiesos de frío, hasta que Lancelot me apartó bruscamente a un lado y colocó sobre él un cacharro con agua.

-Tardará un rato -dijo, mientras giraba el control a la posición de «caliente». Miró el reloj, luego consultó los diversos indicadores de la pared-. Mi doble desaparecerá antes de que hierva el agua. Ven aquí y observa -se acercó al ataúd; yo dudé un momento.

-Ven -dijo en tono perentorio.

Fui.

Se miró a sí mismo con infinito placer y esperó. Ambos esperamos, contemplando el cadáver.

Entonces hubo un ipffft!... y Lancelot exclamó:

-¡Menos de dos minutos!

Sin experimentar el menor cambio, sin un solo parpadeo, el cuerpo muerto había desaparecido.

El ataúd abierto no contenía más que un conjunto de ropas vacías. La ropa, por supuesto, no era la misma con la que había venido el cuerpo muerto. Era ropa auténtica, y siguió conservando su realidad. Allí estaba, pues: la ropa interior dentro de la camisa y del pantalón; la corbata pasada alrededor de la camisa y la camisa dentro de la chaqueta. Los zapatos se habían dado la vuelta, con los calcetines colgando dentro de ellos. El cuerpo había desaparecido.

-El café -dijo Lancelot-. Primero el café. Luego llamaremos a la policía y a los periódicos.

Preparé café para él y para mí. Le puse la acostumbrada cucharilla llena de azúcar, rasa, ni colmada ni escasa. Aun bajo aquellas circunstancias, cuando por una vez estaba segura de que no le importaría, la costumbre era fuerte.

Empecé a darle sorbos a mi café, y me lo tomé sin crema ni azúcar, según era mi costumbre. Resultaba agradable tomarlo caliente.

El removió su café.

-Por todo -dijo suavemente como un brindis-, por todo lo que he esperado.

Se llevó la taza a sus labios sonrientes y triunfales y bebió.

Aquellas fueron sus últimas palabras.

Ahora que había terminado, una especie de frenesí se apoderó de mí. Me las arreglé para desnudarle y vestirle con la ropa del ataúd. No sé cómo, pero fui capaz de levantarle y colocarle en el ataúd. Le crucé los brazos sobre el pecho en la misma postura de antes.

A continuación lavé todo rastro de café en el fregadero de la habitación de afuera, y el azucarero también. Lo aclaré una y otra vez, hasta que desapareció todo el cianuro que había sustituido por el azúcar.

Llevé su bata de laboratorio y las otras ropas al cesto donde había guardado las que había traído el doble. Las ropas del segundo Lancelot habían desaparecido, por supuesto; así que puse allí las del primero.

Luego esperé.

Por la tarde, me cercioré de que el cuerpo estaba lo bastante frío, y llamé a los empleados de pompas fúnebres. ¿Por qué habían de sospechar nada? Esperaban encontrar un cuerpo muerto y allí había un cuerpo muerto. El mismo cadáver. Exactamente el mismo. Incluso tenía dentro cianuro como se suponía que tenía el primero.

Supongo que serían capaces de notar la diferencia entre un cuerpo que llevaba muerto sólo doce horas y uno que llevaba tres días y medio, incluso bajo refrigeración, pero ¿por qué se les iba a ocurrir mirar?

No lo hicieron. Clavaron el ataúd, se lo llevaron y lo enterraron. Era el asesinato perfecto.

De hecho, puesto que Lancelot estaba legalmente muerto en el momento en que lo maté, me pregunto si, estrictamente hablando, fue de veras un asesinato.

Por supuesto, no tengo intención de preguntárselo a un abogado.

La vida es tranquila para mí; es pacífica y placentera. Tengo dinero suficiente. Voy al teatro. He hecho amigos. Y vivo sin remordimientos. Desde luego, Lancelot jamás logrará el mérito de haber descubierto el viaje en el tiempo. Algún día, cuando se descubra otra vez la manera de viajar en el tiempo, el nombre de Lancelot Stebbins, desconocido, descansará en las tinieblas del Hades. Pero ya le dije que cualquiera que fuesen sus planes, terminarían sin alcanzar la fama. Si no le hubiera matado yo, habrían salido mal las cosas por alguna otra razón, y entonces me habría matado él a mí.

No; vivo sin remordimientos.

De hecho, se lo he perdonado todo a Lancelot; todo, menos aquella vez que me escupió. Y resulta bastante irónico que tuviera unos instantes de felicidad antes de morir, porque

le fue concedido un regalo que pocos pueden lograr, y él por encima de todos los hombres, lo saboreó.

A pesar de su grito, cuando me escupió, Lancelot supo arreglárselas para leer su propia nota necrológica.

Luz Estelar[10]

Arthur Trent les oyó con toda claridad. Las palabras tensas y airadas salían como disparos de su receptor.

-¡Trent! No puedes huir. Interceptaremos tu órbita dentro de dos horas, y si intentas resistirte te haremos desaparecer del espacio.

Trent sonrió y no dijo nada. Ni tenía armas, ni tenía necesidad de luchar. En mucho menos de dos horas, la nave realizaría su Salto a través del hiperespacio y no le encontrarían jamás. Se llevaría consigo casi un kilo de Krillium, lo suficiente para construir las vías cerebrales de miles de robots; material por el que le darían unos diez millones de créditos en cualquier mundo de la Galaxia... sin preguntarle su procedencia.

El viejo Brennmeyer había planeado todo el asunto. Lo había planeado durante más de treinta años. Había sido la obra de su vida.

-Es por la cuestión de la huida, muchacho -le había dicho-, por lo que te necesito. Tú sabes elevar una nave del suelo y subirla al espacio. Yo, no.

-Llevarla al espacio no sirve de nada, señor Brennmeyer -dijo Trent-. Nos cogerán al cabo de medio día.

-No -dijo Brennmeyer con astucia-, si damos el Salto. No, si cruzamos como un relámpago el hiperespacio y vamos a parar a varios años-luz de distancia.

-Nos llevaría medio día preparar el Salto, y aunque pudiéramos disponer de ese tiempo, la policía alertaría a todos los sistemas estelares.

-No, Trent, no -el anciano puso su mano sobre la de él, apretándola con temblorosa excitación-. A todos los sistemas estelares no; sólo a la docena que está más cerca. La Galaxia es grande y los colonos de los últimos cincuenta mil años han perdido contacto unos con otros.

Hablaba ávidamente, explicando la situación. La Galaxia se asemejaba ahora a la superficie del primer planeta del hombre -el que habían dado en llamar la Tierra- en los tiempos prehistóricos. El hombre estaba diseminado por todos los continentes, pero cada grupo sólo conocía el área que le rodeaba directamente.

[10] Título original: «Starlight»

-Si damos el Salto al azar -dijo Brennmeyer-, podemos terminar en cualquier sitio, incluso a cincuenta mil años-luz de distancia, y tendrán las mismas probabilidades de hallarnos que de encontrar un guijarro en un enjambre de meteoros.

Trent, negando con la cabeza, dijo:

-Pero no nos encontraremos tampoco nosotros mismos. No tendremos ni la menor idea de cómo llegar a un planeta habitado.

Los ojos vivarachos de Brennmeyer escrutaron los alrededores. No había nadie cerca, pero de todos modos bajó la voz, que se convirtió en un murmullo.

-He pasado treinta años reuniendo datos sobre todos los planetas habitables de la Galaxia. He buscado en todos los antiguos registros. He recorrido miles de años-luz y he ido más lejos que ningún piloto espacial. Y la situación de todos los planetas habitables está ahora en la memoria del mejor computador del mundo.

Trent alzó las cejas cortésmente.

-Yo diseño computadores y tengo el mejor. He señalado también la situación exacta de todas las estrellas luminosas de la Galaxia, de todas las estrellas de clase espectral F, B, A, y O, y las he incluido en la memoria del computador. Una vez que hayamos realizado el Salto, el computador examinará los cielos espectroscópicamente y comparará los resultados con el mapa de la Galaxia que él tiene. Una vez que encuentre el equivalente adecuado, cosa que ocurrirá más tarde o más temprano, la nave quedará situada en el espacio y entonces se la podrá guiar automáticamente, mediante un segundo salto, a las cercanías del planeta habitado más próximo.

-Parece demasiado complicado.

-No puede fallar. Todos estos años he trabajado en ello y no puede fallar. Me quedan unos diez años para disfrutar como un millonario. Pero tú eres joven; serás millonario más tiempo.

-Cuando uno Salta al azar, puede terminar en el interior de una estrella.

-No existe ni una probabilidad en un centenar de trillones, Trent. Podemos también llegar tan lejos de toda estrella luminosa que el computador no pueda encontrar nada que se corresponda con su programa. Podemos encontrarnos con que sólo hemos saltado un año-luz o dos y que la policía aún sigue nuestra pista. Las probabilidades de que esto suceda son aún más escasas. Si quieres preocuparte, piensa que puedes morir de un ataque al corazón en el momento del despegue. Las probabilidades son mucho más numerosas.

-Usted sí que podría, señor Brennmeyer. Usted es más viejo .

El anciano se encogió de hombros.

-Yo no cuento. El computador lo hará todo automáticamente.

Trent asintió y tuvo eso en cuenta. Una medianoche, cuando la nave estaba preparada, y llegó Brennmeyer con el Krillium en una cartera de mano -no tuvo ninguna dificultad porque era un hombre que gozaba de gran confianza-, Trent cogió la cartera con una mano mientras la otra se movió con rapidez y seguridad.

Un cuchillo seguía siendo lo mejor, igual de rápido que un despolarizador molecular, igual de mortal, y mucho más silencioso. Trent dejó el cuchillo allí, con el cuerpo, junto con huellas dactilares. ¿Qué importaba? No le cogerían.

Inmerso ya en el espacio, con los cruceros de la policía en su persecución, sintió la creciente tensión que precede siempre al Salto. Ningún psicólogo podía explicarlo, pero cualquier piloto con experiencia en el espacio sabía lo que se sentía.

Tuvo una momentánea sensación de sentirse al revés, cuando la nave y él mismo durante un momento de no-espacio y no-tiempo se convirtieron en no-materia y no-energía; después se juntaron de nuevo instantáneamente en otra parte de la Galaxia.

Trent sonrió. Todavía estaba vivo. No había ninguna estrella que estuviese excesivamente cerca, pero había miles que estaban lo suficiente. El cielo hervía de estrellas, y sus aspectos eran tan diferentes que comprendió que el Salto le había llevado infinitamente lejos. Algunas de esas estrellas serían de clase espectral F y aún mejor. El computador tendría infinidad de aspectos que comparar con su memoria. No sería cuestión de mucho tiempo.

Se echó hacia atrás cómodamente y observó cómo se movían los trazos brillantes de luz estelar, a medida que la nave giraba lentamente. Se hizo visible una estrella brillante. Era brillante de verdad. No parecía estar a más de dos años-luz de distancia, y su intuición de piloto le decía que era una estrella propicia; buena y propicia. El computador la utilizaría como base para ordenar los datos de acuerdo con sus condiciones. Pensó de nuevo: No tardará mucho.

Pero sí tardó. Pasaron minutos. Luego pasó una hora. El computador seguía cliqueteando laboriosamente y sus luces parpadeaban.

Trent frunció el ceño. ¿Cómo es que no encontraba los datos de esta estrella? Tenían que estar allí. Brennmeyer le había enseñado todo el material recogido en sus largos años de trabajo. No podía haberse olvidado de una estrella ni haberla incluido en un lugar equivocado. Desde luego, las estrellas nacían y morían y se movían por el espacio durante su existencia, pero esos cambios eran lentos, muy lentos. Dentro de un millón de años, los datos que Brennmeyer había archivado no podrían...

Un pánico repentino se apoderó de Trent. ¡No! No podía ser. Las probabilidades existentes para aquello eran aún menores que el Salto al interior de una estrella.

Esperó a que la brillante estrella se presentara de nuevo ante su vista; con las manos temblorosas, la centró en el foco telescópico. Puso todo el aumento posible, y alrededor de la brillante mancha de luz apareció la niebla reveladora de los gases turbulentos captados, evidentemente, a medio vuelo.

¡Era una estrella nova!

Desde su oscura negrura, la estrella se había alzado hasta adquirir una brillante luminosidad, quizá tan sólo un mes antes. Había aumentado desde una categoría espectral lo bastante baja como para ser ignorada por el computador, a otra que sería evidentemente tomada en cuenta.

Pero esta nova que existía en el espacio no existía en el almacén de memoria del computador, porque Brennmeyer no la había puesto allí. No existía aún, cuando Brennmeyer reunió sus datos... al menos no existía aún como estrella de tan luminoso brillo.

-Deja ésa -gritó Trent-. ¡Ignórala!

Pero le estaba gritando a una máquina automática programada para confrontar los datos de la nova con los del mapa Galáctico, la cual, como no los encontraba, continuaría buscando y buscando y buscando, mientras durara su fuente de energía.

La reserva de aire se acabaría mucho antes. La vida de Trent se apagaría pronto.

Impotente, Trent se hundió en su silla, observando el panorama burlesco de luz estelar y empezando así la larga y agonizante espera de la muerte.

Si al menos hubiera conservado el cuchillo...

EPILOGO

En los últimos años, varios estudiantes de Literatura inglesa o de Materias científicas se han dedicado a escribir ejercicios semestrales, e incluso tesis doctorales, sobre mis libros y relatos. Resulta muy halagador para mí, por supuesto, pero también me asusta, porque descubren toda dase de cosas sobre mi vida literaria que yo jamás había sospechado que existiera.

Por ejemplo, hay una cierta similitud entre «Luz Estelar» y «La Campana Armoniosa», de la que no me había dado cuenta hasta que examiné los dos relatos para incluirlos en. este volumen. Y «Polvo Mortal» se parece en otro aspecto a «La Campana Armoniosa». Supongo que se debe a que he utilizado el mismo cerebro para los tres relatos.

Apuesto a que cualquiera que estudie mi producción literaria nota esos parecidos inmediatamente; pero para evitar que saquen injustificadas conclusiones, permítanme asegurarles que yo permanezco felizmente ignorante de tales cosas hasta que me toca darles a mis relatos una rápida lectura.

La Bola De Billar[11]

PROLOGO

Este relato tiene para mí recuerdos muy agradables. En el XXIV Congreso Mundial de Ciencia Ficción, celebrado en Cleveland durante las fechas próximas al Día del Trabajo

[11] Título original: «The Billiard Ball»

de 1966, fui uno de los que recibieron un Hugo (el «Oscar» de la Ciencia Ficción) en circunstancias de extrema satisfacción para mí, y con mi esposa e hijos entre los espectadores (escribo esto sonriendo de pura satisfacción ante el recuerdo).
La revista de ciencia ficción IF ganó también un Hugo y su editor hizo prometer a otros ganadores del premio que escribirían relatos para un número especial dedicado al Hugo. Habría sido necesario tener el corazón de obsidiana para no acceder... así que lo hice.
Este es el resultado. Que yo sepa, es el único relato en que se combina lo policíaco con la Teoría General de Einstein sobre la Relatividad.

James Priss -supongo que debería decir el profesor James Priss, aunque estoy seguro de que todo el mundo sabe a quién me refiero, aun sin el título- siempre hablaba despacio.Lo sé. Le he entrevistado muchas veces. Poseía la más grande inteligencia después de Einstein, pero no le funcionaba de prisa. Admitía con frecuencia su lentitud. Quizá fuera porque era tan grande por lo que no le funcionaba de prisa.

Solía decir algo con aire abstraído, después pensaba, y añadía algo más. Incluso en cuestiones triviales, su gigantesca inteligencia dudaba insegura, añadiendo poco a poco un toque aquí y otro allá.

Me lo imagino preguntándose: ¿Saldrá mañana el sol? ¿Qué entendemos por «salir»? ¿Podemos estar seguros de que el mañana llegará? ¿Es totalmente inequívoco el término «sol» en este contexto?

Añadan a este modo de hablar un rostro dulce, más bien pálido, sin expresión, a no ser la de una general incertidumbre, pelo gris bastante escaso y cuidadosamente peinado, traje de hombre de negocios de corte invariablemente conservador, y ya tienen lo que era el profesor James Priss: una persona retraída, carente por completo de atractivo personal.

Por eso a nadie en el mundo, excepto a mí, podría ocurrírsele sospechar que fuera un asesino. Y ni siquiera yo mismo estoy seguro. Después de todo, pensaba despacio; siempre había sido así. ¿Es posible concebir que en un momento crucial lograra pensar rápidamente y actuar con prontitud?

No importa. Aunque cometiera un asesinato, se salió con la suya. Ahora es demasiado tarde para intentar darle la vuelta a la cuestión, y yo no lo conseguiría aunque decidiera permitir que esto se publicara.

Edward Bloom era compañero de clase de Priss en la universidad, y debido a las circunstancias fue después su socio durante una generación. Tenía la misma edad y propensión a la vida de soltero, pero eran opuestos en todas las demás cuestiones de importancia.

Bloom era un fogonazo de luz viviente; sano, alto, ancho, de voz fuerte, impetuoso y seguro de sí mismo. Tenía una mente que parecía un meteoro por el modo repentino e inesperado con que podía captar lo esencial. No era un teórico como Priss; Bloom no tenía ni la paciencia ni la capacidad para concentrar intensamente su pensamiento en un único punto abstracto. El lo admitía, se enorgullecía de ello. Lo que sí tenía era una pavorosa facilidad para ver la aplicación de una teoría, para ver el modo en que podría

utilizarse. En el bloque de frío mármol de una estructura abstracta, era capaz de ver, sin ninguna dificultad, el complicado diseño de algún aparato maravilloso. El bloque se deshacía entre sus manos y quedaba sólo el aparato en cuestión.

Era cosa sabida, y no demasiado exagerada, que todo lo que Bloom había construido había funcionado, o era patentable o aprovechable. Cuando Bloom alcanzó los cuarenta y cinco años, era uno de los hombres más ricos de la Tierra.

Y si Bloom, el Técnico, se adaptaba particularmente a algo más que a ninguna otra cosa, era al modo de pensar de Priss, el Teórico. Los mejores aparatos de Bloom tenían su fundamento en las mejores ideas de Priss, y mientras Bloom se hacía rico y famoso, Priss obtenía un respeto excepcional entre sus colegas.

Y como era de esperar, cuando Priss formuló su Teoría de los Dos Campos, Bloom se dedicó inmediatamente a construir el primer generador de anti-gravedad.

Mi misión consistía en encontrar un interés humano en la Teoría de los Dos Campos para los suscriptores de la revista Tele-News Press, y eso se consigue tratando con las personas y no con las ideas abstractas. Dado que mi entrevistado sería el profesor Priss, la cosa no iba a resultar fácil.

Naturalmente, yo quería preguntarle qué posibilidades ofrecía la anti-gravedad, cosa que interesaba a todo el mundo, y prescindir de la Teoría de los Dos Campos, que nadie sería capaz de entender.

-¿Anti-gravedad? -Priss apretó sus pálidos labios y reflexionó-: No estoy completamente seguro de que sea posible, o que llegue a serlo alguna vez. No he resuelto, digamos, el asunto a mi completa satisfacción. No veo muy bien cómo las ecuaciones de los Dos Campos puedan tener la solución finita que tendrían que tener, naturalmente, en caso de que... -y luego se sumió en profunda meditación.

-Bloom dice que cree que podría construir tal aparato -dije yo, tratando de pincharle.

-Bueno, sí -asintió Priss-, pero yo lo dudo. Ed Bloom solía tener antes una sorprendente habilidad para ver claras las cuestiones más intrincadas. Tiene una inteligencia poco común. Desde luego, eso ya le ha hecho bastante rico.

Estábamos sentados en el apartamento de Priss; era de clase media normal. No pude evitar el echar una rápida mirada a uno y otro lado. Priss no era rico.

No creo que me leyera el pensamiento. Pero me vio mirar, y creo que él estaba pensando lo mismo.

-La fortuna no es la recompensa usual del científico puro -dijo-. Ni siquiera resulta especialmente deseable.

Quizá sea así, pensé. Evidentemente, Priss había tenido su propia clase de recompensa. Era la tercera persona en la historia que había ganado dos Premios Nobel, y el primero que los había obtenido en ciencia sin compartirlos con nadie.

No se podía quejar de eso. Y si no era rico, tampoco era pobre.

Pero no parecía un hombre satisfecho. Puede que no fuera sólo la fortuna de Bloom lo que le molestaba a Priss; puede que fuera la fama de Bloom entre la gente de la Tierra; puede que fuera el hecho de que Bloom fuera una celebridad adondequiera que fuese, mientras que Priss, sacándole de los congresos científicos y de los círculos universitarios, permanecía casi siempre en el anonimato.

No sé si pudo leer todo esto en mis ojos o en las rayas de mi frente, pero continuó diciendo:

-Pero sepa que somos amigos. jugamos al billar una vez o dos por semana. Le gano casi siempre.

(No he publicado jamás ese comentario. Fui a que me lo corroborara Bloom, y éste se extendió en una larga réplica que empezaba: «Me gana al billar. Ese borrico» ... y se fue metiendo cada vez más en terreno personal. De hecho, ninguno de los dos era un novato en el billar. Una vez estuve un rato viéndoles jugar, después de esos comentarios, y los dos manejaban el taco de billar con un aplomo de profesionales. Es más, los dos jugaban con ferocidad; no vi nada amistoso en sus maneras de jugar.)

-¿Le importaría pronosticar si Bloom logrará construir un aparato generador de anti-gravedad? -pregunté.

-¿Quiere usted decir si voy a comprometerme en algo? Hum. Bien; veamos, joven. ¿Qué es lo que entendemos exactamente por anti-gravedad? Nuestro concepto de gravedad gira en torno a la Teoría General de la Relatividad de Einstein, que tiene actualmente un siglo y medio de antigüedad, pero que, dentro de sus límites, sigue en pie. Podemos describirla...

Escuché cortésmente. Ya había oído a Priss tratar esa cuestión antes, pero si quería sonsacarle algo -lo que no era seguro-, tendría que dejarle que lo hiciera a su modo.

-Podemos describirla -dijo-, imaginándonos que el universo es una lámina delgada y superflexible como la goma. Si suponemos que la masa está asociada con el peso, como lo está en la superficie de la Tierra, entonces se comprende que al descansar una masa sobre la lámina de goma hará una abolladura. En el universo real -prosiguió- existe toda clase de masas, y por tanto hemos de imaginar nuestra lámina de goma llena de oquedades. Si un objeto rodara a lo largo de la lámina, se metería v saldría de las abolladuras por las que pasara, desviándose y cambiando de dirección al hacerlo. Es este desvío y cambio de dirección lo que interpretamos como una demostración de la existencia de la fuerza de la gravedad. Si el móvil llega lo bastante cerca del centro de la abolladura y se mueve con suficiente lentitud, quedaría atrapado y giraría siempre alrededor de esa depresión. Con la ausencia de la fricción, permanecería girando indefinidamente. En otras palabras, lo que Isaac Newton interpretó como una fuerza, Albert Einstein lo consideró como una distorsión geométrica.

Al llegar aquí hizo una pausa. Había estado hablando con bastante fluidez -para lo que, él acostumbraba-, ya que no hacía más que repetir algo que ya había explicado antes más de una vez. Pero ahora adoptó su manera premiosa de hablar.

-Por tanto -dijo-, al tratar de producir la anti-gravedad estamos intentando alterar la geometría del universo. Si seguimos con nuestra metáfora, estamos intentando enderezar la lámina de goma. Podemos imaginarnos a nosotros mismos metiéndonos debajo de la oquedad y levantándola hacia arriba, sosteniéndola para evitar que se produzca una depresión. Si logramos alisar la lámina de ese modo, entonces habríamos creado un universo, o al menos un trozo de universo, en el que no existiría la gravedad. Los cuerpos que rodaran pasarían por la superficie plana sin alterar en absoluto la dirección de su viaje, y podríamos explicar este fenómeno diciendo que la masa no ejerce fuerza gravitatoria alguna. Sin embargo, para lograr esta proeza, necesitamos una masa equivalente a la que produce la depresión. Para engendrar antigravedad en la Tierra de este modo, tendríamos que hacer uso de una masa igual a la de la Tierra y colocarla sobre nuestras cabezas, por así decir.

-Pero su Teoría de los Dos Campos... -le interrumpí.

-Exacto. La Relatividad General no explica el campo de gravitación y el campo electromagnético con una sola serie de ecuaciones. Einstein pasó la mitad de su vida buscando esa serie única, una Teoría del Campo Unificado, y fracasó. Todos los que siguieron a Einstein fracasaron también; yo, sin embargo, empecé con la hipótesis de que existían dos campos que no se podían unificar, y seguí las consecuencias, que puedo explicar, en parte, en términos de la metáfora de la «lámina de goma».

Ahora llegábamos a algo que yo no estaba seguro de haber oído antes.

-¿Cómo es eso? -pregunté.

-Suponga que, en vez de intentar levantar la masa hundida, intentáramos darle mayor rigidez a la lámina misma, hacerla menos abollable. Se contraería, al menos en un área pequeña, y se haría más plana. La gravedad se debilitaría, y lo mismo la masa, porque ambas son esencialmente el mismo fenómeno en términos de universo abollado. Si pudiéramos aplanar por completo la lámina de goma, la gravedad y la masa desaparecerían juntas. En condiciones adecuadas, el campo electromagnético serviría para contrarrestar el campo gravitatorio, y serviría para aplanar la textura irregular del universo. El campo electromagnético tiene una lerza tremendamente superior a la del campo gravitatorio; por tanto, se podría lograr que el primero superara al segundo.

-Pero usted ha dicho «en condiciones adecuadas» -dije dubitativamente-. ¿Se pueden lograr esas condiciones de que ha hablado, profesor?

-Eso es lo que no sé -dijo Priss pensativo, hablando con lentitud-. Si el universo fuera de verdad una lámina de goma, su endurecimiento tendría que alcanzar un valor infinito antes de que se pudiera esperar que se mantuviera completamente plano bajo una masa capaz de abollarlo. Si esto es así, entonces también se necesitaría en el universo real un campo electromagnético infinitamente intenso, lo cual significa que la anti-gravedad resulta imposible.

-Pero Bloom dice...

-Sí, me figuro que Bloom pensará que basta con un campo finito, si se puede aplicar adecuadamente. Sin embargo, por muy ingenioso que sea -y Priss sonrió con los labios apretados-, no tenemos por qué considerarle infalible. Su comprensión de la teoría es bastante imperfecta. El... él nunca consiguió sacar el título universitario; ¿lo sabía usted?

Estuve a punto de decir que sí. Después de todo, era del dominio público. Pero había un asomo de ansiedad en la voz de Priss al decirlo, y levanté la vista a tiempo para captar cierta animación en sus ojos, como si disfrutara al difundir esa noticia. Así que asentí con un gesto de cabeza como si la archivara para referirme a ella en el futuro.

-Entonces, ¿diría usted, profesor Priss -le pinché de nuevo- que Bloom está probablemente equivocado y que la anti-gravedad es imposible?

Y Priss asintió finalmente:

-Se puede debilitar el campo gravitatorio eso desde luego, pero si por anti-gravedad entendemos un campo de gravedad auténticamente cero, es decir, una carencia absoluta de gravedad en una cantidad estimable de espacio, entonces sospecho que la anti-gravedad es imposible, diga lo que diga Bloom.

Así, pues, en cierto modo, ya tenía lo que quería.

No pude ver a Bloom hasta casi tres meses después de eso, y cuando le vi estaba de mal humor.

Naturalmente, tan pronto como aparecieron las primeras noticias referentes a la declaración de Priss, se puso furioso. Hizo saber que iba a invitar a Priss a la exhibición del generador de anti-gravedad tan pronto como lo construyera, e incluso le pediría que participara en la demostración. Cierto periodista -yo no, por desgracia- consiguió hablar con él entre dos compromisos que tenía, y le pidió que se explicara con más detalle.

-A su debido tiempo construiré el aparato --dijo- Puede que no tarde mucho. Y usted podrá estar presente, lo mismo que todos los representantes que la prensa quiera enviar. Y el profesor James Priss también podrá asistir. Puede representar a la ciencia teórica y, después de que yo haya demostrado la anti-gravedad, podrá adaptar su teoría para explicarla. Estoy seguro de que sabrá hacer las necesarias modificaciones de manera magistral, y demostrar exactamente por qué habría sido imposible que yo fallara. Podría hacerlo ahora y ahorrar tiempo, pero supongo que no cederá.

Lo dijo todo con mucha cortesía, pero se podía oír el gruñido bajo el rápido fluir de sus palabras.

Sin embargo, continuaron sus ocasionales partidas de billar, y cuando ambos se encontraban se comportaban con absoluta corrección.

Se podían deducir los progresos de Bloom por la actitud que cada uno adoptaba ante la prensa. Bloom se volvió escueto e incluso cortante, mientras que Priss mostraba un creciente buen humor.

Cuando Bloom aceptó por fin mi enésima solicitud para entrevistarle, me pregunté si esto significaría una pausa en sus investigaciones. Me imaginé por un momento que me brindaba a mí solo la exclusiva de su éxito final.

No fue así. Me recibió en su despacho de las Empresas Bloom que tenía al norte del estado de Nueva York. Era un lugar maravilloso, alejado de toda zona populosa y cuidadosamente ajardinado, abarcando el terreno de un establecimiento industrial. Edison, en el apogeo de su fama, dos siglos atrás, no llegó a alcanzar un éxito tan fenomenal como el de Bloom.

Pero Bloom no estaba de buen humor. Entró dando grandes zancadas con diez minutos de retraso y soltó un gruñido al pasar junto a la mesa de su secretaria; a mí
me saludó con un frío movimiento de cabeza. Llevaba una bata de laboratorio desabrochada.

Se dejó caer en una silla.

-Lamento haberle hecho esperar -dijo-, pero no he podido disponer del tiempo que había previsto.

Bloom era un actor nato y sabía muy bien que no le convenía indisponerse con la prensa, pero a mí me daba la sensación de que en ese momento le costaba trabajo atenerse a ese principio.

Lancé la inevitable conjetura:

-Me han dicho que sus pruebas recientes no han sido muy fructíferas.

-¿Quién le ha dicho eso?

-Yo diría que es del dominio público, señor Bloom.

-No, no lo es. No diga eso, joven. No es del dominio público lo que ocurre en mis laboratorios y talleres. Está usted expresando las opiniones del profesor, ¿no es cierto? Me refiero a Priss.

-No, yo...

-Por supuesto que sí. ¿No fue a usted a quien hizo aquella declaración de que la anti-gravedad es imposible?

-Bueno, él no me lo dijo tan claramente.

-El nunca es claro cuando habla, pero esta vez fue bastante para lo que acostumbra, aunque de todos modos conseguiré ese maldito universo suyo de la lámina de goma antes de que se muera.

-Entonces, ¿quiere decirse que marchan sus investigaciones, señor Bloom?

-De sobra sabe que sí -dijo chascando la lengua-, o al menos debería saberlo. ¿No estuvo usted presente en la demostración de la semana pasada?

-Sí, estuve.

Pensé que Bloom estaba en dificultades, de lo contrario no se habría referido a dicha demostración. Funcionó, en efecto; pero no fue un éxito ni mucho menos. Produjo una área de gravedad reducida entre los dos polos de un imán.

Lo presentó con suma habilidad. Utilizó una Balanza de Efecto Móssbauer para verificar el espacio existente entre los polos. Por si no han visto nunca una Balanza de E-M, les diré que consiste fundamentalmente en un apretado haz monocromático de rayos gamma disparados en el campo de baja gravedad. Los rayos gamma cambian su longitud de onda, ligera pero perceptiblemente, bajo la influencia del campo gravítatorio; y si ocurre algo que altere la intensidad de éste, varía su longitud de onda en la misma medida. Es un método extremadamente delicado para probar un campo gravitatorio, pero resultó perfecto. No se podía poner en duda que Bloom había disminuido la gravedad.

El inconveniente es que eso ya lo habían hecho otros antes. A decir verdad, Bloom había utilizado circuitos que facilitaban considerablemente la consecución de tal efecto (su sistema era típicamente ingenioso y ya estaba debidamente patentado), y dijo que mediante ese método la anti-gravedad se convertiría no sólo en una curiosidad científica, sino en algo práctico de aplicación industrial.

Puede ser. Pero era un trabajo incompleto, y generalmente no armaba tanto jaleo por una cosa así. Y desde luego no lo habría armado esta vez, de no estar desesperadamente ansioso por mostrar algo.

-Tengo la impresión -dije- de que lo que usted consiguió en aquella demostración preliminar fue 0,82 g., y la primavera pasada consiguieron en Brasil mejores resultados.

-¿De veras? Bien, calcule usted la energía empleada en Brasil y la que necesitamos aquí, y luego dígame la diferencia que hay entre los dos descensos de gravedad por kilowatios-hora. Se quedará sorprendido.

-Pero la cuestión es si usted puede conseguir 0 g., la gravedad cero. Eso es lo que el profesor Priss considera que no es posible. Todo el mundo está de acuerdo en que lograr disminuir simplemente la intensidad del campo de gravedad no es ninguna proeza.

Bloom apretó los puños. Me dio la impresión de que ese día le había fallado algún experimento clave, y estaba de un humor casi inaguantable. Bloom se sentía furioso de que el Universo se le resistiera.

-Los teóricos me ponen enfermo -dijo en voz baja y contenida, como si estuviera ya cansado de guardar silencio y se encontrara dispuesto a decir lo que pensaba sin importarle nada-. Priss ha ganado dos Premios Nobel por haber dado con unas cuantas ecuaciones, pero ¿qué ha hecho con ellas? ¡Nada! Yo he hecho algo con ellas, y voy a hacer más aún, le guste a Priss o no. A quien recordará la gente es a mí. Yo soy el que se lleva la fama. El puede guardarse su maldito título y sus premios y la admiración de

los eruditos. Escuche, voy a decirle qué es lo que le consume: la simple y anticuada envidia. Le fastidia que yo gane lo que gano haciendo cosas. El quiere ganar lo mismo pensando. Le dije una vez... porque, como sabe usted, jugamos juntos al billar...

Entonces fue cuando le conté lo que me había dicho Priss sobre el billar, y Bloom me dio la réplica a la que antes me he referido. Jamás he publicado ninguno de los dos comentarios. Considero que no tienen importancia

-Jugamos al billar -dijo Bloom cuando se hubo calmado-, yo le he ganado bastantes partidas. Mantenemos las relaciones en tono bastante amistoso. ¡Qué diablos!, somos compañeros de universidad y demás, aunque nunca he sabido como logró llegar adonde ha llegado. Era muy bueno en física, por supuesto, y en matemáticas; pero no sacaba más que aprobados, por pura lástima según creo, en todos los cursos de humanidades.

-Usted no llegó a terminar la carrera, ¿verdad señor Bloom? -fue una completa diablura por mi parte. Disfruté con su estallido.

-La abandoné para dedicarme a los negocios, ¡maldita sea! Mis calificaciones académicas, durante los tres años que estuve en la Universidad, fueron excelentes. No vaya a pensar otra cosa, ¿me oye? ¡Diablos!, por el tiempo en que Priss sacó el doctorado andaba yo amasando mi segundo millón. Bien, le estaba diciendo -prosiguió, visiblemente irritado- que estábamos jugando al billar y le dije: « Jim, el hombre de la calle no entenderá nunca por qué te dan a ti el Premio Nobel cuando soy yo el que consigue los resultados. ¿Para qué quieres dos? ¡Dame uno!» Se quedó un rato pensando, frotando el taco con la tiza, y luego me contestó con su voz pastosa: «Tú tienes dos billones, Ed. Dame uno». Conque ya ve usted si le gusta el dinero.

-¿Debo entender que a usted no le importa que se lleve él los honores?

Por un momento pensé que me iba a echar de su despacho, pero no lo hizo. Se rió, agitó la mano como si borrara algo de una pizarra invisible que tuviera delante, y dijo:

-Bueno, olvídelo; lo que le he dicho no es para publicarlo. Escuche, ¿quiere una declaración? De acuerdo. Las cosas no han salido bien hoy y me he enfadado un poco, pero lo arreglaré, Creo que sé por qué ha salido mal. Y si no, ya lo encontraré. Mire, puede usted decir que he dicho yo que no necesitamos una intensidad electromagnética infinita; aplanaremos la lámina de goma y obtendremos una gravedad cero. Y cuando lo logremos prepararé la mejor demostración que se haya visto jamás, exclusivamente para la prensa y para Priss, y le invitaré a usted. Y puede decir que no tardaré mucho. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

Después' de esta entrevista, tuve ocasión de ver a los dos hombres una o dos veces más. Incluso les vi juntos cuando estuve presente en una de sus partidas de billar. Como he dicho antes, los dos jugaban muy bien.

Pero la invitación para la demostración no llegó tan rápida como se esperaba. Faltaban seis semanas para cumplirse el año, desde que Bloom me hiciera sus declaraciones. Pero puede que no esté bien esperar que se trabaje más de prisa.

Recibí una invitación especialmente grabada, en la que se me comunicaba que una hora antes de la demostración tendría lugar un cóctel. Bloom nunca hacía las cosas a medias y se proponía reunir un grupo de complacidos y satisfechos periodistas. Se había puesto de acuerdo también con la TV tridimensional. Era evidente que Bloom se sentía plenamente seguro; lo bastante como para querer celebrar su demostración ante los ojos de todos los telespectadores del planeta.

Llamé al profesor Priss para cerciorarme de que también le habían invitado. Así era.

-¿Tiene intención de asistir, señor?

Hubo una pausa; el semblante del profesor, en la pantalla, era el vivo ejemplo de la desgana.

-Una demostración de esa clase resulta de lo más inadecuado cuando se trata de una cuestión científica de envergadura. No me gusta animar esta clase de cosas.

Temía que fuera a negarse a ir; el dramatismo de la situación disminuiría notablemente si él no estaba presente. Pero entonces, quizá, pensó que no estaría bien mostrarse como un cobarde ante el mundo.

-Por supuesto -dijo con evidente disgusto-, Ed Bloom no es en realidad un científico, y debe tener su día de gloria. Estaré allí.

-¿Cree usted que el sor Bloom puede generar una gravedad cero, señor?

-Pues... el señor Bloom me ha enviado una copia del diseño de su aparato y... no estoy seguro. Quizá pueda lograrlo, si... si dice que puedo hacerlo. Naturalmente... -hizo de nuevo una larga pausa-. Creo que me gustará verlo.

-A mí también, y a muchos otros.

El escenario era impecable. Había despejado toda una planta del edificio principal de las Empresas Bloom: el que estaba elevado en lo alto de una colina. Llegaron los cócteles prometidos acompañados de un espléndido muestrario de aperitivos, de música y suave iluminación, a la vez que un Edward Bloom, impecablemente vestido y muy jovial, hacía el papel de perfecto anfitrión, y una serie de corteses y discretos sirvientes atendían a los invitados. Todo era afabilidad y completa confianza.

James Priss se retrasaba; me di cuenta de que Bloom andaba inspeccionando los grupos de la concurrencia y empezaba a poner cara de contrariedad. Entonces llegó Priss, con su tremenda falta de mundo y su pinta desaliñada, inmutable ante el bullicio y el rotundo esplendor (no había otra palabra para describirlo... o bien eran los dos martinis que burbujeaban dentro de mí) que reinaba en la sala.

Al verle, a Bloom se le iluminó el rostro inmediatamente. Cruzó la estancia, cogió la mano de este hombre, que era más bajo que él, y le arrastró hasta el bar.

-¡Jim! ¡Me alegro de verte! ¿Qué vas a tomar? Hombre, hubiera suspendido esto si no llegas a venir. No puedo presentarlo sin su estrella -apretó la mano de Priss-. Es tu teoría. Nosotros, pobres mortales, no podríamos hacer nada si no estuviérais vosotros los pocos elegidos para señalarnos el camino.

Se mostraba entusiasta al halagarle porque ahora se lo podía permitir. Estaba cebando a Priss para degollarlo. Priss trató de negarse a beber con una especie de murmullo, pero le pusieron un vaso en la mano, y Bloom alzó su voz hasta convertirse en el bramido de un toro.

-¡Señores! Un momento de silencio, por favor. Por el profesor Priss, la más grande eminencia desde Einstein, dos veces Premio Nóbel, padre de la Teoría de los Dos Campos, e inspirador de la demostración que estamos a punto de ver... aunque él creyera que no resultaría y tuviera las agallas de decirlo en público.

Se oyeron algunas risitas que se apagaron rápidamente, y Príss se puso todo lo enfurruñado que su semblante le permitía.

-Pero ahora que tenemos ya aquí al profesor Priss -dijo Bloom—, y hemos hecho nuestro brindis, podemos empezar. ¡Síganme, señores!

La demostración se celebró en un lugar mucho más preparado que aquel en el que nos había dado acogida. Esta vez se trataba del último piso del edificio. Intervenían varios imanes, algo pequeños a mi juicio, pero por lo que pude ver, tenía dispuesta la misma Balanza E-M.

Sin embargo, había una cosa que era nueva, y que sorprendió a todo el mundo y atrajo la atención más que cualquier otro elemento de la sala. Se trataba de una mesa de billar, por encima de la cual estaba situado un polo del imán. Debajo se hallaba el polo opuesto. Habían hecho un orificio redondo de unos treinta centímetros de ancho en el mismísimo centro de la mesa y era evidente que el campo de gravedad cero, si llegaba a producirse, sería en ese agujero de la mesa de billar.

Era como si toda la demostración hubiera sido pensada para señalar, de una manera surrealista, la victoria de Bloom sobre Priss.

Esto venía a ser otra versión de sus inacabables partidas de billar, y Bloom iba a ganar.

No sé si los periodistas vieron el asunto de ese modo, pero creí que Priss sí. Me volví para mirarle y vi que aún sostenía el vaso que le habían puesto en la mano.

Yo sabía que casi nunca bebía, pero esta vez se llevó el vaso a los labios y lo vació de dos tragos. Se quedó mirando la mesa de billar, y no necesité de ningún don especial para comprender que consideraba todo aquello como una deliberada burla contra su persona.

Bloom nos condujo a los veinte asientos que rodeaban los tres lados de la mesa, dejando el cuarto libre como zona de trabajo. Escoltó atentamente a Priss hasta el asiento que mejor dominaba la escena. Priss lanzó una rápida mirada a las cámaras tridimensionales que estaban ya funcionando. Me preguntaba si no estaría pensando en marcharse, pero seguramente decidió que no podía hacerlo ante los ojos del mundo.

En esencia, la demostración fue simple; era su presentación lo que contaba. Había indicadores a la vista de todos que medían el consumo de energía. Otros mostraban las mediciones de la Balanza E-M de forma que todos pudiéramos leerlas. Todo estaba pensado para una cómoda visión tridimensional.

Bloom explicaba cada paso con afabilidad, haciendo una pausa o dos para volverse hacia Priss y pedir una confirmación que éste no tenía más remedio que dar. No lo hacía con tanta frecuencia como para que se notara, pero sí lo bastante para darle la vuelta a Priss sobre el asador de su propio tormento. Desde donde yo estaba sentado podía contemplar el otro lado de la mesa y ver a Priss. Tenía toda la pinta de hallarse en el infierno.

Como todos sabemos, el experimento de Bloom resultó un éxito. La Balanza E-M fue mostrando cómo la intensidad gravitatoria disminuía gradualmente a medida que se intensificaba el campo electromagnético. Los presentes prorrumpieron en vítores cuando la aguja descendió por debajo de 0,52 g., punto que estaba marcado con una línea roja en el indicador.

-La marca de 0,52 g., como ustedes saben --dijo Bloom con confianza-, representa el récord anterior de baja intensidad gravitatoria. Ahora estamos aún más bajo con un gasto de electricidad inferior al diez por ciento de lo que se gastó para establecer esa marca. Y llegaremos aún más bajo.

Bloom --creo que deliberadamente, para aumentar el suspense- retardaba el descenso, permitiendo que las cámaras tridimensionales hicieran tomas desde uno y otro lado del agujero de la mesa de billar, y del indicador que señalaba el descenso de la Balanza E-M.

-Señores --dijo Bloom de repente-, encontrarán ustedes unas gafas negras en la bolsa que hay al lado de cada asiento. Por favor, pónganselas ahora. El campo de gravedad cero se establecerá pronto e irradiará una luz rica en rayos ultravioleta.

Se puso las gafas y se produjo un momentáneo susurro al ponérselas los demás también.

Creo que nadie respiró durante el último minuto, cuando la aguja del indicador bajó a cero y se mantuvo allí. Y en el mismo momento en que esto sucedía se produjo un haz de luz entre los dos polos a través del agujero de la mesa de billar.

En ese momento se oyó como el rumor de veinte suspiros. Alguien gritó:

-Señor Bloom, ¿qué es lo que causa esa luz?

-Es característica del campo de gravedad cero –dijo Bloom suavemente, lo cual, por supuesto, no constituía una respuesta.

Los informadores se habían puesto de pie, apiñándose alrededor de la mesa. Bloom les hizo un gesto para que se apartaran.

-¡Por favor, caballeros, dejen sitio!

Sólo Priss permanecía sentado. Parecía ensimismado en sus pensamientos y desde entonces estoy seguro de que fueron las gafas las que oscurecieron el posible significado de todo lo que ocurrió después. No vi sus ojos. No podía. Y eso significaba que ni yo ni nadie pudimos sospechar siquiera lo que estaba sucediendo detrás de sus ojos. Bueno, quizá no hubiéramos podido adivinarlo aunque se hubiera quitado las gafas, pero ¿quién sabe?

-¡Por favor! -dijo Bloom alzando de nuevo la voz-. La demostración no ha terminado todavía. Hasta ahora, sólo hemos repetido lo que ya había logrado antes. He producido un campo de gravedad cero y he mostrado que se puede realizar en la práctica. Pero quiero demostrar algo de lo que puede hacer tal campo. Lo que vamos a ver a continuación es algo que nadie ha visto, ni siquiera yo. No he experimentado en esa dirección, aunque me hubiera gustado, porque comprendía que el profesor Priss se merecía el honor de...

Priss alzó la vista bruscamente.

-¿Qué?... ¿Qué?...

-Profesor Priss -dijo Bloom, sonriendo ampliamente-, me gustaría que realizara usted el primer experimento que supone la interacción de un objeto sólido con un campo de gravedad cero. Fíjese que el campo se ha formado en el centro de la mesa de billar. El mundo conoce su fantástica habilidad en este juego, profesor; su talento para el billar puede considerarse sólo secundario ante su asombrosa aptitud para la física teórica. ¿Quiere usted hacer el favor de lanzar una bola de billar dentro del volumen de gravedad cero?

Le tendió con ansiedad una bola y un taco al profesor. Priss, con los ojos ocultos tras las gafas, miró las dos cosas, y con gran lentitud e incertidumbre alargó la mano para cogerlas.

Me pregunto qué reflejarían sus ojos. Me pregunto también en qué medida influiría en la decisión de Bloom el hacer que Priss jugara al billar en la demostración, la irritación que sentía por el comentario de Priss acerca de sus periódicas partidas, comentario al que antes me he referido. ¿Fui yo, en cierto modo, el responsable de lo que siguió?

-Venga, levántese, profesor -dijo Bloom-, y deje que yo ocupe su asiento. El espectáculo es suyo desde ahora. ¡Adelante!

Bloom se sentó y siguió hablando, con una voz que cada vez se parecía más a un órgano.

-Una vez que el profesor Priss lance la bola al volumen de gravedad cero, ya no se verá afectada por el campo gravitatorio de la Tierra. Se quedará absolutamente en reposo

mientras la Tierra gira alrededor de su eje y se mueve alrededor del Sol. En esta latitud, a esta hora del día, he calculado que la Tierra, debido a su movimiento, se hundirá hacia abajo. Nosotros nos moveremos con ella y la bola permanecerá inmóvil. A nosotros nos parecerá que se eleva y se aleja de la superficie de la Tierra. Observen.

Priss, frente a la mesa, parecía petrificado por una parálisis. ¿Era sorpresa? ¿Asombro? No sé. Nunca lo sabré. ¿Hizo un movimiento para interrumpir el pequeño discurso de Bloom, o era sólo que le producía un insoportable disgusto la idea de representar el vergonzoso papel a que le había forzado su adversario?

Priss se volvió hacia la mesa de billar, se quedó mirándola, y luego se volvió hacia Bloom. Todos los periodistas estaban de pie, apiñados lo más cerca posible para poder ver bien. Sólo Bloom se quedó en su asiento, radiante y apartado de todos. Por supuesto, no estaba pendiente de la mesa, ni de la bola, ni del campo de gravedad cero. Por lo que yo pude ver a través de sus gafas, se limitaba a observar a Priss.

Priss se volvió hacia la mesa y colocó la bola. Iba a ser el agente que había de entregar el definitivo y dramático triunfo a Bloom, convirtiéndose él mismo -él, que había dicho que no se podría lograr jamás- para siempre en el chivo expiatorio.

Quizá pensó que no había modo de escaparse. O quizá...

Con un golpe seguro de taco puso la bola en movimiento. La bola se desplazó suavemente y todos los ojos la siguieron. Golpeó contra una banda de la mesa e hizo carambola. Ahora iba aún más despacio, como si el mismo Priss quisiera aumentar el suspense, contribuyendo a que el triunfo de Bloom resultara más dramático.

Yo lo estaba presenciando a las mil maravillas, porque estaba de pie a un lado de la mesa, enfrente de donde estaba Priss. Podía ver cómo avanzaba la bola hacia el brillo del campo de gravedad cero, y alcanzaba a ver al otro lado aquella parte de la persona de Bloom que no me tapaba el resplandor.

La bola se acercó al volumen de gravedad cero, pareció detenerse al borde un momento, y luego desapareció, con un intenso destello, un estampido atronador y un olor repentino a ropa quemada.

Gritamos. Todos gritamos.

He vuelto a ver la escena en la televisión. Igual que todo el mundo. Puedo verme en la película durante aquel instante de quince segundos de absoluta confusión, pero en realidad no puedo reconocer mi rostro.

¡Quince segundos!

Y entonces descubrimos a Bloom. Estaba aún sentado en su silla, con los brazos cruzados, pero tenía un agujero del tamaño de una bola de billar que le atravesaba el antebrazo, el pecho y la espalda. La mayor parte del corazón, como se descubrió más tarde en la autopsia, había sido perforado con toda limpieza.

Desconectaron el aparato. Llamaron a la policía. Sacaron fuera a Priss, que estaba en un estado de absoluto colapso. Yo no me sentía mucho mejor, a decir verdad, y si cualquier periodista de los que estuvieron presentes intentara decir algún día que presenció aquella escena con entera frialdad, es un perfecto embustero.

Pasaron algunos meses antes de que yo viera nuevamente a Priss. Había perdido algo de peso, pero por lo demás tenía buen aspecto. Efectivamente, había color en sus mejillas y emanaba de él un aire de decisión. Iba mejor vestido que nunca.

-Ahora ya sé lo que sucedió --dijo-. De haber caído yo a tiempo, lo habría podido remediar. Pero soy de pensamiento lento, y el pobre Ed Bloom estaba tan enfrascado en presentar un gran espectáculo, y en hacerlo tan bien, que me arrastró consigo. Naturalmente, he intentado compensar parte del daño que causé involuntariamente.

-No puede devolverle la vida a Bloom -dije con calma.

-No, no puedo -replicó con la misma calma-. Pero hay que pensar también en las Empresas Bloom. Lo que ocurrió en la demostración, a la vista del mundo, fue la peor propaganda que se le podía hacer a la gravedad cero, y es importante aclarar lo sucedido. Por eso le he pedido a usted que viniera a verme.

-¿Sí?

-Si yo hubiera pensado con más rapidez, me habría dado cuenta de que Ed no decía más que tonterías con aquello de que la bola de billar se elevaría lentamente en el campo de gravedad cero. ¡Eso no podía ser. Y si Bloom no hubiera despreciado de ese modo la teoría, él mismo se habría dado cuenta. En definitiva, el movimiento de la Tierra no es el único a tener en cuenta, joven. El Sol mismo gira en una amplia órbita hacia el centro de la Galaxia de la Vía Láctea. Y la Galaxia también se mueve, de algún modo no muy claramente definido. Si sometiéramos la bola de billar a una gravedad cero, se comprende que no se vería afectada por ninguno de esos movimientos, cayendo así repentinamente, en un estado de absoluto reposo... cuando en realidad no existe tal reposo absoluto. El problema de Ed -prosiguió Priss moviendo lentamente la cabeza- era que pensaba en la clase de gravedad cero que se obtiene en una nave espacial en caída libre, cuando las personas flotan en el aire. Esperaba que la bola flotara igual. Sin embargo, en una nave espacial, la gravedad cero no es el resultado de una falta de gravitación, sino simplemente el resultado de dos objetos, una nave y un hombre dentro de la nave, cayendo a la misma velocidad, reaccionando a la gravedad exactamente del mismo modo, de forma que cada uno está parado con respecto al otro. En el campo de gravedad cero generado por Ed, se produjo un estiramiento del universo de la lámina de goma, lo que significa una pérdida real de masa. Todo en aquel campo, incluidas las moléculas de aire apresadas en él, y la bola de billar que yo introduje, carecieron por completo de masa mientras permanecieron dentro del campo. Un objeto absolutamente carente de masa sólo se puede mover en una dirección.

Hizo una pausa, esperando la pregunta.

-¿Qué movimiento sería ese? -pregunté.

-Un movimiento tan rápido como la velocidad de la luz. Cualquier objeto carente de masa, como un neutrino o un fotón, deben viajar a la velocidad de la luz mientras exista. De hecho, la luz sé mueve a esa velocidad sólo porque está compuesta de fotones. Tan pronto como la bola de billar entró en el campo de gravedad cero y perdió su masa, adquirió inmediatamente la velocidad de la luz y salió despedida.

Hice un gesto negativo con la cabeza:

-Pero, ¿no recobró su masa tan pronto como salió del volumen de gravedad cero?

---Desde luego que sí, e inmediatamente empezó a verse afectada por el campo gravitatorio y a frenar en respuesta a la fricción del aire y de la superficie de la mesa de billar. Pero imagine cuánta fricción se necesitaría para detener a un objeto con la masa de una bola de billar y disparado a la velocidad de la luz. Atravesó el grosor de cien millas de nuestra atmósfera en una centésima de segundo, y dudo que aminorara su velocidad en más de unos cuantos kilómetros por segundo al hacerlo; unos cuantos kilómetros que tendríamos que restar a los 293.354. En su trayectoria, quemó la superficie de la mesa de billar, traspasó limpiamente su borde, pasó a través del pobre Ed y de la ventana, dejando unos círculos perfectos porque los atravesó antes de que las partes más próximas de algo incluso tan frágil como el cristal tuvieran ocasión de partirse y de astillarse.

Fue una suerte enorme que estuviéramos en el piso superior de un edificio situado en un área despoblada. De habernos encontrado en la ciudad, podía haber atravesado varios edificios matando a muchas personas. Ahora, esa bola de billar está en el espacio, mucho más allá del extremo del Sistema Solar y seguirá viajando así indefinidamente casi a la velocidad de la luz, hasta que choque contra un objeto lo bastante grande como para detenerla. Y entonces producirá un cráter de considerable tamaño.

Empecé a darle vueltas a esta idea. Y no sé, pero no acababa de gustarme.

-¿Cómo es posible? La bola de billar entró casi muerta en el volumen de gravedad cero. Yo lo vi. Y usted dice que salió con una cantidad increíble de energía cinética. ¿De dónde procedía esa energía?

Priss se encogió de hombros.

-¡De ninguna parte! La ley de la conservación de la energía sólo es válida bajo las condiciones en que lo es la Teoría de la Relatividad; es decir, en un universo de lámina de goma abollada. Cuando eso abollamiento desaparece, ya no vale la relatividad general, y la energía se puede crear y destruir libremente. Eso explica la radiación a lo largo de la superficie cilíndrica del volumen de gravedad cero. Recordará usted que Bloom no explicó dicha radiación, y me temo que no habría sabido hacerlo. Si al menos hubiera hecho más experimentos previamente; si no hubiera estado tan estúpidamente ansioso por representar aquel espectáculo...

-¿A qué se debe la radiación, señor?

-A las moléculas de aire contenidas dentro del volumen. Cada una adquiere la velocidad de la luz y se estrellan contra el aire exterior. Son sólo moléculas, no bolas de billar, por

eso se detienen al chocar; pero la energía cinética de su movimiento se convierte en radiación energética. Y es continua porque siempre hay nuevas moléculas que entran, alcanzan la velocidad de la luz y chocan contra el exterior.

-Entonces, ¿se crea energía continuamente?

-Exacto. Y eso es lo que tenemos que aclararle al público. La anti-gravedad no es fundamentalmente un sistema para levantar naves espaciales o para revolucionar el movimiento mecánico. Más bien, es origen de una fuente inagotable de energía libre, ya que parte de la energía producida se puede desviar para mantener el campo que hace que esa porción de universo esté plana. Lo que Ed Bloom inventó, sin saberlo, no fue simplemente la anti-gravedad, sino la primera máquina de movimiento perpetuo perfecta, un generador incomparable que produce energía de la nada.

-Aquella bola de billar pudo habernos matado a cualquiera de nosotros, ¿no es cierto, profesor? -dije lentamente-. Pudo haber salido en cualquier dirección.

-Bueno --contestó Priss-, los fotones sin masa emergen de cualquier fuente de luz, a la velocidad de ésta, en cualquier dirección; por eso una vela lanza luz en todas direcciones. Las moléculas de aire sin masa salen del volumen de gravedad cero en todas direcciones, por ello todo el cilindro irradia. Pero la bola de billar era un solo objeto. Pudo haber salido en cualquier dirección, pero tuvo que salir en una determinada, elegida al azar, y la dirección escogida resultó ser la que pasaba por él.

Así fue., Todo el mundo sabe las consecuencias. La humanidad tiene energía libre, y por eso tenemos ahora el mundo que tenemos. El consejo de las Empresas Bloom encargó al profesor Priss que desarrollara esta idea, y pasado el tiempo fue tan rico y tan famoso como lo había sido Edward Bloom. Y Priss sigue teniendo los dos Premios Nóbel, además.

Sólo que...

No se me va de la cabeza. Los fotones salen de una fuente de luz en todas direcciones porque se crean en ese momento y no hay razón para que se muevan en una dirección y no en otra. Las moléculas de aire salen del campo de gravedad cero en todas direcciones, porque entran también desde todas direcciones.

Pero, ¿qué ocurre cuando una sola bola de billar entra en el campo de gravedad cero desde una dirección determinada? ¿Sale en la misma dirección, o en cualquier otra?

He estado haciendo averiguaciones con sumo tacto, pero los físicos teóricos no parecen estar seguros, y no he podido encontrar ningún testimonio de que las Empresas Bloom, que son la única organización que trabaja con campos de gravedad cero, haya investigado la cuestión. Alguien de la organización me dijo una vez que el principio de incertidumbre garantiza la reaparición al azar de un objeto que entre desde cualquier dirección. Pero, entonces, ¿por qué no intentan comprobar el experimento? ¿Es posible, entonces?...

¿Es posible que, por una vez, la mente de Priss haya trabajado de prisa? ¿Es posible que, acuciado por lo que Bloom intentaba hacerle, lo viera todo repentinamente?

Había estudiado la radiación alrededor del volumen de gravedad cero. Puede que comprendiera la causa, y que tuviera la seguridad de que cualquier objeto que entrara en el volumen saldría despedido a la velocidad de la luz. ¿Por qué, entonces, no había dicho nada?

Una cosa es segura. Nada de lo que Priss hizo en la mesa de billar pudo ser accidental. Era un experto, y la bola de billar hizo exactamente lo que él quería que hiciera. Yo estaba allí al lado. Le vi mirar a Bloom y luego a la mesa como si calculara los ángulos.

Le vi golpear la bola. Y cómo la bola daba contra una banda de la mesa y se desplazaba hacia el volumen de gravedad cero, en una dirección determinada.

Porque cuando la bola que Priss había impulsado avanzaba hacia el volumen de gravedad cero -y las películas tridimensionales apoyan lo que digo-, ¡iba ya dirigida directamente al corazón de Bloom!

¿Fue un accidente? ¿Una coincidencia?

... ¿O un asesinato?

EPILOGO

Un amigo mío, después de leer este relato, me sugirió que cambiara el título por el de «Truco sucio». Estuve tentado de hacerlo, pero me contuve porque me pareció un título demasiado petulante para una historia tan grave... o tal vez porque me sentía corroído de envidia por no habérseme ocurrido a mí primero.
Pero en cualquier caso, ahora que he leído todas las historias de este volumen y he revivido los recuerdos que cada una despierta en mí, todo lo que puedo decir es: «¡Vaya, es estupendo ser escritor de ciencia ficción!»